EL CASO DEL SONAMBULO

PERRY MASON



Erle Stanley Gardner



La hermosa sobrina de Peter B. Kent influye en su tío para que visite a Perry Mason y le pida ayuda para evitar los intentos manejos de su exesposa y de su socio de negocios y poder casarse de nuevo. Kent es sonámbulo y está preocupado porque anda de noche llevando un cuchillo de trinchar en las manos. Perry Mason organiza todo para que Kent pueda divorciarse definitivamente y casarse de nuevo, pero el plan se ve frustrado cuando el hermanastro de Kent muere apuñalado y el cuchillo ensangrentado aparece bajo la almohada de Kent.



Erle Stanley Gardner

El caso del sonámbulo

Perry Mason - 08

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Sleepwalker’s Niece*
Erle Stanley Gardner, 1936
Traducción: Guillermo López Hipkiss

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BLAINE Sam: Lugarteniente del fiscal.
BURGER Hamilton: Fiscal del distrito.
DRAKE Paul: Jefe de una agencia de detectives.
DUCHENE Myrna: Mujer estafada por el que pasa por su novio.
DUNCAN: Un picapleitos, abogado de Maddox.
FOGG: Inventor de la patente que explota la Compañía Fabril Maddox.
HAMMER Edna: Sobrina de Kent.
HARRIS Jerry: Prometido de Edna.
HETTLEY Sam: Abogado de la señorita Doris Sully Kent.
HOLCOMB: Sargento de policía.
JACKSON: Pasante de Mason.
KELTON Jim: Médico psiquiatra.
KENT Peter B.: Financiero, millonario, casado y divorciado.
MADDOX Frank: Socio de Kent en Chicago.
MARKHAM: Juez muy perspicaz.
MASON Perry: Célebre abogado criminalista.
MAYS Lucille: Bella enfermera con la que pretende casarse Kent.
PEASLEY Bob: Mayordomo de Kent.
PRITCHARD George: Un explorador de mujeres y tenorio de profesión.
REASE Phillip: Hermanastro de Kent, asesinado.
STREET Della: Eficiente secretaria de Perry Mason.
SULLY KENT Doris: Esposa divorciada de Kent.
WARRINGTON Helen: Secretaria de Peter Kent.

Capítulo 1

Perry Mason se puso a pasear de un lado a otro de su despacho, con los pulgares metidos en las sisas del chaleco y el entrecejo fruncido.

—¿Dijo usted a las dos, Jackson? —le preguntó a su pasante.

—Sí, señor; y le dije que fuera puntual.

Mason consultó su reloj.

—Pasan quince minutos de la hora —observó, irritado.

Su secretaria, Della Street, alzó la mirada del libro de contabilidad y preguntó.

—¿Por qué no se niega a recibirla?

—Porque quiero verla. Un abogado no tiene más remedio que navegar por entre muchos asesinatos vulgares para encontrar algo emocionante. Este caso es de los que me gustan. Lo quiero.

—¿Acaso puede haber asesinato alguno que sea vulgar del todo y que carezca por completo de interés? —inquirió Jackson.

—Cuando uno ha investigado tanto, sí. Los muertos siempre son poco interesantes. Los vivos son los que proporcionan emociones.

Della Street, que miraba a Mason con solicitud, murmuró:

—Éste no es un caso de asesinato… aún.

—Fascina tanto como si lo fuera. No me gusta que me llamen cuando ya se han cristalizado los hechos. Me encanta tener que bregar con motivos y odios. El asesinato es la suprema culminación del odio, de igual manera que el matrimonio es la culminación suprema del amor. Y, después de todo, el odio es más potente que el amor.

—¿Más interesante? —insinuó ella.

Sin responder, el abogado tornó a pasear.

—Naturalmente —observó, en voz monótona y mecánica, como quien piensa en alta voz—, lo lógico es evitar el asesinato, si es

asesinar lo que se pretende; pero como abogado, no puedo menos que pensar lo maravilloso que resultaría el caso si un sonámbulo llegara a matar a un hombre sin enterarse de lo que hacía. No existiría premeditación ni alevosía.

—Pero —señaló Jackson— sería preciso convencer al jurado de que el acusado no había fingido hallarse en estado de sonambulismo.

—¿No podría conseguir eso la sobrina? —inquirió Mason, deteniéndose y encarándose, belicoso, con el pasante—. ¿No puede ella dar fe de que su tío andaba dormido y de que recogió un cuchillo de cocina y se lo llevó a la cama?

—Como poder, si podría.

—Pues, ¿qué más quiere usted?

—Su declaración tal vez no convenciera al jurado.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene la muchacha?

—Es rara.

—¿Bonita?

—Sí; tiene un tipo soberbio. Y, créame, viste como para hacerlo resaltar.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés o veinticuatro años a lo sumo.

—¿Mimada?

—En mi opinión, sí, señor.

Mason tendió el brazo en dramático ademán.

—Si una muchacha bonita, de veintitrés años de edad y tipo soberbio, no puede cruzarse de piernas en su asiento ante un jurado y convencerle de que su tío es sonámbulo, abandono la profesión. —Se encogió de hombros, como desterrando el tópico. Luego se volvió a Della Street y dijo—: ¿Qué otra cosa hay en el despacho, Della?

—Un tal señor Johnson quería que se encargara usted del caso Fletcher.

Mason movió negativamente la cabeza.

—No me interesa. Se trata de un asesinato cometido a sangre fría. Fletcher no tiene defensa posible.

—El señor Johnson dice que podría usted acogerse a la ley no escrita: locura pasional y…

—¡Al diablo con eso! Aun suponiendo que su mujer se

entendiera con el muerto. Fletcher ha hecho de las suyas también. Me lo he encontrado en cafés-cantantes, del brazo con mujerzuelas, más de media docena de veces durante el pasado año. Esas cosas constituyen un buen motivo para divorciarse; pero son una excusa muy pobre para perpetrar un asesinato. ¿Hay alguna otra cosa?

—Sí; una tal Myrna Duchene quiere que haga usted algo con un hombre que se comprometió a casarse con ella y luego se fugó con todos sus ahorros. Ahora ha descubierto que ésa es su ocupación habitual. Es un tenorio que se especializa en estafar a sus novias.

—¿Cuánto?

—Cinco mil dólares.

—Debiera ir a ver al fiscal del distrito y no venir a mí.

—El fiscal del distrito lo procesaría —explicó Della—; pero con eso no conseguirá la señorita Duchene recuperar su dinero. Creyó que usted tal vez pudiera obligarle a hacer la restitución.

—¿No decía usted que se había fugado?

—Sí; pero ella ha logrado averiguar su paradero. Ha tomado habitaciones en el Hotel Palace con el nombre de George Pritchard y…

—¿Es de aquí esta muchacha? —le interrumpió Mason.

—No; vino de Reno, Nevada. Le siguió los pasos.

Mason reflexionó.

—Escuche, Della: no aceptaré el dinero de la señorita Duchene, porque sólo hay una cosa que pueda hacer… y ella puede hacerla mucho mejor que un abogado. Puede usted darle un consejo de mi parte. Si se dedica a eso, empleará el dinero que le ha quitado a ella para intentar cazar a una mujer más rica. Invertirá los cinco mil dólares en ropa y en buscarse ambiente. Dígale que le vigile y cuando vea que está clavando las garras en alguna mujer de dinero, que se presente y le haga escupir lo que le robó.

—¿No sería eso un chantaje? —inquirió Della.

—Claro que sería un chantaje.

—¿Y si la detienen por eso?

—En tal caso —dijo Mason— la defenderé sin cobrarle un centavo. ¡Santo Dios! ¿Hasta qué extremo habremos llegado si una mujer no puede hacer un chantaje justificable cuando ha sido atropellada? Dígale usted…

Sonó el teléfono. Della Street murmuró: «¡Diga!», al descolgar el

auricular; luego tapó la boquilla con la mano y le dijo a Mason:

—Está en el despacho general.

—Dígale que aguarde. La haré esperar cinco minutos como acto de disciplina… No; maldito si haré eso… Quiero hablar con ella. Que pase. Usted quédese, Della. Jackson, puede ponerse a trabajar con ese documento relacionado con el caso de la Compañía de arrastres.

Della Street dijo, en voz muy fría:

—Dígale a la señorita Hammer que ha llegado con dieciocho minutos de retraso; pero que entre.

Jackson salió, silenciosamente, del despacho con un fajo de papel amarillo debajo del brazo.

Un momento después entró una joven rubia, con vestido de punto, de deporte, que hacía resaltar el contorno de su cuerpo casi tanto como si hubiera sido un traje de baño. Le dirigió una sonrisa a Perry Mason y dijo, tan rápidamente que pareció una palabra:

—¡Oh! ¡Siento más haber llegado tarde…!

Su mirada se trasladó de Perry a Della y, aunque sus labios siguieron sonriendo, la sonrisa desapareció de sus ojos.

—Mi secretaria, la señorita Street —dijo Mason—. No ponga esa cara. De nada le servirá. Mi secretaria se queda y tomará notas. No tiene por qué preocuparse. Sabe callar. Siéntese. Quería usted verme acerca de su tío, ¿no es cierto?

Ella rió.

—Me deja usted sin aliento, señor Mason.

—No es ésa mi intención. Lo necesitará para hablar. Siéntese y empiece.

La joven ladeó lentamente la cabeza, entornó los ojos y dijo.

—Es usted *Leo*.

—¿*Leo*?

—Sí; nacido entre el 24 de julio y el 24 de agosto. Eso cae bajo el signo de *Leo*. Es un signo de fuego, de acción, magnético… Está usted regido por el sol. Es de constitución robusta. Halla goce en el peligro; pero es susceptible a…

—Frene —la interrumpió Mason—; no me haga perder el tiempo contándome mis defectos. Tendría que pasarse aquí toda la tarde.

—Pero ¡si no son defectos! Es un signo magnífico. Es usted…

Mason se dejó caer en el sillón giratorio y dijo:

—¿Se llama usted Edna Hammer? ¿Qué edad tiene?

—Veinti… veintitrés.

—¿Significa eso veintitrés o veinticinco?

Ella frunció el entrecejo y repuso:

—Significa veinticuatro, si es que piensa usted ser exacto.

—Muy bien. Pienso ser tan exacto. ¿Quería usted hablarme de su tío?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Peter B. Kent.

—¿Qué edad tiene?

—Cincuenta y seis años.

—¿Vive usted con él?

—Sí.

—¿Han muerto sus padres?

—Sí; él era hermano de mi madre.

—¿Cuánto tiempo hace que vive usted en su casa?

—Cosa de tres años.

—Y… ¿está preocupada por él?

—Por su sonambulismo, sí.

Mason tomó un cigarrillo de la caja que había sobre su mesa, golpeó la extremidad en la uña del pulgar, y alzó la mirada hacia Edna Hammer.

—¿Quiere uno? —preguntó. Y, al negar ella con la cabeza, encendió una cerilla por debajo de la mesa y ordenó—: Cuénteme lo de su tío.

—No sé por dónde empezar.

—Empiece por el principio. ¿Cuándo anduvo en sueños por primera vez?

—Hace poco más de un año.

—¿Dónde?

—En Chicago.

—¿Qué sucedió?

La joven se agitó inquieta.

—No me deja ni respirar —aseguró—. Preferiría contarlo a mi manera.

—Hágalo.

Alisó Edna el vestido sobre sus rodillas y empezó:

—Tío Pete es generoso; pero excéntrico.

—Prosiga. Eso no es decirme nada.

—Estoy intentando hablarle de su esposa.

—¿Está casado?

—Sí; con una arpía.

—¿Vive con él?

—No; estaba divorciándose. Sólo que ahora ha cambiado de opinión.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Vive en Santa Bárbara. Pidió el divorcio después del primer caso de sonambulismo. Aseguró que tío Pete intentaba matarla. Ahora piensa anular la petición de divorcio.

—¿Cómo?

—No lo sé. Es lista. Es una cazadora de subvenciones.

—Es evidente que no le tiene usted simpatía.

—¡La odio! ¡Odio hasta el suelo que pisa!

—¿Cómo sabe que es una cazadora de subvenciones?

—Su historia lo demuestra. Se casó con un hombre llamado Sully y le chupó todo lo que tenía. Cuando el infeliz no tuvo suficiente dinero para pagar los gastos de su negocio y la subvención que la ley había exigido que pasara a su mujer al divorciarse, ella le amenazó con meterle en la cárcel. La amenaza alarmó a los acreedores del marido. El Banco exigió que saldara inmediatamente sus préstamos.

—¿Quiere usted decir con eso —inquirió Mason— que ella mató deliberadamente a la gallina que ponía los huevos de oro?

—No lo hizo deliberadamente. Ya sabe usted cómo son algunas mujeres. Creen que es un crimen que un hombre deje de quererlas y que la ley debe imponerle un castigo.

—¿Qué ocurrió después de quedar arruinado Sully?

—Se suicidó. Ella se casó entonces con tío Pete y luego pidió el divorcio.

—¿Subvención?

—Mil quinientos dólares al mes.

—¿Su tío es rico?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo vivieron ella y su tío juntos?

—Menos de un año.

—¿Y el juez le adjudicó mil quinientos dólares al mes?

—Sí. Esa mujer sabe cómo componérselas para conseguirlo. Desempeña muy bien su papel y a un juez le cuesta muy poco trabajo ser generoso con el dinero de un marido.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Doris.

—¿Intentó su tío matarla de verdad?

—Claro que no. Andaba en sueños. Se acercó al aparador y cogió un cuchillo. Ella corrió a la alcoba, cerró la puerta con llave y telefoneó a la policía. Los guardias encontraron a tío Pete en pijama a la puerta de la alcoba, con la mano en el picaporte y el cuchillo en la otra mano.

Mason tabaleó con los dedos sobre el borde de la mesa.

—De manera —observó pensativo— que si alguna vez llegara el caso se haría constar que su tío de usted había intentado asesinar a su esposa, que ella había cerrado la puerta con llave y llamado a la policía, y que él había asegurado hallarse en estado de sonambulismo, pero que el juez no le había creído.

Edna Hammer alzó su barbilla y preguntó retadora:

—Bueno, y… ¿qué?

—Nada. ¿Qué ocurrió después de ese episodio?

—El médico de tío Pete le aconsejó un cambio completo; conque mi tío dejó el negocio en manos de su socio y volvió aquí, a California, donde siempre había tenido su residencia legal.

—Y… ¿continuó andando en sueños?

—Sí; a mí me tenía preocupada y le vigilé, sobre todo en las noches de luna. Porque, ¿sabe usted?, el sonambulismo está relacionado con la luna. Los sonámbulos se muestran más activos en plenilunio.

—¿Ha estado usted documentándose sobre el asunto?

—Sí.

—¿Qué ha leído?

—Un libro escrito por el doctor Sadger, llamado *El sonambulismo y la luna*. Es alemán. Leí la traducción.

—¿Cuándo?

—Poseo el libro. Lo leo con frecuencia.

—Deduzco que su tío no sabe que ha estado andando en sueños otra vez.

—Deduce bien. Le encerré con llave; pero logró salir, Dios sabe cómo. Entré cautelosamente en su cuarto a la mañana siguiente para asegurarme de que no le había ocurrido nada. Vi el mango del cuchillo que asomaba por debajo de la almohada. Lo cogí y no le dije a él una palabra.

—¿Estaba abierta la puerta cuando entró usted?

—En verdad, sí. No me había parado a pensar en eso antes; pero debía de estar abierta, porque yo entré. Sabía que estaba en el cuarto de la ducha.

—Prosiga.

—Mi tío va a venir a verle.

—¿Combinó usted eso?

—Sí; al principio quería que le sometiera usted a tratamiento sin que él se enterara. Luego, hoy, a la hora de comer, me las compuse para que decidiera venir él a consultarle. Vendrá esta tarde. Quisiera casarse, ¿comprende?, y…

—¿Que quiere casarse? —exclamó Mason.

—Sí; con una enfermera que se llama Lucille Mays. Me es simpática. Comprende los temperamentos nerviosos.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y cuatro o treinta y cinco.

—¿Quién le garantiza a usted que no se trata de otra cazadora de subvenciones?

—Se ha negado a casarse con tío Pete a menos que él consienta firmar un documento renunciando a toda subvención y gastos de abogado, así como a todo derecho de heredar sus bienes. Lucille dice que si él quiere hacer testamento legándole algo, puede hacerlo, y que también puede darle el dinero que quiera que tenga; pero nada más.

Mason dijo lentamente:

—Semejante documento pudiera ser contrario a la política pública siendo tan comprensivo. Puede hacer un contrato matrimonial antes de la boda y una disposición de los bienes después. ¿Cree usted que seguirá ella siendo de la misma opinión después de la ceremonia?

—Estoy segura de ello. Puede confiar en ella. Es magnífica. Tiene algo de dinero propio, lo bastante para vivir, y dice que si ocurriera algo y ella y tío Pete se separaran, podría volver ella al

puesto que ocupa ahora.

—Entonces, ¿por qué no se casa su tío con ella? De mujeres así, entran muy pocas en libra. Si es cierto todo lo que usted dice y su tío sabe apreciar lo bueno, debiera preocuparse de que no le faltara nada en el porvenir.

Edna sonrió y repuso:

—Mi tío piensa transferirle algunos bienes en cuanto hayan quedado firmados esos documentos. Quiere dejarle creer que ella firma la renuncia a todos sus derechos; pero, en realidad, sólo se trata de un gesto que va a permitirle hacer.

—¿Qué le detiene? ¿Por qué no se casa con ella?

—Pues —contestó ella, agitándose inquieta bajo su mirada— porque Doris no le deja.

—¿Por qué no?

—Va a dar mucho quehacer. El divorcio no es definitivo aún, ¿comprende?, y ella va a alegar que tío Pete le engañó en lo que se refiere al importe de su fortuna y muchas otras cosas. Además, piensa asegurar que mi tío está loco y tiene tendencias homicidas y que matará a alguien si no se le mete en un sanatorio. Lo que ella quiere es que se le nombre custodio de los bienes.

—Y…, ¿es eso lo que le preocupa a su tío ahora?

—Eso es una parte. Tiene otras preocupaciones. Esas se las podrá contar él. Lo que quiero que me prometa usted es que se encargará de que reciba asistencia facultativa y…

El teléfono sonó con insistencia. Della Street descolgó el auricular, escuchó, tapó la boquilla con la mano y dijo:

—Está en el despacho general ya.

—¿El tío?

—Sí, Peter B. Kent.

Edna Hammer se puso en pie de un brinco.

—No debe enterarse de que he estado yo aquí. Si me vuelve a ver, haga como si no me hubiese visto nunca.

—Siéntese —le dijo Mason—. Su tío puede esperar. Puede usted…

—¡No, no! No esperará. Usted no lo conoce. Ya lo verá.

—Aguarde un momento. ¿Hay alguien en la casa a quien pudiera querer asesinar su tío?

La mirada de Edna expresaba desesperación.

—Sí; supongo que sí… ¡Oh! ¡No lo sé! ¡No me lo pregunte a mí!

Echó a correr hacia la puerta. Della Street alzó la mirada del teléfono.

—El señor Kent —anunció tranquilamente— ha echado a un lado a la muchacha que está en la centralita y está a punto de entrar aquí.

Edna Hammer cerró tras de sí la puerta que daba al pasillo. La puerta del despacho general se abrió bruscamente y apareció un hombre alto y delgado en el umbral. Una joven le agarraba de la chaqueta, protestando y medio gritó:

—¡No puede entrar! ¡No puede entrar! ¡No puede entrar!

Mason le impuso silencio con un gesto.

—Está bien, señorita Smith —dijo—. Deje pasar al señor Kent.

La joven le soltó. El hombre alto cruzó el despacho, saludó a Perry con un movimiento de cabeza, hizo como si Della no existiera y se dejó caer en una silla.

Capítulo 2

Peter Kent, hablando con acento rápido y nervioso, dijo:

—Perdone que me haya metido aquí de rondón. No lo puedo remediar; soy nervioso; no puedo esperar. Cuando quiero algo, lo quiero. Estoy dispuesto a pagar los daños que haya podido causar. Me dio la corazonada de que debía venir a verle. Me dio mientras comía con mi sobrina. Es astróloga. Se sabe mi horóscopo de memoria. Sabe interpretar todo lo que significan mis planetas… Y yo no le creo ni media palabra.

—¿No?

—No; claro que no. Pero no consigo quitarme de la cabeza todas sus monsergas. Ya sabe usted lo que pasa. A lo mejor va uno por la acera y ve una escalera. Si no pasa uno por debajo de ella, se odia por cobarde. Si pasa, se empieza uno a preguntar si será verdad que eso trae mala suerte. Le pone a uno los pelos de punta. No hace más que pensar en ello.

Mason rió y dijo:

—El pasar por debajo de una escalera no me preocupa a mí. Ando metido en líos continuamente.

—Bueno, pues —prosiguió Kent muy aprisa— cuando mi sobrina me dijo que se leía en mi horóscopo que debía consultar a un abogado cuyo apellido se compusiera de cinco letras, le dije que todo eso era una tontería. Luego, maldito si no me puse a pensar en apellidos de abogados que tuvieran cinco letras. De pronto se me ocurrió el nombre de usted. Se lo dije a Edna y ella se puso toda excitada y aseguró que usted era el señalado. ¡Una estupidez de marca mayor! Y aquí estoy.

Mason dirigió una mirada a su secretaria.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—Mi mujer había pedido el divorcio en Santa Bárbara. Ahora da

marcha atrás, quiere anular la petición y asegurar que estoy loco.

—¿Hasta qué punto ha llegado con lo del divorcio?

—Ha logrado una sentencia interlocutoria.

—Según la ley de este Estado —observó Mason—, no puede interrumpirse un proceso una vez dictada la sentencia interlocutoria.

—Eso demuestra que no conoce usted a Doris —dijo Kent, retorciéndose nerviosamente los largos dedos mientras hablaba—. Los legisladores favorecen a las mujeres que tienen voto. Doris se sale con la suya debido a esas leyes. El matrimonio es una profesión lucrativa para ella y conoce todos sus trucos. Existe no sé qué ley nueva según la cual un tribunal no puede dictar sentencia definitiva cuando las partes se han reconciliado. Doris va a presentar una declaración jurada certificando que nos hemos reconciliado.

—¿Es cierto que se han reconciliado?

—No; pero ella asegura que sí. Me escribió una carta muy sentimental. Yo procuré mostrarme cortés al contestarla. Va a usar mi contestación como prueba. Es más, piensa declarar la mar de cosas para hacerme pasar por culpable de fraude. No sé exactamente qué cosas. Pidió el divorcio alegando principalmente ciertas cosas que sucedieron en Chicago; pero con unas cuantas cosas más que pasaron después de que llegamos a California, para colmar la medida.

—¿Hizo la petición en California?

—Sí; en Santa Bárbara.

—¿Cuánto tiempo hacía que había estado viviendo allí?

—Cuando salí de Chicago —dijo Kent— tenía dos propiedades en California, una de ellas en Hollywood; luego se fue a Santa Bárbara y pidió el divorcio.

—¿Dónde tenía usted, legalmente, su residencia?

—En Santa Bárbara. Tenía negocio en Chicago y me pasaba parte del tiempo allí; pero votaba y tenía mi residencia legal en California. Doris pidió el divorcio y declaró que no tenía dinero, a pesar de que tenía puesto a buen recaudo el botín de un par de matrimonios anteriores. Consiguió que el tribunal le concediera una subvención temporal y las costas. Luego obtuvo el divorcio y una subvención permanente. Ha estado cobrando mil quinientos dólares al mes y divirtiéndose. Ahora se ha enterado de que quiero

volverme a casar y se figura que pagaré mucho dinero por conseguir mi libertad.

—¿Qué más?

—Estoy enamorado.

—El pagar mil quinientos dólares cada treinta días debiera haberle servido de escarmiento.

Kent nada dijo.

—¿Hay alguna otra cosa? —preguntó Mason, como pudiera pedirle un médico a un paciente que le dijera qué otros síntomas tenía.

—Muchas. Mi socio entre otras.

—¿Quién es?

—Frank B. Maddox.

—¿Qué pasa con él?

—Somos socios… un negocio en Chicago. Tuve que dejarlo de repente.

—¿Por qué?

—Razones de índole particular. Mi salud fue una de ellas. Necesitaba cambio de aires.

—¿Y su socio?

Kent sufrió de pronto un acceso de tics nerviosos. Los músculos faciales se le estremecieron; tembláronle las manos y piernas. Alzó una mano temblorosa hacia el semblante. Respiró profundamente, se dominó y dijo:

—Pasó ya. No es más que una especie de ataque de nervios que me da cuando estoy excitado.

Mason dijo con mirada dura, fija, escudriñadora:

—Me estaba hablando de su socio.

Kent se dominó mediante un esfuerzo, contestando:

—Sí. Encontré a Frank B. Maddox, inventor medio loco, poco menos que sin un centavo, en una tiendecita que más que tal era un cobertizo de madera situado en uno de los barrios más pobres de Chicago. Tenía un instrumento para rasgar válvulas que, según él, podía venderse a los garajes. Ni siquiera lo tenía patentado. El único modelo que poseía había sido fabricado a mano a un precio imposible.

»Le apoyé y organicé la Compañía Fabril Maddox, en la que yo no era más que un comandatario. El negocio empezaba a rendir

muy buenos beneficios cuando mi médico me dijo que lo abandonara. Lo dejé todo en manos de Maddox y me vine aquí. De vez en cuando, Maddox me mandaba informes acerca de la marcha del negocio. Sus cartas siempre fueron cordiales. Luego me escribió diciéndome que tenía algo que discutir conmigo y me preguntó si podía venir a celebrar una conferencia. Le dije que viniese.

»Se presentó con un tal Duncan. Al principio dijo que era un amigo. Ahora resulta que es un abogado, un verdadero picapleitos. Pretende que Maddox tiene derecho a cobrar sueldo de los beneficios de la Compañía; que yo escribí una carta al propietario de la patente de un instrumento parecido al nuestro, asegurándole que nuestros derechos no perjudicarían a los suyos y que dicha carta hacía disminuir el valor de la patente de nuestra Compañía, que vale cosa de un millón de dólares.

—Total —dijo Mason—, que ahora que el negocio da bastante dinero, su socio quiere quedarse con él, ¿no es cierto?

—No sólo quiere quedarse con el negocio —exclamó Kent—, sino que quiere sacarme dinero para llegar a un acuerdo. ¡En mi vida he visto canallada mayor! Y lo que más rabia me da es que ese traidor se presentó aquí so pretexto de hacerme una visita amistosa. ¡Y eso después de todo lo que he hecho por él!

Se puso en pie de un brinco y empezó a pasearse por el despacho como una fiera enjaulada.

—No desee usted nunca la riqueza —dijo—; sólo sirve para hacerle a uno perder la fe en la Humanidad. La gente se le pega como las lapas en las rocas. No se atreve uno a creer en la amistad de la gente. Se desconfía de todos y la desconfianza engendra desconfianza.

—En resumen, ¿qué es lo que quiere que haga yo?

Kent se acercó a la mesa.

—Voy a cargar todas mis preocupaciones sobre sus hombros. Venga usted a mi casa, quíteme del paso a Maddox y a su picapleitos y luego vaya a Santa Bárbara y páguele a mi mujer para que me deje en paz.

—¿Cuándo quiere casarse?

—Lo más pronto posible.

—¿Hasta dónde puedo llegar con su esposa?

—Páguele setenta y cinco mil dólares en efectivo.

—¿Además de los mil quinientos al mes?

—No; los setenta y cinco mil han de dejar resuelto el asunto definitivamente.

—¿Y si no quiere aceptarlos?

—Entonces, luche… Ella va a declarar que estoy loco.

—¿Por qué cree usted eso?

—Cuando me fui de Chicago era sonámbulo.

—Eso no significa que esté loco.

—Cogí un cuchillo de cocina e intenté entrar en su alcoba.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Más de un año.

—¿Está curado ya?

—Sí; exceptuando estos malditos ataques de nervios.

—¿Cuándo quiere usted que vaya a su casa?

—Esta noche a las ocho. Tráigase consigo un buen médico para que pueda asegurar que no estoy loco. Mi sobrina dice que las estrellas indican que ésa sería una buena precaución.

Mason afirmó lentamente con la cabeza.

—Su sobrina —dijo— parece tener mucha influencia… con las estrellas.

—Se limita a interpretarlas. Es muy inteligente.

—¿Tiene usted algún pariente más?

—Sí; mi hermanastro Phil Rease vive conmigo. Y, a propósito, quiero que herede él la mayor parte de lo que poseo.

—¿Y su sobrina?

—Mi sobrina no lo necesita. El hombre con quien va a casarse tiene dinero suficiente para los dos. Es más, fue él quien propuso que hiciese otro testamento. Edna está un poco mimada, ¿comprende? Harris, el hombre con quien va a casarse, opina que habrá más probabilidades de que el matrimonio sea feliz si el amo de los cuartos es él.

—¿Y si él y Edna no se llevan bien?

—Podría cambiar mi testamento otra vez.

—Pudiera ser demasiado tarde.

Kent frunció el entrecejo. Luego dijo:

—¡Oh! Comprendo lo que quiere usted decir. He pensado algo en eso yo también. ¿No podemos hacer un testamento dejando mis bienes en tutoría?

—Sí; podemos hacer eso.

—Pues eso es lo que haremos. Quiero dejarle a mi secretaria, Helen Warrington, veinticinco mil dólares. Me ha sido muy fiel y no quiero que tenga que trabajar cuando yo muera. Luego podemos crear una tutoría, y las rentas serán pagadas íntegras a mi hermanastro mientras Edna siga casada con Jerry Harris. En caso de divorcio, las rentas se repartirían entre Phillip y Edna.

—¿Sabe su hermanastro que va usted a legarle su fortuna?

—Sí.

—¿No sufrirá un desencanto cuando convierta sus bienes en tutoría?

—No; yo no le dejaría a él nada más que las rentas —se apresuró a decir Kent—. No es muy hábil en lo que se refiere a la inversión de dinero.

—¿Por qué? ¿Es bebedor?

—No; eso no. Es algo raro.

—¿Mentalmente, quiere usted decir?

—Verá… Es nervioso… Siempre anda demasiado preocupado con su salud. Un médico me dijo que es lo que llaman un hipocondríaco.

—¿Ha tenido alguna vez dinero propio?

—Sí; fue bastante desgraciado en cuestiones financieras y está un poco amargado… se ha hecho algo radical, ¿comprende? Fue poco afortunado en los negocios y le molesta que otros, que se han dedicado a los mismos, hayan tenido más suerte que él.

—Supongo que la suerte de usted no le molestará, ¿verdad? —inquirió Mason, sonriendo.

—Le molesta; y mucho.

—¿Pese a que piensa usted declararle su heredero?

—Usted no le conoce —contestó Kent, sonriendo—. Tiene un temperamento un poco raro.

Los dedos de Mason juguetearon con un lápiz. Miró, pensativo, a Kent. Dijo:

—¿Y su futura esposa?

—No heredará ni un centavo. Quiero que me extienda usted los documentos en ese tenor: uno para que lo firme ella antes del matrimonio y otro para que lo firme después. Es de la única forma en que puedo estar seguro de que no se casa conmigo por mi

dinero. Por cierto que la idea es suya. Dice que no se casará conmigo hasta que hayan arreglado las cosas de forma que no pueda obtener ni un centavo de mi fortuna ni como subvención en caso de divorcio, ni como herencia en caso de mi muerte.

Mason enarcó las cejas. Kent se echó a reír y dijo:

—Le diré en confianza, señor Mason, que, después de que haya firmado los documentos que le impidan sacarme dinero legalmente, pienso regalarle una considerable cantidad en efectivo.

—Comprendo. En cuanto a la tutoría que asegura a Edna una renta en el caso de divorciarse de Harris, se me ocurre que ello pudiera ser causa de lo que Harris quiere evitar precisamente.

—Comprendo su punto de vista. Tendré que volver a discutir el asunto con Harris. Con franqueza, Edna me ha resultado un problema. No la dejaban parar los cazadores de dotes; pero yo los iba echando a medida que se presentaban. Entonces apareció Harris. Me habló con claridad desde el primer momento… Ya le conocerá usted esta noche.

»Deje lo del testamento por unos días, pero extienda los documentos que ha de firmar mi futura esposa y tráigamelos esta noche. En otras palabras, se trata de una especie de prueba. Si está dispuesta a renunciar a todo derecho sobre mis bienes, sabré que se casa conmigo por amor.

—Comprendo.

—¿Puede traerlos consigo esta noche?

—Creo que sí.

Kent sacó un talonario del bolsillo, extendió un cheque con la nerviosa rapidez que le caracterizaba, lo arrancó y dijo:

—Más vale que lo seque. Esto es una cantidad a cuenta de sus honorarios.

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y salió del despacho.

Perry Mason le dijo a Della, haciendo una mueca:

—Eso es lo que me toca por querer ser ético e impedir un asesinato: un caso de divorcio, que no me gusta; una conferencia con un picapleitos, que es trabajo que desprecio, y unos documentos renunciando a derechos, que es cosa de meritorio.

La secretaria alargó la mano, cogió el cheque y murmuró:

—Veo un cheque de cinco mil dólares a cuenta y de éstos entran

muy pocos en libra.

Mason sonrió:

—Por lo menos, no cabe la menor duda de que Kent es un hombre de discernimiento —dijo—. Mande ese cheque al Banco antes de que cambie de parecer y le diga que se busque otro abogado. Telefonee al doctor Kelton; haga pasar a Jackson; avise a Paul Drake, de la Agencia Drake de Detectives, y dígale que tengo trabajo para él.

—¿Va usted a usar un detective?

—Para la señora Doris Sully Kent. Cuando se trata de iniciar negociaciones con gente que se dedica a explotar el matrimonio, un gramo de información vale más que un kilo de conversación.

Della Street tomó el listín de teléfonos.

Perry Mason se acercó a la ventana y miró, pensativo, a la calle.

De pronto se volvió, tiró de un cajón de su mesa y sacó unos prismáticos. Abrió la ventana con la mano izquierda, se acercó los prismáticos a los ojos y se inclinó hacia el exterior.

Della colgó tranquilamente el auricular sin haber acabado la conversación y cogió lápiz y papel.

Mason con los ojos pegados a los prismáticos, cantó:

—9-R-8-3-9-7.

Della anotó el número.

Mason bajó los prismáticos y cerró la ventana.

—¿Lo anotó, Della?

—Sí. ¿De qué se trata?

—La matrícula de un *Packard* verde, conducido por una señora vestida de azul, que seguía a nuestro cliente Peter B. Kent. No pude verle la cara; pero si no mienten sus piernas, tiene un cuerpo colosal.

Capítulo 3

Perry Mason hablaba con el doctor Kelton por teléfono cuando Paul Drake abrió la puerta de su despacho y dijo:

—Della me dijo que entrara, que estaba usted esperándome.

Mason asintió con un movimiento de cabeza, le hizo una seña para que se sentara y dijo por teléfono:

—¿Qué sabe usted del sonambulismo, Jim?… Bueno, pues tengo un asunto para usted. El hombre en cuestión no sabe que anda en sueños. Es muy nervioso. Lleva un cuchillo y merodea por toda la casa descalzo… Va usted a salir conmigo esta noche a investigar. No tenemos necesidad de cenar allá, gracias a Dios. ¿Cómo diablos quiere que sepa yo si va a darnos una cuchillada a nosotros? Póngase un camisón de mallas si quiere. Pasaré a buscarle a las siete y media… usted ha de ir para estudiarle, porque su mujer va a declarar que está loco… Sí; a las esposas les da por ahí de vez en cuando… Claro que hay honorarios para usted en el asunto; pero no sea tan mercenario antes de haber visto a la sobrina… ¡Vaya si lo es…! Bueno; iré a buscarle al club…

Mason colgó el auricular y le dirigió una sonrisa a Drake.

El patilargo detective se dejó caer en un sillón de cuero y se sentó en él cruzado, con las corvas apoyadas en un brazo del mismo y la espalda en el otro.

—Sonambulismo, ¿eh? —inquirió, arrastrando las sílabas.

Mason afirmó con la cabeza y dijo:

—¿Anda usted en sueños, Paul?

—¡Rayos, no! Me tiene usted siempre tan ocupado, que no tengo tiempo de dormir. ¿Qué quiere esta vez?

—Quiero que unos cuantos agentes buenos busquen a una tal señora Doris Sully Kent, que vive en Santa Bárbara. No le siga los pasos aún, porque es muy lista y no quiero descubrir mi juego

todavía, pero averigüe todo lo que sea posible acerca de su pasado, sus amigos, situación económica, derroches, residencia y planes futuros. Averigüe también lo que pueda acerca de cierto Frank B. Maddox, de Chicago, inventor y fabricante. Él se encuentra actualmente en esta ciudad. Conque no se preocupe de nada más que de los datos de Chicago. Entérese de quién posee un *Packard* verde, matrícula 9R8379.

—¿Cuándo necesita todo eso?

—Tan pronto como sea posible.

Drake consultó su reloj.

—De acuerdo —contestó—; ¿he de efectuar la investigación de Santa Bárbara en secreto?

—Sí; procure que ni ella ni sus amistades se enteren de que está siendo investigada.

Drake bostezó y se puso en pie.

—Ya estoy en marcha —anunció, dirigiéndose a la puerta.

Della Street, al oír cerrarse de golpe la puerta del corredor, entró en el despacho.

—¿Dónde está Jackson? —preguntó Mason.

—Haciendo la maleta para dirigirse a Santa Bárbara y averiguar el estado en que se halla el caso Doris Kent contra Peter Kent —contestó la joven, sonriendo—. Me tomé la libertad de adivinarle a usted el pensamiento y darle esa orden. He telefoneado al garaje para que carguen su coche de gasolina, lubricante y agua y lo traigan aquí.

—¡Bien hecho! —rió Mason—. El día menos pensado se me ocurre a mí subirle el sueldo, y descubriré que me ha leído usted el pensamiento y se lo ha subido por su cuenta. Telefonee al secretario municipal de Santa Bárbara. Encárguese de que alguien se quede allí después de la hora de oficina. Dígale a Jackson que me telefonee lo que averigüe. —Consultó su reloj de pulsera y dijo, meditabundo—: Está a unas cien millas de aquí. Jackson debiera llegar en menos de tres horas. Dígale que viaje a toda marcha.

Capítulo 4

En algún cuarto de la casa dieron las nueve en un reloj.

Duncan estaba hablando. Durante más de un cuarto de hora había estado «dando una idea de la situación» de su cliente.

Maddox, hombre cargado de hombros y pómulos salientes, que tenía el vicio de estarse siempre mirando fijamente las punteras de los zapatos, guardaba silencio. Kent se retorcía los largos dedos con impaciencia. A su derecha estaba sentada su secretaria, Helen Warrington, con un lápiz y un cuaderno de taquigrafía.

Al acabar de dar la hora, Duncan hizo una pausa. Mason le preguntó a la secretaria.

—¿Cuál es el último párrafo, señorita Warrington?

Consultando el cuaderno de taquigrafía, la joven leyó:

> *«… Y, como quiera que las partes contratantes arriba mencionadas desean, de una vez para siempre, liquidar y ajustar los asuntos de la mencionada Sociedad y redimirse el uno al otro de toda reclamación de cualquier clase, naturaleza y descripción que pudiera surgir por cualquier causa, fuese ésta cual fuere…».*

—Ahí está precisamente lo que yo discuto —interrumpió Duncan con insistencia—. Mi cliente sólo debe renunciar a cualquier reclamación que tenga derecho a hacer como consocio. En el documento que usted ha redactado se le hace renunciar a toda reclamación, sin hacerse excepción alguna. El único objeto de este compromiso es el de dejar zanjada la cuestión de la asociación. Mi cliente…

Mason le interrumpió con impaciencia:

—¿Qué reclamación tiene que hacerle su cliente a Peter Kent que no esté relacionada con el negocio?

—Ninguna, que yo sepa —confesó Duncan.

—En tal caso, no veo yo motivo para que no sea general la renuncia.

—Si no tiene derecho a reclamación alguna —inquirió Duncan con desconfianza—, ¿por qué ha de ser necesario que firme semejante renuncia?

—Porque pienso dejar saldado este asunto definitivamente —contestó Mason—. Si su cliente tiene alguna otra reclamación que hacerle a Kent, que la haga ahora.

—¡No conteste! ¡No conteste! —exclamó Duncan, volviéndose a Maddox—. Deje que hable yo.

Mason exhaló un suspiro. Duncan sacó un pañuelo, se quitó los lentes bifocales y los limpió. Mason extrajo una carta del archivador que había sobre la mesa delante de Kent y dijo:

—Aquí hay una carta firmada por Maddox. Supongo que no pretenderá usted renegar de la firma de su cliente. En esta carta reclama…

Duncan se apoderó rápidamente de la carta, echó hacia atrás la cabeza para mirar por la parte inferior de los lentes, sostuvo la carta lo más lejos que pudo, extendiendo el brazo, la leyó, la devolvió de mala gana y repuso:

—Esa carta fue escrita antes de que el señor Maddox conociera los derechos que le concedía la ley.

Mason se puso en pie.

—Está bien —dijo—; no me gusta el cariz que empieza a tomar el asunto. Su cliente firmará una renuncia general o no recibirá ni un centavo. Si usted quiere hacerle perder con su viveza una liquidación ventajosa, tire adelante.

Maddox alzó la vista de las punteras de los zapatos, dirigió una breve mirada a Duncan, empezó a decir algo, se contuvo y se quedó mirando con fijeza a su abogado.

El rostro de Duncan se congestionó de ira; pero comprendió el significado de la mirada de Maddox y dijo:

—Si tienen ustedes la amabilidad de perdonarnos unos instantes, conferenciaré con mi cliente.

Se levantó. Los dos hombres salieron del cuarto.

El doctor Kelton, sentado a cierta distancia de la mesa, en un punto desde el que podía estudiar las facciones de Kent, se sacó el

puro de la boca para murmurar:

—¡Ustedes los abogados…!

Mason dijo, irritado:

—Me está muy bien empleado, por dejarme meter en una discusión acerca de un maldito contrato. Mi especialidad es los casos de asesinato. ¿Por qué diablos no tendría sentido común suficiente para no salir de ellos?

Kent empezó a estremecerse de pronto. El tic nervioso, que nació en los labios, no tardó en extenderse a los ojos. Se llevó la mano a la cara para dominar sus estremecimientos y la mano le empezó a temblar. Luego todo su cuerpo se agitó convulsivamente.

Las pupilas del doctor Kelton se contrajeron al observarle. Mediante un visible esfuerzo, Kent logró dominarse. Cesó el temblor. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

—No le pague usted un centavo —dijo—, a menos que firme la renuncia que pedimos. Es un malhechor. No es más que un…

Se abrió la puerta. El mayordomo apareció en el umbral, diciendo:

—Llaman al señor Mason al teléfono.

Mason salió del cuarto, siguió al mayordomo por un corredor, hasta una cabina telefónica acolchada, descolgó el auricular, dijo: «¿Diga?», y oyó la voz de Della Street, que le anunciaba:

—Paul Drake está en el despacho con un informe de Chicago. Está a punto de llegar una información de Jackson desde Santa Bárbara. No cuelgue después de haber hablado con Paul, y le pondré en comunicación con Jackson.

Mason repuso: «Está bien», oyó el chasquido de una clavija y la voz de Paul Drake, que decía:

—Hola, Perry. He conseguido informes acerca de la parte de Chicago. Frank B. Maddox se encuentra metido en un lío allí. Organizó la Compañía Fabril Maddox. Al parecer, obtuvo el capital para hacerlo de un tal Peter B. Kent. El negocio, que empezó por nada, llegó a convertirse en algo bueno. Kent no figuraba. Maddox se encargaba de la dirección y administración. Hace cosa de dos meses, le puso pleito a Maddox la viuda de un tal Jim K. Fogg, quien asegura que fue su esposo el inventor del único instrumento que fabrica la Compañía Fabril Maddox. La historia es larga. Me limitaré a darle los detalles más importantes. Fogg estaba muriendo

de tuberculosis. Maddox se fingió su amigo y le hizo creer que tal vez podría hacer algo con su invento. Se llevó el modelo de Fogg y lo patentó en su nombre. Luego cedió la patente a la Compañía Fabril Maddox y no le dio a Fogg ni un centavo. Fogg murió. Hacía unos meses que no vivía con su mujer cuando ocurrió la defunción; pero, después de ésta, la mujer se puso a examinar papeluchos y encontró los datos suficientes para enterarse de la verdad. Investigó y luego puso pleito. Maddox ha estado dando largas al asunto. Consiguió la mujer una orden autorizándola a obtener la deposición de Maddox y ha estado buscándole desde entonces para hacerle citar ante el juzgado; pero no logra encontrarle. La agencia detectivesca a la que yo contraté para que me consiguiera datos de Maddox en Chicago ha sido contratada también por los abogados de la señora Fogg para que dé con el paradero de Maddox y le obligue a comparecer.

—¿Le dijo usted dónde estaba Maddox?

—No; pero me gustaría hacerlo. ¿Me autoriza?

—Tiene usted muchísima razón —exclamó Mason, gozoso—. Cuénteles usted todo. Puede dar los pasos necesarios para citar a Maddox ante el juez de aquí, y para obtener su deposición, y cuanto antes lo hagan más me alegraré.

—De acuerdo. Y allí va otra cosa. El *Packard* verde es propiedad de Doris Sully Kent, de Santa Bárbara.

La voz de Della interrumpió, diciendo:

—Un momento, jefe. Conferencia con Jackson. Voy a ponerle la comunicación a usted.

Sonó la voz excitada de Jackson:

—He encontrado algo inesperado aquí.

—¿De qué se trata?

—Que la sentencia interlocutoria de divorcio fue emitida hace un año, el día trece del mes. Hudson, Reynolds y Hunt eran los abogados de la señora Kent. Hudson fue el que la representó. La señora Kent le despidió esta mañana. Ha buscado un abogado en Los Ángeles para que la represente.

—¿Fue registrada la sentencia interlocutoria el mismo día trece?

—Sí.

—¿Está usted seguro?

—Completamente. He visto el registro.

—¿Ha averiguado las señas de la señora Kent?

—Sí; en el número 1325 de la calle Cabrillo.

—Bien, Jackson. Quiero que haga usted lo siguiente: estacione su automóvil en un lugar desde el que pueda vigilar la casa de la señora Kent. No la pierda de vista hasta que mande yo a alguien que le releve. Esa señora tiene un *Packard* verde. Sígala si sale y anote el número de matrícula de cualquier coche que vaya a su casa. Mandaré relevo poco después de medianoche.

Mason colgó el auricular y volvió a la biblioteca. Duncan, mirándole con desconfianza, dio vueltas al puro con los labios.

—Creo —dijo— que puede arreglarse el asunto. Mi cliente opina que el señor Kent, por ignorancia quizá, se deshizo de ciertas ventajas de gran valor para la sociedad sin consultar a mi cliente; que la patente vale…

—Basta —le interrumpió Mason—; eso lo ha dicho usted ya por lo menos cinco veces desde que empezó esta conferencia.

Duncan alzó la cabeza para mirar a Mason, con irritación, por la parte inferior de los lentes.

—No me gusta su tono y no me gusta su comentario —dijo.

Mason le miró sonriendo; pero nada dijo.

—Mi cliente desea diez mil dólares más por hacer una renuncia general —agregó Duncan, con aspereza.

Kent empezó a decir algo; pero Mason le impuso silencio.

—Habré de discutir eso con mi cliente —le dijo a Duncan.

—Está bien: ¿desea usted que me retire?

—No podemos llegar a una decisión inmediata. Quiero discutir el asunto con mi cliente. Nos reuniremos mañana por la noche a la misma hora.

—Pero… ¡si yo creí que estábamos todos dispuestos a arreglar este dichoso asunto amigablemente…! —protestó Duncan.

Mason nada dijo. Después de un momento, agregó Duncan:

—Bueno. Pues si ésa es su última palabra, supongo que no me queda más remedio que esperar.

—Esa —aseguró Mason— es mi última palabra.

Duncan dio media vuelta con dignidad, se detuvo en el umbral nada más que el tiempo justo para dar las buenas noches en tono que no bastó para ocultar su desencanto; luego, empujando a su cliente hacia el corredor, cerró la puerta de golpe tras sí.

Kent dijo:

—¡Qué rayos, Mason! Yo quería ultimar el asunto. El dinero no representa gran cosa para mí; pero, como usted sabe, deseo poner mis asuntos en orden…

—Bien —le interrumpió el abogado—; ahora yo voy a decirle a usted algo. Maddox es un estafador. Mañana vamos a ponerle un pleito a Maddox alegando que le defraudó él a usted pretendiendo ser dueño e inventor de la máquina Maddox de raspar válvulas, cuando, en realidad, no era ni el dueño ni el inventor, puesto que había obtenido el modelo defraudando a un tal Fogg, que era el verdadero inventor. Exigirá usted que le sean rendidas cuentas; hará que sea nombrado un receptor oficial para el negocio de Chicago y echará a Duncan y a Maddox a puntapiés.

—¿Quiere usted decir con eso que Frank no inventó la máquina?

—Eso mismo. Robó el modelo.

—¡Maldita sea su estampa! ¡Le meteré en la cárcel! ¡Voy a verle ahora mismo y…!

—Olvídese de eso. Tiene cosas más importantes en qué pensar. La señora Fogg le ha puesto pleito a Maddox en Chicago y andan buscándole para citarle a declarar. Él ha venido aquí para sacarle a usted todo lo posible y fugarse. Si descubre usted el juego ahora, la señora Fogg nunca logrará hacerle declarar. Va usted a darle largas y a permitir que siga aquí, en su casa, hasta que puedan citarle en el caso Fogg.

»Pero ha de pensar en otras cosas. Su exesposa ha despedido a sus abogados de Santa Bárbara y ha contratado a otro aquí, en Los Ángeles. Necesitará algún tiempo este abogado de Los Ángeles para poder empezar a trabajar. Fue registrada una sentencia interlocutoria de divorcio en Santa Bárbara hace un año. Mañana por la mañana puedo presentarme al tribunal, si lo hago antes que sus abogados, y conseguir una sentencia definitiva de divorcio. En cuanto la tenga, podrá usted casarse legalmente.

—Pero, ¿no es preciso avisar con tres días de anticipación?

—En este Estado, sí; pero no en Arizona. Voy a hacerle firmar a usted la declaración necesaria para conseguir la sentencia definitiva. El tribunal la concederá sin vacilar. Usted y la señorita Mays pueden irse a Yuma en aeroplano y aguardar a que yo les telefonee diciendo que ha sido concedida la sentencia. Entonces

podrán ustedes casarse y el matrimonio será legal.

—¿Es preciso hacerlo tan de prisa? ¿No podríamos esperar a darle tiempo a la señorita Mays a hacer el equipaje y…?

—¿No comprende que, en cuanto su exesposa presente su petición, no podrá casarse usted hasta que quede resuelto el pleito? Pero si puede usted pillarle la delantera, obtener la sentencia definitiva y volverse a casar, se encontrará en una posición inexpugnable.

Kent se puso en pie de un brinco y echó a andar hacia la puerta.

—Vamos, Helen —dijo—; tendrá usted que hacernos reservar asientos en el avión.

Salieron juntos del cuarto.

Mason se volvió hacia el doctor Kelton.

—¿Qué opina usted de él, Jim?

El doctor chupó, meditabundo, el puro, se lo sacó de la boca, y dijo:

—Perry, que me ahorquen si lo sé. Ese papelito que hizo era comedia pura.

—¿Se refiere a los estremecimientos?

—Sí.

—Así, ¿eso no es síntoma de desórdenes nerviosos?

—No. Ciertas contracciones involuntarias repetidas de los músculos constituyen lo que se llama, generalmente, *tic*.

»Si exceptuamos cierta forma de neuralgia trigeminal debida a cambios nerviosos degenerativos, los *tics* no son dolorosos. Pero en este caso no se trata de un tic. Después de haberle observado estrechamente, estaría dispuesto a jurar que todo eso es fingido.

—Pero —inquirió el abogado—, ¿por qué había de querer Kent fingir desórdenes nerviosos? Está luchando contra la acusación de su esposa de que no está del todo bien. Él intenta demostrar que está en su sano juicio.

El doctor Kelton sacudió la cabeza.

—¿Fue él quien propuso que trajera usted un médico para que lo observase?

—Sí; creo que su sobrina tuvo algo que ver con que se hiciera semejante petición; pero fue él quien lo propuso.

—Hizo que usted me trajera aquí —dijo el doctor Kelton, con lentitud— para representar esa comedia en mi presencia. Como la

mayoría de los profanos, exageró su habilidad de poder engañar a un médico. Tal vez hubiese logrado engañar a un médico de cabecera hasta el punto de que éste hiciera un diagnóstico equivocado; pero esas contracciones no engañarían a ningún psiquiatra.

—Entonces, ¿qué pretenderá establecer con eso?

Kelton se encogió de hombros.

—¿Y el sonambulismo? ¿No le sugiere eso nada?

—¿Como síntoma de desequilibrio mental, quiere decir?

—Sí.

—No; el andar en sueños obedece, generalmente, a una inhibición emocional, a una asociación arbitraria de ideas en el individuo. No es síntoma de desequilibrio mental. Se aproxima más a una especie de hipnosis individual, a una autosugestión del subconsciente.

—¿Se muestran muy activos los sonámbulos cuando hay luna llena?

—Sí.

—¿Por qué?

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sabemos, Perry.

—Vaya —rió Mason—, éste es un caso nuevo. Un cliente me contrata para que demuestre que está en su sano juicio y luego procura obrar como si estuviera loco.

El doctor Kelton se sacó el puro de la boca y dijo, con sequedad:

—Aparte de tener la agradable costumbre de merodear por la casa, de noche, con un cuchillo trinchante.

Capítulo 5

Lucille Mays, alta, estrecha de cintura, miró a Perry Mason con candor.

—Soy enfermera —dijo—. El señor Kent tiene veinte años más que yo. Como es natural, la gente cree que me caso con él por su dinero. Eso no es cierto. Quería asegurarle a usted, personalmente, que estoy dispuesta a firmar cualquier documento que proteja al señor Kent.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Gracias —dijo—; me alegro de haber tenido la ocasión de hablar con usted. A propósito, ¿ha discutido usted alguna vez este asunto con el señor Rease?

Ella se echó a reír y contestó:

—No; al señor Rease no le soy simpática. Es hipocondríaco y no le gusta la gente que no le compadece. Sin ir más lejos, esta misma noche se quejó de que había aire corriente en su cuarto. Harris, por no contrariarle, arregló las cosas de forma que cambiara de habitación con Maddox. Al señor Kent le hará muy poca gracia cuando se entere. Le he explicado repetidas veces que no debe ceder ante las enfermedades del señor Rease.

—¿Kent no está enterado de lo ocurrido?

—No. Sucedió después de cenar. Peter estaba telefoneando. Los demás estaban todos juntos y…

Se abrió la puerta, entró Kent, rodeó el talle de Lucille con el brazo.

—Si entramos en el *solarium* —dijo— llegaremos a tiempo para beber algo. Harris está mezclando uno de sus famosos cocktails.

Lucille Mays movió afirmativamente la cabeza, pero siguió con la mirada fija en Mason.

El interpelado asintió con un movimiento de cabeza. Le dijo a

Kent:

—Quiero preparar una declaración para que usted la firme, a fin de que podamos conseguir la sentencia definitiva. Además, quiero mandar a alguien a Santa Bárbara para que releve al hombre que tengo allí. Está vigilando a Doris Kent.

Peter Kent le empujó hacia una puerta que daba a un cuarto contiguo del que salía ruido de risas.

—Quiero que conozca usted a mi sobrina —exclamó, y Jerry Harris está aquí. Es su prometido. Estará dispuesto a hacer lo que pueda por ayudar.

Mason se dejó conducir a la otra habitación, en un extremo de la cual había instalado un bar. Detrás del mostrador, un gigante sonriente, en mangas de camisa, estaba mezclando cocktails. Edna Hammer se hallaba con un pie en la barra que había en la parte baja del mostrador.

—¿Estoy bien así? —estaba preguntando.

En un rincón, Helen Warrington, secretaria de Kent, jugaba con una copa, expresando su rostro buen humor.

—No —respondió el joven de detrás del mostrador—; no pareces lo bastante borracha. Si hemos de hacer ese numerito y…

Se interrumpió al ver a Perry Mason.

Kent dijo:

—Les presento al abogado Perry Mason… Mi sobrina la señorita Edna Hammer y Jerry Harris. Ya conoce usted a la señorita Warrington. Creo que Jerry está a punto de mezclar uno de sus famosos cocktails D-P-D-L-P.

Edna Hammer se acercó a ofrecer a Perry Mason la mano.

—¡He oído tanto de usted! —exclamó—. Es un verdadero placer. Tío me dijo que le iba a consultar y he estado esperando tener ocasión de conocerle.

—Si yo hubiera sabido que su tío tenía una sobrina tan hermosa, hubiese insistido en beber a primera hora de la noche.

—Muy bien dicho —exclamó Harris—, y nada más que por eso, voy a prepararle el famoso cocktail D-P-D-L-P de mi invención.

—¿Qué es un cocktail D-P-D-L-P exactamente? —inquirió Perry.

Fue Helen Warrington quien contestó.

—Esas letras —explicó— son las iniciales de «deja patitieso y da la puntilla».

Kent se acercó al extremo del mostrador y golpeó la caoba con los nudillos como si hubiera estado pidiendo orden en la reunión de una junta directiva.

—Amigos —dijo—: se ha presentado una situación seria. Dejémonos de comedias unos instantes. Necesito la ayuda de ustedes.

Se desvaneció instantáneamente la sonrisa de todos los rostros.

—Voy a casarme esta noche —dijo Kent— o, mejor dicho, a primera hora de la mañana.

Harris empezó a aplaudir; pero al fijarse en la expresión del otro, dejó caer las manos.

—No tengo secretos para ninguna de las personas que hay en este cuarto —prosiguió Kent—. Todos ustedes son mis amigos. Sé que puedo confiar en ustedes. Voy a echar mis cartas boca arriba sobre la mesa. El señor Mason necesita ayuda. Necesita a alguien que vaya a Santa Bárbara inmediatamente.

—Cuente conmigo —exclamó Harris, alzando la mano—. Voluntario número uno.

Kent dio las gracias con una inclinación de cabeza y dijo:

—La situación es la siguiente: Doris, a quien conocen todos ustedes y cuyo carácter comprenden sin necesidad de que haga yo comentario alguno, está preparándose a iniciar unos pleitos que impedirán que se efectúe mi matrimonio. Sin embargo, gracias a un cambio de abogado, el pleito se ha retrasado. Si el señor Mason puede conseguir una sentencia definitiva de divorcio en Santa Bárbara mañana por la mañana antes de que sean presentadas las otras demandas, Lucille y yo podemos dirigirnos a Arizona, a Yuma y casarnos.

»Si necesita usted a alguien que le conduzca en coche a Santa Bárbara, señor Mason —dijo—, tengo un *Rolls-Royce* a la puerta que hará el recorrido en menos de dos horas. No sería la primera vez que lo hiciera.

Mason contestó lentamente:

—No quiero ir yo. Tengo allí a un pasante del que puedo fiarme. Quiero enviarle una buena taquimecanógrafa para que pueda dictar unos documentos si fuera necesario. También necesito a alguien que conozca a Doris Kent para que vigile su casa y me avise si entra o si sale. Luego pondré detectives a trabajar. El que la conozca, podrá

señalarla, y los detectives profesionales se encargarán de todo lo demás.

—Yo la conozco —aseguró Harris—. Edna me la presentó hace un mes.

Se volvió hacia Edna Hammer y dijo:

—Vente conmigo, Edna; resultará muy divertido.

La joven vaciló un segundo, y miró a Helen Warrington.

Kent, comprendiendo la mirada, intervino con un gesto:

—Vayan las dos. No necesitaré a Helen para nada. Tiene experiencia como taquimecanógrafa en trabajos de abogado y estará a mano por si es necesaria su cooperación.

—Así pues, eso queda resuelto —dijo Mason.

Se dirigió al teléfono, llamó a su despacho y le dijo a Della Street:

—Prepare una declaración para sentencia definitiva en el divorcio de Kent. La sentencia interlocutoria fue emitida en Santa Bárbara hace un año, el día trece. Tendrá que dejar en blanco el número y la página del registro de sentencias hasta que consigamos esos datos. Fue registrada el mismo día en que se dictó.

—Eso ya lo tengo —repuso Della, con tranquilidad—. Tengo la declaración preparada y la sentencia definitiva de divorcio para que la firme el juez.

—Me ha estado usted leyendo el pensamiento otra vez, ¿eh?

—No puede imaginarse hasta qué punto. ¿Viene usted en busca del documento o he de llevárselo?

—¿Dónde está Paul Drake? ¿Está ahí?

—No; salió. Ha estado saliendo y entrando toda la noche.

—¿Ha descubierto algo nuevo?

—No lo creo.

—Tome un taxi y venga.

Para cuando Mason colgó el teléfono, Helen Warrington había conseguido ya comunicación con el aeropuerto por un aparato supletorio enchufado detrás del mostrador.

—Tengo un piloto que puede suministrar un aparato a un solo motor —dijo—; pero quiere esperar a que sea de día para emprender el vuelo. Dice que puede salir al amanecer y llegar a Yuma a las siete y media de la mañana.

Kent dirigió una mirada interrogadora a Mason. Este asintió con

un movimiento de cabeza.

—Está bien —dijo Kent—; contrate el aparato.

Bruscamente empezó a temblar de pies a cabeza. Se volvió de espaldas como para ocultar su aflicción. Helen Warrington dijo:

—De acuerdo. Tenga el aeroplano preparado para emprender el vuelo al amanecer.

El mayordomo abrió la puerta y anunció:

—El señor Peasley la llama, señorita Warrington.

A Kent le cesó el ataque de golpe.

—Oiga —advirtió, volviéndose hacia ella—: ni una palabra de esto a Bob Peasley.

—La verdad —dijo Helen—, a menos que sea absolutamente necesario que vaya yo…

—Quiero yo que vaya —contestó Edna Hammer, con petulancia —. Después de todo, va a ser una excursión que durará toda la noche.

—Dígale a Peasley —dijo Kent— que va a salir conmigo para cuestión de negocios. No le diga el tiempo que estará ausente ni dónde va. Dígale que tendrá que excusarla esta noche.

—Y… ¡no le diga con quién va! —rió Harris—. Me daría una puñalada.

Helen le dijo al mayordomo:

—Hágale pasar.

—Bueno —observó Harris—; puesto que yo he de conducir el coche, procuraré no emborracharme; pero no existe motivo alguno para que ustedes no tomen uno de los famosos cocktails D-P-D-L-P de Harris como estimulante.

—Sí —dijo Edna—; dale uno a Bob. A él le irá bien.

Su tono tenía cierto dejo de acidez.

Se abrió la puerta. Un joven algo cargado de hombros, de unos veinticinco años de edad, saludó a todos con una leve inclinación de cabeza.

—Buenas noches —dijo.

Y volvió la mirada, inmediatamente, hacia Helen Warrington.

Ella se acercó a su lado.

—El señor Mason —murmuró—. El señor Peasley.

—¡Perry Mason! —exclamó Bob—. ¡El abogado!

—En persona —asintió Perry, estrechándole la mano—; y a

punto de catar uno de los famosos cocktails D-P-D-L-P de nuestro estimado contemporáneo Jerry Harris, el mejor mezclador de cocktails de la era post prohibicionista.

Kent se aproximó a Peasley.

—Lo siento, Bob, pero tendrá que dispensar a Helen esta noche. Va a estar muy ocupada.

Peasley intentó sonreír.

—Es igual. De todas formas, sólo vine a pasar aquí un instante. Me espera un día muy duro en el despacho mañana. Sólo quería hablar con Helen unos segundos.

Miró a la muchacha, expresivamente.

—Perdónennos todos, por favor —dijo ella, alegremente—. Resérveme un cocktail D-P-D-L-P, Jerry Harris.

Salió de la habitación con Bob Peasley, y Edna Hammer exhaló un suspiro de alivio.

—¡Dios me libre de un hombre celoso! —exclamó—. ¿Te diste cuenta de la manera como te miró?

—¿Que si me di cuenta? Cualquiera diría que soy el Don Juan de Hollywood.

—¿Lo eres, Jerry? —inquirió Edna.

—Maldito si lo sé —contestó él, riendo—. Trabajo me cuesta atender a toda la competencia; pero hago todo lo que puedo.

Lucille Mays, que había estado hablando en voz baja con Peter Kent, se echó a reír de pronto y dijo:

—¿Lo creo, Jerry?

—Claro que sí —aseguró éste—; hablo en serio. Es de la única manera que puedo adelantar algo. Es lógico que las mujeres quieran al hombre que todas las demás mujeres quieren, ¿comprende? Por consiguiente, haciendo que algunas mujeres me quieran, consigo que me quieran todas.

Y luego, revolviéndose audazmente hacia Edna Hammer, le preguntó:

—¿No es cierto, cariño?

Edna le miró riendo, y contestó:

—Lo es en mi caso, Jerry; pero cuando yo te tenga bien enganchado, no olvides que llevarás mi contraseña. Como vea que te ronda alguna mujer, la asesino.

Harris dijo, midiendo cuidadosamente el último de los

ingredientes del cocktail:

—Un par de más de cocktails, querida, y te sentirás un poco más liberal.

Edna le contestó:

—Date prisa, Jerry. El señor Mason está siendo cortés y galante; pero veo que le rebosan los pensamientos importantes y urgentes… Los *Leo* son así.

—¿Yo soy un *Leo*? —inquirió Jerry—. Me rebosan los pensamientos y las ideas importantes.

—Tú —le dijo ella, fogosa la mirada y seria la entonación— eres un *Tauro*… y ¡cómo me gusta!

Capítulo 6

Perry Mason, en pijama, se hallaba junto a la ventana de la alcoba contemplando el patio inundado de luz de luna.

El enorme edificio, construido en forma de V, rodeaba un patio enlosado cuya extremidad oriental cerraba una gruesa pared de adobes de cerca de cuatro metros de altura.

El doctor Kelton, cuyo enorme peso hacía que formara panza el *sommier* de una de las camas gemelas, se frotó los ojos y bostezó.

Mason observó los arbustos que proyectaban negras sombras, el surtidor que parecía disparar oro líquido en la cálida noche, los sombreados nichos, los toldos rayados, los paraguas y las mesas del jardín.

—Delicioso lugar —murmuró.

El doctor Kelton volvió a bostezar y le dijo:

—No lo querría ni regalado. Demasiado grande. Demasiado macizo. Un palacio debe ser un palacio. Una cabaña debe ser una cabaña. Eso de construir un hotel alrededor de un patio exagerado parece ponerlo todo fuera de lugar.

—Deduzco —observó Perry, volviéndose a mirarle sonriendo que no ha pasado usted una velada muy agradable.

—No, señor. Y sigo sin comprender por qué no me ha dejado usted marcharme a casa después de haberle echado una mirada a Kent.

—¿Olvida que va a levantarse al amanecer para despedir a la feliz pareja?

—No será eso verdad. Me voy a quedar aquí mismo. He practicado la medicina lo bastante para darle valor al sueño cuando se me presenta ocasión de dormir. No seré yo quien se levante al amanecer para despedir a ninguna pareja que se largue en ningún aeroplano.

—No sea usted tan pesimista. Venga a ver el patio a la luz de la luna, Jim. Es muy hermoso.

El doctor se estiró en la cama con mucho rechinar de muelles.

—Me basta su palabra, Perry. A mí, personalmente, no me gusta este sitio. Me sentiré mucho más tranquilo cuando esté fuera de aquí.

—¿Le preocupa la posibilidad de que alguien le clave un trinchante en las costillas?

—¡Por el amor de Dios, apague la luz y acuéstese! —exclamó el doctor, ahogando otro bostezo—. Oyendo discutir a dos abogados me entró tal sueño que…

Se oyó como si arañaran la puerta.

Kelton se incorporó bruscamente y pregunto en voz baja:

—Y ahora… ¿qué?

Mason le impuso silencio, llevándose un dedo a los labios.

Al poco rato volvió a oírse el mismo sonido.

—Suena —rió Mason— como si hubiese alguien con un trinchante en la mano a la puerta de su alcoba, Jim.

Abrió un poco la puerta y dio muestras de sorpresa.

—¡Usted! —exclamó.

—Bueno, déjeme entrar —contestó Edna Hammer en ronco susurro.

Mason abrió más y Edna Hammer, en vaporoso camisón, se introdujo cautelosamente en el cuarto, cerró la puerta tras de sí y echó la llave.

—Oiga —protestó Kelton—: ¿qué significa esto?

—Creí que se había marchado usted a Santa Bárbara —observó Mason.

—No sea usted tonto; yo no podía ir. ¿Cómo quiere que fuera, cuando tío Pete es sonámbulo y esta noche hay luna llena?

—¿Por qué no lo dijo, pues?

—Porque me vi acorralada. Usted y tío Pete querían, deseaban, que fuera Helen Warrington para que ayudara a su pasante allá. Como es natural, ella no hubiese querido ir sin mí. Hubiera podido dar explicaciones, pero se presentó Bob Peasley; y él hubiera creído que Helen iba a marcharse a Santa Bárbara sola, con Jerry… Bueno, pues hubiese matado a Jerry, nada más.

—Sigo sin comprender por qué no pudo decir usted con

franqueza que no tenía ganas de ir —dijo Mason.

—No quería despertar las sospechas de tío Pete. Se hubiera dado cuenta de que pasaba algo.

—Conque…, ¿qué hizo usted?

—Salí del automóvil y les expliqué a Helen y a Jerry la situación. Fueron muy amables los dos en cuanto comprendieron.

El doctor Kelton dijo:

—¿Es eso motivo para que se pongan ustedes dos ropa de dormir y celebren conferencias en mi alcoba?

Ella le miró, se echó a reír y contestó:

—No se asuste; no le morderé. Quiero que me acompañe Mason a cerrar con llave el cuarto de mi tío y el cajón del aparador.

—¿Por qué no puede hacerlo usted sola? —preguntó Mason.

—Porque si *ocurriera* algo, le necesitaría a usted como testigo.

—Mal testigo resultaría yo —rió Mason—. El doctor Kelton resultaría un testigo magnífico, sin embargo. Despiértese, Jim, y ayude a la muchacha a cerrar.

Kelton dijo en voz baja:

—Váyase usted al cuerno, Perry Mason, y déjeme dormir.

—No tengo albornoz, ni batín, ni nada que se le parezca aquí —le dijo Perry a Edna—. ¿He de rondar por los pasillos en pijama y zapatillas?

—Naturalmente. Todo el mundo está acostado a estas horas.

—Si para usted está bien, por mí no hay inconveniente —le dijo —. Vamos.

Abrió ella la puerta; miró cautelosamente de un lado a otro del pasillo. Avanzaban sin más ruido que el producido por el roce de la seda de su camisón. Edna le condujo a la puerta del cuarto de su tío. Se arrodilló delante de la cerradura e introdujo, con mucho cuidado, la llave. La hizo girar lentamente hasta que, con un chasquido casi imperceptible, quedó echada la llave. Le hizo una señal a Mason y continuó andando hacia la escalera.

Cuando se hallaba cerca de ella, susurró:

—Engrasé la cerradura; conque no hace ruido.

—¿No tiene llave su tío?

—Sí; pero no es fácil que la sacara del bolsillo y abriera la puerta si estaba dormido. Bien sabe usted que un sonámbulo no haría eso.

—¿Y el aparador?

—Tengo yo la *única* llave de ese cajón.

Sacó una lámpara pequeña del bolsillo, iluminó el aparador e introdujo la llave en la cerradura del cajón de arriba.

—¿El juego de trinchantes está ahí dentro? —inquirió Mason.

Ella afirmó con la cabeza y echó la llave.

—No sabe cuánto me alegro de que haya venido usted aquí esta noche —dijo—. Está usted arreglando las cosas. Mi tío se encuentra mejor ya. Tengo la seguridad de que dormirá bien esta noche y no le dará por andar en sueños.

—Pues yo —aseguró Mason— pienso cerrar con llave mi puerta.

Edna le asió del brazo y le dijo:

—No me asuste o escandalizaré a su amigo el médico y le mataré de un susto pasándome toda la noche en su cuarto.

Mason se echó a reír, la siguió escalera arriba, se detuvo en la puerta de su cuarto, probó el picaporte y observó:

—Jim me ha pillado la delantera. Cerró la puerta con llave después de salir nosotros.

—Tal vez —rió ella— tenga miedo de que ande *yo* en sueños.

Mason llamó con los nudillos y, al cabo de un momento, rechinó el suelo bajo el peso de un cuerpo macizo que avanzaba en zapatillas. Giró la llave y se abrió la puerta.

Edna Hammer empujó a Perry a un lado, asomó la cabeza y dijo:

—¡Buuuuu!

Medio segundo después, los muelles de la cama de Kelton rechinaron violentamente. Perry Mason entró en su cuarto detrás de Edna. Ésta se acercó al lecho.

—¿Anda *usted* —le preguntó a Kelton— en sueños?

—Yo no —contestó el médico, logrando sonreír—; duermo estacionado. Pero ronco como el mismísimo demonio si le interesa saberlo.

—¡Qué bien! —exclamó ella—. Imagínese lo estupendo que resultaría usted como sonámbulo. Podría andar en la niebla y tocar su propia sirena.

Dio media vuelta riendo, deslizó las yemas de los dedos a lo largo del brazo de Mason y dijo:

—Muchas gracias. No sabe usted la ayuda tan grande que resulta. —Y salió de la habitación.

Jim Kelton exhaló un suspiro.

—Cierre con llave esa puerta, Perry. Y, por el amor de Dios, *consérvela* cerrada con llave. Esa mujer merodea más que un gato.

Capítulo 7

Empezó a sonar un despertador pequeño. Mason alargó la mano, paró el timbre, saltó de la cama y se vistió. El doctor Kelton dejó de roncar unos segundos escasos y luego reanudó su cadencia nasal. Mason apagó la luz, abrió la puerta y salió al corredor. Edna Hammer se hallaba a pocos pasos de él. Seguía en camisón. El aroma de café recién hecho poblaba el pasillo.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó.

—Me he acercado a decirle que he abierto la puerta de mi tío otra vez y a pedirle que me suba usted, de contrabando, una taza de café.

—¿No puede usted llamar al mayordomo y pedir que se la lleve a su cuarto?

—No; no me atrevo. Nadie ha de saber que no he ido a Santa Bárbara. Tío Pete se pondría furioso si creyera que le había engañado. Además, tenemos que pensar en Helen.

Mason afirmó con la cabeza.

—¿Cuál es su cuarto? —preguntó.

—Está en el ala norte, en la planta baja, junto al muro de adobes. Da al patio.

—Haré lo que pueda. ¿Se ha levantado su tío?

—Sí; lleva ya levantado media hora. Ha estado haciendo la maleta y todo eso.

Se oyó el ruido de un picaporte.

Edna Hammer soltó una exclamación y huyó.

Mason se dirigió a la escalera. Peter Kent, recién afeitado, salió al pasillo, vio a Mason y sonrió.

—Buenos días, señor Mason. Espero que habrá dormido bien. Le agradezco mucho que se haya levantado a despedirnos.

—Siempre me levanto a ver casarse a mis clientes —respondió el

abogado, riendo—; pero parece ser que voy a ser yo el único. El doctor Kelton está dormido como un tronco y no hay quien lo mueva.

Peter Kent consultó su reloj.

—Las cinco —musitó—. El sol sale a eso de las seis. Hemos de estar en el aeródromo a las cinco cuarenta y cinco. Eso nos dará tiempo de comer jamón, huevos y tostadas; pero tendremos que darnos prisa.

Acompañó a Mason escalera abajo, hasta la sala grande, donde el mayordomo había encendido fuego y colocado una mesa.

Lucille Mays salió al encuentro de Kent con las manos tendidas y ojos brillantes.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó, solícita.

—Maravillosamente. El señor Mason inspira confianza. Siento no haberle consultado antes.

Mason correspondió a la sonrisa de Lucille. Se sentaron a la mesa y se desayunaron apresuradamente. Al empezar a subir Kent la escalera de nuevo, el abogado se sirvió otra taza de café, echó azúcar y leche y se acercó a la puerta, como para asomarse al patio.

Aguardó hasta encontrarse solo; luego salió.

Edna Hammer le aguardaba con la puerta de su cuarto abierta. Mason le entregó la taza de café y le dijo, en un susurro:

—No me dijo usted si le gustaba el azúcar o la leche; conque me arriesgué.

—Mientras sea café caliente… ¡Señor! ¡Estoy completamente deshecha!

—Anímese. Pronto quedará todo resuelto. Lo sabremos a las diez. Tal vez un poco antes.

Tomó ella café, le dio las gracias con una sonrisa, entró en el cuarto y cerró la puerta. Mason regresó a la sala. El mayordomo, al quitar la mesa, preguntó:

—¿Su taza y su plato, señor?

Mason se encogió de hombros.

—Los he dejado no sé dónde —contestó—. No recuerdo ahora. Ya aparecerán. Estuve mirando unas pinturas en el pasillo y luego salí al patio un rato.

—Está bien, señor.

—¿Cómo se llama usted?

—Arthur, señor… Arthur Coulter.

—Conduce usted el automóvil además de hacer de mayordomo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Qué clase de coche tiene el señor Kent?

—Un *Packard* tipo *sedán* y un *cabriolet Ford*. Voy a sacar el *sedán* esta mañana. Creo que ha de conducirlo usted.

—Así es. Más vale que se dé prisa, Arthur.

El mayordomo se fue silenciosamente. Un momento después apareció en el umbral Peter Kent, con una maleta y el gabán. Dijo:

—Mejor será que busque usted su gabán, señor Mason.

—Lo tengo en el vestíbulo.

Salió y recogió el gabán y el sombrero. Casi inmediatamente se reunió con ellos Lucille Mays. Kent abrió la puerta. Se oyó el zumbido del motor de un automóvil. La luz de los faros dobló la curva de la calzada. Un *Packard* tipo *sedán* se detuvo ante ellos. Coulter se apeó, abrió las portezuelas y metió las dos maletas pequeñas.

Mason se sentó al volante, rió y dijo:

—Debiera de haber aquí alguno más. Me siento como si fuera de rodrigón de una boda.

—Usted —le dijo Kent— es *Cupido*.

—Es un papel nuevo; pero procuraré desempeñarlo a satisfacción.

Quitó el freno y, al ponerse el coche en movimiento, dijo:

—Hagamos un repaso ahora para asegurarnos de que no puede haber error alguno.

Kent alzó uno de los asientos plegables, lo ocupó y se inclinó hacia delante, de forma que su cabeza quedara a pocos centímetros del hombro de Mason.

—He de dirigirme en seguida al Palacio de Justicia de Yuma empezó. ¿No es eso?

Mason movió afirmativamente la cabeza y, durante unos instantes, concentró su atención en el cambio de marchas. Luego contesto, sin apartar la mirada de la carretera.

—Sí; busque al telefonista si tienen una centralita particular, y si no la tienen, averigüe quién contesta al teléfono en el despacho del secretario. Dígales que espera usted una llamada urgente y arregle

las cosas de forma que le den comunicación sin demora. Yo le telefonearé en cuanto haya sido dictada sentencia definitiva.

»Después de eso, puede instalarse en el Hotel Winslow, de Yuma. Aguarde allí. Si no vuelve a tener noticias mías antes de las seis de la tarde, puede salir en su viaje de novios; pero déjeme saber dónde puedo encontrarle.

—¿Va usted a presentar una denuncia contra Maddox?

—Voy a darle un disgusto a ese muchacho —prometió—; pero creo que haremos la denuncia en Chicago.

—¿Le dirá usted que no hay posibilidad de arreglarlo?

—Puede usted dejar a Maddox por mi cuenta —respondió Mason, sombrío, echando el acelerador a fondo.

Capítulo 8

Perry Mason golpeó suavemente la puerta del cuarto de Edna. Ella abrió, preguntando:

—¿Cómo dejó usted a los tortolitos?

—En el aire —contestó él, riendo—, y espero que no me echará usted por hacer chistes como ése.

—Entre y cuénteme. No olvide que soy mujer y el matrimonio significa mucho para nosotras; conque no se salte ni un detalle.

Mason se sentó, sonrió y dijo:

—Fuimos al aeropuerto. Se adelantó un piloto con un casco colgando de la manga y se presentó. Había un aeroplano con camarote preparado. Los motores estaban en marcha. Su tío y la señorita Mays subieron al aparato. Nos dijimos una serie de tonterías. La señorita Mays me mandó un beso con la punta de los dedos. El piloto subió al avión y lo puso en marcha. Rodó por el aeródromo; dio la vuelta; probó un motor primero; luego el otro; volvió a situarse en la dirección del viento y despegó. Empezaba a salir el sol. Las colinas, detrás de Burbank, eran de un hermoso color azul… Ah, sí; casi me había olvidado: el parte meteorológico decía que la visibilidad era buena, aires suaves, techo ilimitado y buenas condiciones de vuelo en todo el camino hasta Yuma.

—¡Qué poco románticos son ustedes los abogados!

—¿Y qué hizo usted?

—Tenía un hambre canina. En cuanto se hubieron marchado ustedes, telefoneé que viniera un taxi hasta la esquina y me aguardara. Salí con mucha cautela por la puerta falsa, tomé el taxi hasta Hollywood y me desayuné allí. Luego volví a casa en el taxi y dije que había venido de Santa Bárbara en autobús y que tenía hambre. He pedido desayuno. Me lo traerán dentro de unos instantes.

—El mayordomo se estaba preguntando qué habría sido de mi taza. Me largué con ella y él la echó de menos.

Edna frunció el entrecejo.

—Está ahí en mi cuarto. La sacaré al patio y la dejaré encima de una de las mesas. Quizá sea mejor que lo hagamos ahora. —Cogió taza y platillo de encima de la cómoda—. ¿Sabe que me siento una criminal de verdad? —agregó—. ¿Consiguen todos los abogados hacer que la gente se sienta tan deliciosamente furtiva?

—Mal puede usted echarle la culpa a su abogado de la capacidad que usted tiene cuando de conspirar se trata… sobre todo después de la manera en que las estrellas de usted le dijeron a su tío que debía consultar a un abogado cuyo apellido tuviera cinco letras y significara logia o algo por el estilo.

Edna rió, regocijada.

—No sé lo que haría sin mi astrología —murmuró—. Y lo más gracioso del caso es que mi tío asegura que no cree en ella.

—¿Usted cree en ella? —inquirió Mason.

—¿Por qué no?

El abogado se encogió de hombros.

Empezaba a entrar el sol en el patio. Edna Hammer se sentó en una de las sillas de playa, colocó taza y platillo sobre una de las mesitas y contempló el conjunto con ojo crítico.

—No parece del todo bien, ¿verdad?

—No; la verdad. Creo que el mayordomo desconfiaba un poquillo… aun cuando ya no importaba gran cosa, puesto que se ha ido su tío.

—Ya lo creo que importa. No puedo olvidar a Helen Warrington. No conoce usted a Bob Peasley. ¡Santo Dios! Haría pedazos a Jerry… es decir, lo intentaría.

Se paró a reír al pensar que Peasley pudiera intentar acto de violencia alguno contra el gigantesco Harris.

Recogió su taza y platillo, se acercó a otra de las mesillas cubiertas de azulejos y oprimió un resorte. La parte superior se alzó sobre goznes, descubriendo un receptáculo debajo.

—Supongo que esto se construirá para cuchillos, tenedores, cucharas y servilletas; pero resulta un sitio magnífico para dejar olvidadas las cosas —dijo.

Mason la observó. Volviéndose ella, se encontró con su mirada y

preguntó:

—¿A qué esa expresión?

—¿Qué expresión?

—Ese brillo tan significativo en su mirada.

—No tenía la menor idea de que me brillasen los ojos.

—¿En qué estaba pensando?

—Estaba pensando en las pocas posibilidades de éxito que tiene un hombre torpe cuando ha de habérselas con la mente más refinada de una mujer.

—Ésa es una forma cortés de decirme que usted cree que no hago más que aprovecharme de mi tío.

—Eso depende de lo que usted llame aprovecharse.

—No veo nada de malo en aprovechar las facultades mentales que una tenga, para conseguir lo que desee. ¿Y usted?

Mason movió negativamente la cabeza.

—Sobre todo cuando a dichas facultades mentales acompaña la belleza —contestó.

—Ojalá fuese bella —murmuró Edna—. No lo soy. Tengo un tipo soberbio, ya lo sé. Pero mis facciones no son regulares. Hay demasiada animación en mi cara. Yo creo que una muchacha, para ser hermosa, ha de conservar el rostro en reposo. Ello proporciona ese *algo virginal*, ese aspecto de muñeca que a los hombres les gusta encontrar en sus mujeres. ¿No opina usted igual?

—No me había parado a pensar eso… por lo menos en ese aspecto —replicó Mason.

—Yo he pensado mucho sobre el asunto. Me gustaría hacer uso de mi belleza. Mucha gente cree que visto intencionadamente para hacer resaltar mi tipo. Es cierto. Estoy orgullosa de él. Tal vez sea un animalito pagano, como me llama Bob Peasley. Pero me encanta tener un cuerpo bonito. Seguramente no sabré lo que es modestia…

—Creo… —la interrumpió Mason— que al mayordomo le pasa algo. Viene hacia aquí bastante decidido.

Edna miró al hombre y dijo, en voz baja:

—No olvide que no debe saber que he pasado yo la noche en casa. —Se encaró con el mayordomo—: ¿Qué desea, Arthur?

—Perdone usted, señorita; pero el cajón del aparador… No puedo abrir el primer cajón del aparador. Parece estar cerrado con llave.

—¡Oh! —exclamó Edna. Luego—: ¿Está usted seguro de que minuciosamente ha buscado la llave por todas partes, Arthur?

—Sí, señorita.

—¿Miró usted dentro del cuenco de latón que hay a la derecha del jarro?

—No, señorita; no miré allí.

—Bueno, pues vamos a mirar. *Tiene* que estar por allí a la fuerza.

Dirigió a Mason una expresiva mirada y luego echó a andar. Mason caminó a su lado y el mayordomo siguió, respetuosamente, a unos pasos de distancia.

Al llegar al aparador, Edna probó el cajón.

—Está cerrado con llave, en efecto —dijo. Y empezó a examinar la parte de arriba del aparador, pasando rápidamente la mano por diversos sitios—. En alguna parte ha de estar, Arthur —dijo, con la entonación del prestidigitador que habla sin parar para distraer la atención del público y que no se fije en sus manos—. La llave estaba en el cajón ayer, eso lo sé. Alguien debe haber cerrado el cajón distraídamente con llave y la habrá dejado por aquí. Es inconcebible que se la haya llevado nadie. No puede haber nada en ese cajón que… Pero… ¡si está *aquí*… debajo de este pliegue!

El mayordomo miró cómo metía la llave en la cerradura y la hacía girar.

—Siento haberla molestado —dijo—. No pude encontrarla. Creí que a lo mejor sabría usted dónde estaba.

Ella abrió el cajón de un tirón, soltó una exclamación de asombro y se quedó mirando el receptáculo forrado de terciopelo destinado al juego de trinchantes. Un tenedor de mango negro, de asta, brillaba en el mismo; pero el hueco destinado al cuchillo estaba vacío.

Miró expresivamente a Perry Mason, con pánico en los ojos. Luego, metiéndole la mano debajo del codo, le asió del antebrazo y dijo:

—Volvamos al patio. Me encanta estar allí durante las primeras horas de la mañana.

—¿A qué hora va a desayunarse? —preguntó el abogado. Me parece que debiéramos subir a despertar al doctor Kelton.

—¡Oh!, tenemos la costumbre de desayunarnos solos. Cada uno

lo hace cuando se le ocurre.

—No obstante —insistió Mason, expresivamente, creo que el doctor Kelton nos agradecería que le llamásemos.

Se dirigieron a la escalera. Ella dijo en voz baja:

—No le comprendí al principio. Quiere usted examinar el cuarto de mi tío, ¿no es eso?

—Mejor será que lo hagamos.

—No lo comprendo. ¿Cree usted que existe alguna posibilidad… de que…?

—No miró usted dentro del cajón anoche antes de que lo cerráramos con llave.

—¡Nooo!, es cierto; pero el cuchillo había de estar allí a la fuerza.

—Bueno. Veremos lo que veremos.

Corrió escalera arriba delante de él; pero cuando llegó cerca del cuarto de su tío esperó.

—No sé por qué —aseguró— tengo miedo de lo que vamos a encontrar aquí.

—¿Ha sido arreglado el cuarto ya?

—No, no empezarán a hacer las camas hasta eso de las nueve.

Mason abrió la puerta. Edna entró en la alcoba detrás de él. Mason miró a su alrededor y dijo:

—Todo parece estar en orden. No hay cadáveres amontonados en los rincones ni debajo de la cama.

—Haga el favor de no intentar animarme, señor Mason. Tengo que ser valiente. Si está aquí, lo encontraremos debajo de la almohada. Ahí es donde estaba la otra mañana. Mire usted; yo no me atrevo.

Mason se acercó a la cama y alzó la almohada.

Debajo de ésta había un cuchillo largo de trinchar con el mango negro, de asta. La hoja estaba cubierta de siniestras manchas rojizas.

Capítulo 9

Mason dejó caer la almohada, dio un salto atrás y le tapó la boca a Edna Hammer con la mano.

—Cállese —ordenó, ahogando los gritos que la muchacha estaba a punto de soltar—. Use la cabeza. Averigüemos lo ocurrido antes de hacer cundir la alarma.

—Pero… ¡el cuchillo! —medio gritó Edna, al quitarle el abogado la mano de la boca—. ¡Está todo manchado de sangre! ¡Es fácil comprender lo o… o… ocurrido! ¡Oh! ¡Estoy más a… a… asustada!

—Olvide eso. El tener un ataque de nervios no resolvería nada. Vamos a ver si averiguamos cuál es la situación. Andando.

Salió al pasillo, bajó por él hasta la puerta de su cuarto, la probó, la encontró cerrada, llamó y, a los pocos segundos, oyó pasos, el chasquido de un cerrojo y el doctor Kelton, con la cara cubierta de jabón y una brocha en la mano, dijo:

—Ya estoy levantado, si es que venía a despertarme. El olor de tocino frito entra por la ventana y…

—Eso —le contestó Mason— no es a lo que hemos venido. Quítese el jabón de la cara y venga. No es preciso que se ponga camisa. Venga tal como está.

El doctor Kelton miró fijamente a Mason unos instantes. Luego se dirigió al lavabo, se mojó la cara y se quitó el jabón y, secándose aún cara y manos en una toalla, les acompañó al cuarto de Kent. Mason alzó la almohada. Kelton se inclinó para ver mejor el ensangrentado cuchillo, tan elocuente en su silenciosa acusación.

Emitió un silbido de sorpresa.

—Será Maddox —dijo, con voz histérica—. Ya sabe usted la antipatía que le tenía a mi tío. Se acostó anoche con ese pensamiento en la cabeza… ¡Oh! ¡Dense prisa! ¡Vayamos a su cuarto inmediatamente! Tal vez no esté muerto, sino herido. Si tío

Pete anduvo buscando a tientas en la oscuridad… tal vez…

Edna se interrumpió, respirando profundamente.

Mason asintió con un movimiento de cabeza y se dirigió a la puerta.

—Enséñenos el camino —ordenó.

Edna los condujo pasillo abajo, descendió una escalera, pasó al corredor del ala opuesta del edificio. Se detuvo ante una puerta, alzó para llamar.

—Ah, no —dijo—; había olvidado que Maddox cambió de cuarto con el tío Phil. Maddox duerme a ese otro lado.

—¿Quién es tío Phil? —inquirió Kelton.

—Phillip Rease, hermanastro de tío Pete. Es algo maniático. Se le antojó que pasaba una corriente de aire por encima de su cara y le pidió a Maddox anoche que cambiara de cuarto con él.

Se acercó a otra puerta, llamó dulcemente y, al no recibir contestación, miró, aprensivamente, a Mason y alargó la mano muy despacio hacia el picaporte.

—Aguarde un poco —dijo Perry—. Tal vez sea mejor que haga yo eso.

Le echó suavemente a un lado y abrió la puerta.

El cuarto se hallaba en el lado oeste del pasillo. Unos ventanales daban a un porche alzado a cosa de medio metro sobre el nivel del patio. Estaban corridas las cortinas de los ventanales de forma que se filtraba poca luz y ésta permitía ver confusamente algo inmóvil que yacía sobre la cama.

Mason se adelantó y le dijo por encima del hombro a Kelton:

—Tenga cuidado de no tocar nada, doctor.

Edna Hammer dio un par de pasos vacilantes; luego se acercó rápidamente a Perry y se le colgó del brazo.

Éste se inclinó sobre el lecho.

Bruscamente, la figura que lo ocupaba se movió. Mason retrocedió de un salto. Frank Maddox se incorporó y los miró con los ojos muy abiertos. Luego, al convertirse su sorpresa en indignación, exigió:

—¿Qué demonio significa esto?

—Hemos venido a despertarle para que baje a desayunarse —contestó Mason.

—Es una frescura meterse en mi cuarto de semejante manera.

¿Qué diablos pretenden ustedes hacer? Si han estado repasando mis documentos particulares, les haré detener. Debí comprender que Kent recurriría a cualquier procedimiento, por bajo que fuese. Se las da de hombre magnánimo, de gran corazón; pero todo eso no es más que comedia. No hay más que rascarle un poco, y se da uno cuenta de lo canalla que es.

Mason dijo en voz baja:

—¿Y la señora Fogg, Maddox? ¿Es ella una canalla también?

El rostro de Maddox reflejó sorpresa y temor. Luego de unos instantes, exclamó:

—¿Conque está enterado de eso?

—Sí.

—Y ¿venía a verme acerca de eso?

—Al contrario, hemos venido a llamarle para desayunar. Vamos.

—Aguarden un momento.

Maddox sacó los pies de la cama y buscó a tientas las zapatillas.

—En lo que se refiere al asunto Fogg, Mason, no crea usted todo lo que oiga. Todo asunto tiene dos caras.

—Sí —contestó Mason—; y una tostada también. En este momento me interesan las dos. Discutiremos el asunto Fogg más tarde.

Salió del cuarto, manteniendo abierta la puerta hasta que todos los demás se hallaran en el corredor. Después la cerró de golpe.

—¿Qué es el asunto Fogg? —inquirió Edna Hammer.

—Un triunfo que conservaba yo escondido; pero, cuando empezó a armar jaleo, me vi obligado a jugarlo. Ahora será un buen perrito.

—Pero, ¿de qué se trata? Si está relacionado con tío Pete, yo…

—Ya que nos hallamos aquí —le interrumpió Mason— no estaría de más que hiciéramos el recuento completo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Asegurémonos que ninguno de los otros está indispuesto. ¿Quién duerme aquí?

—El señor Duncan.

Mason golpeó la puerta con los nudillos. Una voz sonora contestó con desconfianza:

—¿Quién es?

Mason le sonrió a Kelton y dijo:

—Observa el resultado de haber estudiado leyes, Jim. Cuando llamo a la puerta de un abogado, éste quiere saber de quién se trata.

—Tal vez no se halle en situación de presentarse ante una dama señaló Kelton.

Pero Duncan, vestido de pies a cabeza, sin faltarle la corbata, ni siquiera el alfiler de la misma, abrió la puerta de golpe, vio de quienes se trataba y les miró con beligerancia.

—Bien —inquirió—; ¿qué desean ustedes?

—Primer toque para el desayuno —le contestó Perry Mason.

—¿Ésta —inquirió Duncan, colocándose las gafas para poderles mirar por el foco de la parte inferior— es una innovación instituida por el señor Kent?

—Puede considerarla como tal —replicó Mason, dando media vuelta.

—Este cuarto —le dijo a Edna— supongo que será el ocupado por su tío Phil.

Señaló la puerta ante la que la muchacha se detuviera al principio.

—Sí; Maddox la ocupó hasta anoche.

—Bueno, pues despertaremos a su tío Phil.

Golpeó con los nudillos. No obtuvo contestación. Golpeó más fuerte. Duncan, que se había quedado parado en la puerta de su alcoba, salió al corredor y preguntó:

—¿Qué combinaciones se traen ustedes?

Mason, perplejo, golpeó con fuerza, abrió la puerta y entró en el cuarto.

Dio un solo paso hacia la cama, se volvió bruscamente, cerró el paso a los demás y le dijo al doctor Kelton:

—Saque a esta muchacha de aquí.

—¿Qué sucede?

Y luego, comprendiendo el significado del silencio con que se le respondía, lanzó un grito.

Duncan, abriéndose paso pomposamente, inquirió:

—¿Qué ocurre aquí?

Maddox, en pijama y zapatillas, avanzó por el pasillo y se reunió con el grupo.

El doctor Kelton asió a Edna del brazo, la empujó fuera del cuarto y se encaró con los otros dos.

—Hagan el favor de permanecer fuera —dijo.

El abultado vientre de Duncan obstruía el paso. El doctor, tan grueso como el abogado, pero menos obeso, topó con Duncan.

—Deje salir a esta mujer —ordenó.

Duncan empujó.

—Tengo derecho a saber lo que está ocurriendo aquí —dijo.

—Deje salir a esta mujer —dijo el médico.

Duncan carraspeó, y continuó empujando. Kelton agachó levemente un hombro, empujó a su vez, e hizo retroceder a Duncan dando traspiés.

Edna salió del cuarto, sollozando. Duncan recobró el equilibrio y volvió a la puerta, diciendo:

—Ya ha visto usted lo que ha hecho, Maddox. Vamos a ver qué significa todo esto.

Mason alzó la voz:

—Mejor será que vuelva usted, Jim. Necesitaremos un médico y quiero testigos para asegurarle de que esos dos buitres no intenten tender algún lazo.

Duncan protestó:

—En nombre de mi cliente me niego a consentir… ¡Santo Dios…! ¡Dios Omnipotente!, ¡ese hombre ha sido asesinado!

Kelton se acercó a la cama, contempló las ropas ensangrentadas, las facciones gris-verdosas, los ojos vidriosos medio abiertos. Aplicó los dedos a los lados del cuello, se volvió a Mason y dijo:

—Esto es cosa del juez… y de la policía.

—Vamos a salir todos de este cuarto —ordenó Mason, alzando la voz—. Ha sido cometido un asesinato. La Brigada de Investigación Criminal querrá que se dejen las cosas tal como están. Que todo el mundo deje el cuarto, por favor, y que no toque nada.

Duncan, siempre desconfiado, aseguró:

—Y eso va por usted lo mismo que por nosotros.

—Naturalmente —dijo Mason.

—Pues ande y salga. No crea que a mí puede conducirme de un lado a otro como si fuera una oveja. No sé qué autoridad tiene usted para asumir el mando aquí.

—Propuse —le dijo Mason— que saliéramos todos de la habitación. Si usted quiere quedarse, por mí, hágalo.

Pasó por delante del obeso abogado, diciendo:

—Vamos, Jim; ya los hemos advertido. Si quieren quedarse aquí, podrán darle explicaciones luego a la Brigada.

Duncan, desconfiado más que nunca, asió de pronto a Maddox del brazo.

—Salgamos, Frank, salgamos. Intenta hacernos caer en una trampa.

—Sabían que había muerto asesinado alguien —observó Maddox—; creían que era yo.

—Salga, salga —insistió Duncan—. Hablaremos fuera. Poseo cierta información; pero sólo se la daré a la policía. No deje usted que ese Mason le haga caer en ninguna trampa, Frank.

Salieron del cuarto.

—Exijo —afirmó Duncan, una vez en el pasillo— que sea notificada la policía inmediatamente.

Perry Mason se hallaba ya camino del teléfono.

—No lo está usted exigiendo tanto como yo —contestó.

Llegó al teléfono, llamó a la Jefatura y le dijo al sargento de guardia:

—Se ha cometido un asesinato en la residencia de Peter B. Kent. En Hollywood. Lakeview Terrace, número 3824… Habla el abogado Perry Mason… Ya le explicaré eso cuando llegue usted aquí. He cerrado el cuarto. Está bien, lo cerraré con llave… si es que encuentro la llave.

Al soltar Mason el teléfono, Kelton le llamó aparte.

—Hay un punto aquí que no debe usted perder de vista, Perry.

—¿Cuál?

—Si su cliente Peter Kent tenía la intención de cometer un asesinato —le hizo observar—, ha preparado muy bien el asunto adquiriendo fama de sonámbulo.

—¿Qué es lo que le hace a usted suponer que haya tenido intención de hacer una cosa así?

—Esa comedia de los ataques nerviosos.

Mason se encaró, de pronto, con él.

—Escuche, Jim —le dijo—; si no quiere usted faltar a todas las citas que tenga esta mañana, más vale que se marche de aquí. Yo tendré que quedarme. No hay razón para que usted se quede también.

El doctor Kelton movió afirmativamente la cabeza. Su rostro

reflejaba alivio.

—Puede usted —dijo Mason— llevarse mi coche.

Capítulo 10

Mason le dio instrucciones en voz baja a Edna Hammer en un rincón del patio.

—Pase lo que pase —dijo—, nadie debe conocer la parte de este asunto que se refiere a Santa Bárbara.

Consultó su reloj y prosiguió:

—Es preciso que su tío Pete disponga de dos horas y media más por lo menos.

—¿Quiere usted decir con eso que querrán hacerle volver?

—Querrán interrogarle.

—¿Le querrán traer aquí?

—Probablemente.

—¿Qué debo declarar?

—Dígale a la policía que usted no sabe dónde se encuentra su tío.

—Diré que he pasado la noche en Santa Bárbara, y que he vuelto en el autobús.

—No le aconsejo a usted que haga eso.

—Pues voy a hacerlo.

—Comprobarán lo que usted declare.

—No tendrán motivo alguno para hacerlo. Pero, ¿qué dirá usted a la policía acerca de tío Pete?

—Yo —respondió Mason— maldito si les diré una palabra.

—¿No le meterán en un lío?

—Tal vez lo intenten.

—¿Cuándo me interrogarán?

El abogado volvió a consultar su reloj.

—De un momento a otro ya. Están examinando el cuarto y el cadáver. Duncan arde en deseos de dar cierta información. No sé de qué se tratará. Probablemente será algo que tendrá un cincuenta

por ciento menos de importancia de lo que él cree. Tanto él como Maddox odian a su tío Pete, y me odian a mí. No podemos saber con exactitud lo que harán ni hasta dónde se dejarán llevar por su odio.

—No serían capaces de cometer un perjurio, ¿verdad?

—Los creo muy capaces. Maddox es un estafador vulgar. Creo que Duncan es un picapleitos. Ambos intentaban sacarle dinero a su tío. Yo se lo impedí y, como es natural, me guardan rencor.

—¿Qué pueden hacer ellos?

—No lo sé. Eso aún está por ver. Entretanto, quiero hacer una llamada telefónica. Defienda usted el castillo.

—De acuerdo. Pero no olvide que yo llegué aquí en taxi después de pasarme la noche en Santa Bárbara.

—No les diga usted dónde pasó la noche —le advirtió Perry—. Niéguese a hacerlo hasta que me haya consultado a mí.

—¿Armará eso jaleo?

—A montones; pero todo lo que pudiera usted hacer o decir armaría jaleo. Usted dígales que el lugar donde haya pasado la noche no tiene nada que ver con el asesinato, pero sí con los negocios de su tío. Pero no olvide una cosa: tarde o temprano la harán declarar bajo juramento, y entonces tendrá que decir la verdad.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hace, la meterán en la cárcel por haber jurado en falso.

—¡Oh!… No les diré nada.

—Está bien; no les diga usted nada.

—Pero… ¿no me descubrirá usted?

—Escuche: todos los informes que me saquen a mí le cabrán a usted en un dedal. Voy a telefonear ahora mismo.

Entró en la cabina telefónica y llamó a Della.

—Della —dijo, cuando oyó su voz—: ha ocurrido algo. Dígale a Paul Drake que venga acompañado de dos buenos agentes. Probablemente no le dejarán entrar; pero puede rondar por los alrededores y averiguar todo lo que sea posible. ¿Ha tenido usted noticias de Santa Bárbara?

—Sí; Jackson telefoneó hace unos minutos. Me dijo que él y el señor Harris habían vigilado la casa de la señora Doris por turnos

durante toda la noche y que tiene algo que quiere decirle a usted personalmente. Dice que no quiere hacerlo por teléfono.

—¿Por qué no?

—Dijo que era dinamita pura.

—¿Quién está vigilando la casa ahora?

—Creo que el señor Harris. Jackson dice que él estuvo de guardia hasta cerca de medianoche, hasta que le relevó Harris, y que Harris quiere que le releven.

—Haga una cosa, Della. Creo que la agencia Drake tiene un agente en Santa Bárbara. Dígale a Paul que consiga unas fotografías de la señora Kent y una descripción detallada de ella. Luego puede ponerse en contacto con Harris y relevarle. Quiero saber cuándo sale de casa y, si es posible, a dónde va. Dígale a Jackson que obtenga la sentencia definitiva lo más aprisa que pueda, y que la tenga a usted al corriente por teléfono. Usted me tendrá al tanto igualmente a mí. ¿Me ha entendido bien?

—Sí. ¿Qué ha ocurrido ahí?

—Un cuchillo de trinchar se ha manchado.

Hubo un momento de silencio. Luego Della dijo:

—Comprendo.

—¡Buena chica! —murmuró Mason.

Y colgó el auricular. Salió de la cabina y se encontró con Edna en el pasillo.

—¿Todo va bien? —inquirió la muchacha.

Él afirmó con la cabeza.

—¿Está arreglando las cosas de forma que pueda casarse mi tío Pete?

—Quiero hacer todo lo que pueda por mi cliente.

Edna le miró con perspicacia.

—Es usted un abogado muy listo —observó.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que no ignoro que en este Estado hay una ley que prohíbe a una mujer declarar contra su esposo. Si tío Pete y Lucille Mays se casan, ella no podría ser citada como testigo de cargo, ¿verdad?

Perry Mason enarcó las cejas.

—No comprendo yo qué iba a poder declarar en cualquier caso… Ahí viene el sargento Holcomb.

—Dígame —exclamó Edna, asiéndole de la muñeca con dedos

fríos—, ¿piensa seguir al lado de tío Pete?

—Yo nunca abandono a mis clientes.

—¿Hasta dónde está dispuesto a llegar?

—Si su tío Pete —repuso él— ha cometido un asesinato a sangre fría, con premeditación, le voy a decir que se confiese culpable o que busque otro abogado. Si mató a un hombre mientras se hallaba en estado de sonambulismo, llegaré hasta donde sea preciso para defenderle. ¿Queda usted satisfecha con eso?

—Pero… ¿y si hubiera cometido un asesinato a sangre fría y con premeditación, como usted dice?

—En tal caso, repito que ha de confesar su culpa o buscarse otro abogado.

—¿Quién decidirá si ha cometido un asesinato a sangre fría o no?

—Yo.

—Pero usted no decidirá demasiado apresuradamente. No será precipitado en sus juicios, ¿verdad? Prométame que no.

—Nunca me precipito —contestó él, sonriendo—. Buenos días, sargento Holcomb.

El sargento, que había estado bajando por el corredor en dirección a ellos, miró de Perry Mason a Edna Hammer. En sus ojos brillaba la desconfianza.

—Mucho parece —dijo— como si estuviera usted dando instrucciones a esta joven acerca de lo que debe decir.

—¡Engañan las apariencias con tanta frecuencia…! Señorita Hammer, permítame que le presente al sargento Holcomb.

El sargento no hizo el menor caso de la presentación.

—¿Cómo es que se encuentra usted aquí? —le preguntó a Perry Mason.

—Estoy negociando un acuerdo entre un tal Maddox y don Peter Kent.

—Y… ¿dónde está Peter Kent?

—Siento mucho no poder decírselo.

—¿Por qué no?

—Porque sería traicionar la confianza depositada en mí por el cliente.

—¡Qué estupidez!

Mason hizo una reverencia y dijo:

—Esto es lo que a *usted* le parece, sargento. A *mí*, sin embargo, me parecería una violación del secreto profesional. Eso significa, claro está, que no se trata más que de una de esas diferencias de opinión que tan frecuentemente tenemos usted y yo.

—Y después de haber dicho eso, ¿qué?

—Después de haber dicho eso no me queda nada más que decir.

—Sigo sin saber dónde está Kent.

—Sin duda alguna —observó Mason— habrá otros manantiales de información a su disposición.

Holcomb se volvió a Edna.

—¿Usted es su sobrina?

—Sí.

—¿Dónde está ahora su tío?

—Siento mucho no podérselo decir.

El rostro de Holcomb se congestionó de ira.

—He mandado llamar a Sam Blaine, lugarteniente del fiscal. Pasen ustedes dos a la sala.

Dio media vuelta y bajó por el largo pasillo en dirección a dicha habitación.

—Mejor será —le dijo Perry Mason a Edna— que diga usted la verdad.

—No puedo.

El abogado se encogió de hombros, le puso la mano en el brazo y marchó a la sala en su compañía. Encontraron a los demás reunidos allá, formando un grupo solemne y silencioso.

El sargento Holcomb consultó su reloj y dijo:

—Sam Blaine, lugarteniente del fiscal, llegará de un momento a otro. Quiero hacer unas cuantas preguntas.

Duncan alzó la voz.

—Yo soy abogado —dijo—. Creo poderle ser de alguna ayuda en este asunto. Poseo información de *mucho* valor.

—¿Quién es el muerto? —preguntó Holcomb.

—Phillip Rease, hermanastro de Peter Kent contesto Maddox.

—¿Quién es usted?

—Frank B. Maddox. Soy socio del señor Kent y presidente de la Compañía Fabril Maddox, de Chicago.

—¿Qué hace usted aquí?

—Arreglando ciertos asuntos comerciales con el señor Kent. Este

es el señor Duncan, mi abogado.

—¿Usted es el abogado con quien estaba tratando el señor Mason? —inquirió Holcomb.

—El señor Mason —contestó Duncan, con pomposidad— representaba al señor Kent. Estaba aquí anoche y se ha pasado la noche en la casa. Le acompañaba un médico cuyo nombre, si mal no recuerdo, es Kelton.

Holcomb se volvió a Mason. Preguntó:

—¿Dónde está Kelton?

—Tenía casos urgentes. No podía esperar. Ni que decir tiene que podrá usted encontrarle cuando lo necesite.

—Este Mason, el doctor Kelton y la señorita Hammer *sabían* que alguien había sido asesinado; pero no quién. Anduvieron rondando por la casa esta mañana, pasándonos revista. Creían que había sido yo la víctima.

—¿Cómo sabía usted que había muerto alguien asesinado, Mason? —inquirió el sargento.

Mason enarcó las cejas y abrió unos ojos como platos.

—No lo sabía —respondió.

Se abrió la puerta y el mayordomo introdujo a un joven elegante, con gafas, de las que colgaba una larga cinta negra.

—Aquí está Sam Blaine —dijo el sargento—; él dirigirá la investigación.

Blaine, recién afeitado, muy brillantes los zapatos, inmaculada la camisa, sonrió a todos y dijo:

—Un momento, mientras me ponga al tanto.

Se llevó al sargento a un rincón donde ambos conversaron unos minutos en voz baja. Cuando hubieron terminado, Blaine volvió, acercó una silla a la mesa, abrió la cartera que llevaba, sacó un cuaderno de notas y preguntó:

—¿Oyó alguno de ustedes algo sospechoso durante la noche?

Duncan carraspeó, con aire de importancia.

—Quisiera hacer una declaración —dijo—. Creo poderle decir a usted *exactamente* lo ocurrido.

—¿Quién es usted? —preguntó Blaine.

—John J. Duncan, abogado.

—Hable.

—Poco después de medianoche me desperté al pasar alguien por

delante de los ventanales de mi cuarto. Había luna. La sombra del que pasaba cayó sobre mí. Tengo un sueño muy ligero. Creo que la persona en cuestión iba descalza.

—¿Qué hizo usted?

—Vi, durante un instante, a dicha persona al pasar por delante de mis ventanales. Hay un porche de cemento por el lado de afuera. Salté de la cama y corrí a los ventanales. Era luna llena. Vi a alguien que andaba en sueños.

—¿Cómo sabe usted que esa persona andaba dormida?

—Por su indumentaria y su singular modo de andar. La figura vestía camisón. Tenía la cabeza echada hacia atrás. Comprendí inmediatamente que se trataba de un sonámbulo.

—¿Era hombre, o mujer?

—Ah… am… pues verá, como no había más luz que la de la luna, pues…

—No se preocupe en contestar a esa pregunta ahora —le interrumpió apresuradamente Blaine—. ¿Qué hizo esa persona?

—Cruzó el patio, se acercó a una de las mesas y alzó la parte superior. Luego la figura desapareció por una puerta del lado norte del patio… una puerta que da a un corredor.

—¿Usted vio eso?

—Claramente.

—¿Cómo sabe qué hora era?

—Por el reloj que había junto a mi cama.

—¿Qué hora era?

—Las doce y cuarto. Tardé mucho en volver a conciliar el sueño.

Blaine le preguntó a Edna.

—¿Es usted la señorita Edna Hammer?

—Sí.

—¿Qué sabe usted de este asunto?

—Nada.

—¿Vio usted a alguien entrar en su cuarto anoche?

—No.

—¿Tenía la puerta cerrada con llave, o sin cerrar?

—Cerrada. Me siento nerviosa por la noche. Hace cerca de un mes hice colocar una cerradura nueva, de las que cierran de golpe, en la puerta de mi cuarto. Yo poseo la única llave.

—¿Sabía usted que había sido asesinado alguien esta mañana?

—Claro que no.

—¿Salió usted de su cuarto anoche?

Ella vaciló y acabó contestando:

—Donde pueda yo haber estado anoche no tiene nada que ver con el asunto.

Blaine preguntó:

—¿Dónde está Peter Kent?

—Pregúnteselo a Perry Mason —sugirió Holcomb—. Él parece saberlo.

Mason dijo:

—Mi cliente, el señor Kent, se halla ausente por un asunto de negocios que nada tiene que ver con la situación actual.

—¿Cuándo se fue?

—No puedo responder a esa pregunta sin traicionar la confianza depositada en mí por un cliente.

—¿Cuándo volverá?

—Creo poder asegurarle que regresará a última hora de esta noche o primera hora de la mañana.

—¿Dónde se encuentra ahora? Éste es un asunto muy serio, Mason. No intente dar largas al asunto. Deseamos interrogar a su cliente.

Mason se encogió de hombros y nada dijo.

—Escuche —amenazó Blaine—: si *usted* no hace aparecer a su cliente ahora, averiguaremos dónde se encuentra y le *arrastraremos* hasta aquí.

—Duro, pues —observó Mason—; arrástrenle hasta aquí.

—¿Quién sabe dónde se encuentra? —inquirió Blaine.

Durante un momento hubo silencio. Luego habló Maddox.

—Da la casualidad que yo sé que el señor Jerry Harris, la señorita Edna Hammer y la señorita Helen Warrington, secretaria del señor Kent, marcharon juntos anoche en misterioso viaje. Creo que se dirigieron a Santa Bárbara. Pudiera ser que el señor Kent les hubiese acompañado.

—Santa Bárbara, ¿eh? ¿Qué están haciendo en Santa Bárbara? —inquirió Blaine.

—Eso sí que no sé decírselo.

Blaine se volvió hacia el sargento y le dijo en voz baja:

—Me parece que de esta manera no vamos a llegar a ninguna

parte. Mejor será que interroguemos uno por uno a toda esa gente. Tendremos que llamar a la servidumbre también. ¿Tiene la bondad de hacer salir a todo el mundo de la habitación, para decirles que se mantengan dispuestos para someterse a interrogatorio?

El sargento afirmó con la cabeza.

—El patio —dijo— es el lugar más apropiado. Salgan todos al patio y no se pongan a hablar entre sí… ¿No sería mejor que acabáramos primero con Perry Mason y le apartáramos de los demás? Él representa a Kent. Tal vez averigüemos mucho más si nos quitamos del paso a Mason primero.

Blaine respondió:

—Es una buena idea. ¿Qué dice usted a todo esto, Mason?

Mason aguardó a que cesara el ruido que hacían los demás al salir. Luego contestó:

—Estaba yo negociando un acuerdo entre Kent y Maddox. Por ciertos motivos que no quiero molestarme en discutir ahora, se hizo conveniente aplazar las negociaciones. Me quedé aquí anoche. Dormí en un cuarto del primer piso junto con el doctor Kelton. Esta mañana, Peter Kent salió en viaje de negocios, puedo decir que hizo el viaje a instancias mías. No tengo la menor intención de dar a conocer su destino.

»Después de haberse marchado él, la señorita Hammer me hizo notar que el cuchillo de trinchar había desaparecido del aparador. Yo ya sabía que Peter Kent había andado previamente en sueños. Creo que consta por escrito que, en dicha ocasión, cogió un cuchillo de trinchar.

—¿Dónde consta? —le interrumpió Blaine.

—En una petición de divorcio hecha por su esposa Doris Sully Kent.

—¿Dónde?

—En Santa Bárbara.

—Prosiga. ¿Qué hizo usted?

—Fui con la señorita Hammer a la alcoba del señor Kent. Alcé la almohada de la cama y encontré el cuchillo debajo.

—¡Debajo de la almohada! —exclamó entonces Blaine.

Mason asintió, con un movimiento de cabeza.

—El cuchillo se hallaba, y se encuentra ahora, debajo de la almohada de la cama de Peter Kent. No lo toqué. Pero cuando lo vi

sospeché lo que había ocurrido. Por consiguiente, desperté al doctor Kelton y, en compañía de la señorita Hammer, pasamos revista a los que se hallaban en la casa. Encontramos al señor Rease tendido en su lecho, con la ropa de la cama subida hasta el cuello. Al parecer, había sido acuchillado a través de la ropa. No investigué de cerca. En cuanto hallé el cadáver, salí del cuarto y telefoneé a Jefatura.

—¿Por qué demonios no le dijo todo eso al sargento Holcomb, antes?

—Porque no me dejó. Estuvo examinando el cadáver. Intenté entrar y él me ordenó que permaneciese fuera.

Blaine le dijo al sargento:

—Mande un par de hombres a que miren debajo de esa almohada. No deje que nadie toque el cuchillo hasta que lo haya repasado un agente de la sección dactiloscópica… ¿Cuánto tiempo hace que se encuentra aquí, sargento?

—Desde unos diez minutos antes de telefonearle a usted.

—Y yo tardé de diez a quince minutos en llegar —dijo Blaine—. Menos de media hora en total… ¿Cómo se llama ese abogado…? Ah, sí, Duncan… Voy a buscarle y a echar una mirada a esa mesilla.

Blaine se dirigió al patio. El sargento llamó a los agentes y subió con ellos a la alcoba de Kent. Mason siguió a Blaine y le vio hablar con Duncan. Ambos se movieron hacia el centro del patio.

Duncan se detuvo, inseguro; se dirigió a una de las mesas; sacudió la cabeza negativamente; se movió hacia la mesa en que Edna Hammer había escondido la taza y el plato.

—¿Es ésta la mesa? —inquirió Blaine.

—Creo que sí.

—¿Dijo usted que se alzaba la parte superior?

—Así me pareció. Alzó lo que parecía ser la parte superior y luego volvió a dejarla caer de golpe.

Blaine examinó la mesa y dijo:

—Parece haber un receptáculo cuadrilateral debajo de esta mesa… Un momento; aquí está el resorte —alzó la parte superior—. Aquí no hay nada —dijo— más que una taza y un platillo.

—Sin embargo, éste es el sitio —insistió Duncan.

—Llevaré esta taza y el platillo a la cocina.

Alargó la mano; pero Blaine le asió la muñeca.

—Aguarde un poco —dijo—; averiguaremos algo más acerca de

estas cosas antes de llevarlas a ninguna parte. Pueden tener huellas dactilares.

—Pero… ¿qué importa eso? —exclamó Edna Hammer.

Sonó la voz del mayordomo, diciendo:

—Perdonará el señor, pero reconozco esta taza y ese platillo. Es decir, reconozco el platillo por lo menos. Le falta un trocito muy pequeño y de una forma muy rara. Lo rompí yo mismo esta mañana.

—¿A qué hora?

—Poco después de las cinco.

—¿Qué hacía usted con un platillo poco después de las cinco?

—Sirviéndoles el desayuno al señor Kent, a la señorita Mays y al señor Mason.

—¿Qué hizo después?

—Traer el *Packard*. El señor Kent, la señorita Mays y el señor Mason se fueron con él. Al cabo de una hora o así, el señor Mason volvió con el coche.

—¿No sabe usted dónde fueron?

—No, señor; pero creo que iban a casarse.

—¿Y qué tiene que decir de esta taza y este platillo?

—El platillo, señor, iba con la taza en la que el señor Mason bebió café. No tuve tiempo de retirar el platillo averiado. Parecían tener prisa y el señor Kent me había dicho que fuera servido el desayuno a las cinco y veinte en punto. Era muy puntual.

—¿Conque bebió usted en este platillo, Mason? —inquirió Blaine.

Mason negó con la cabeza.

—Claro que no.

—¿No?

—No; nunca bebo en los platillos cuando voy de visita.

Blaine se puso colorado.

—Quise decir que empleó usted está taza con su correspondiente platillo. Si tanta exactitud quiere, diremos que bebió en esta taza.

—Eso es lo que dice el mayordomo —contestó Mason—. Por mi parte, no sería capaz de distinguir una taza de otra. Confieso que bebí en *una* taza esta mañana.

—¿Qué ocurrió después?

—El señor Mason, y usted perdone, señor —contestó el

mayordomo—, salió con la taza y el platillo. No pude encontrar el juego después, y le pregunté qué había sido de él. Me respondió que no se acordaba; que creía haberlo dejado por alguna parte del patio.

—¿A las cinco y veinte de esta mañana?

—Serían entonces las cinco y media o las cinco cuarenta, aproximadamente.

—¿Qué hacía en el patio a las cinco y treinta?

El mayordomo se encogió de hombros.

Blaine se volvió hacia Mason y le preguntó:

—¿Qué *hacía* usted aquí fuera a las cinco y media?

—*Quizás* haya estado aquí —respondió Mason lentamente—; pero no conservo recuerdo independiente de ello.

—¿Colocó usted la taza y el platillo dentro de esta mesa?

—No, señor.

—¿Sabe quién lo hizo?

—Opino que los granos de arena se le antojan a usted montañas. Aquí no hay platillo al que le falta un pedazo y está usted perdiendo un tiempo precioso preguntando cómo bebí el café y dónde me encontraba en el momento de hacerlo, cuando lo importante es hallar la solución de este asesinato. No es cuestión de quién bebió el café, sino de averiguar quién clavó el cuchillo.

—Basta ya —le interrumpió el lugarteniente del fiscal—; tengo capacidad suficiente para llevar a cabo esta investigación.

Mason se encogió de hombros.

—No estaría de más que recordara —le advirtió Blaine, expresivamente— que según testimonio de este testigo desinteresado, el señor Peter Kent, que al parecer es su cliente, depositó algo en este receptáculo a eso de medianoche. Ahora descubrimos que ese algo ha desaparecido y hallamos en su lugar una taza y un platillo que se reconoce habían estado en manos de usted.

—Yo no lo he reconocido —replicó Mason—. Esta taza y ese platillo pueden ser los que yo usé o pueden no serlo. Como ya he dicho, todas las tazas me parecen iguales a mí. Y Duncan tampoco reconoció a Peter Kent en el sonámbulo.

—Es el *platillo* el que tiene una señal inconfundible —le hizo ver Blaine.

Mason se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y sonrió.

Blaine dijo:

—Está bien, señor Mason. Me parece que le tomaremos declaración ante el Gran Jurado. Le conozco a usted demasiado bien. No iremos a parar a ninguna parte intentando interrogarle cuando carecemos de poder para *obligarle* a responder a nuestras preguntas. Lo que usted intenta es ir alargando la cosa. No hace más que darnos vueltas y volvernos al punto de partida.

—¿Quiere decir con eso que ha terminado conmigo?

—¿Sabe usted algo más acerca del asesinato?

—Nada.

—Sí; hemos terminado con usted. Cuando le necesitemos, sabemos dónde encontrarle y —agregó expresivamente— sabemos *cómo* engancharle… *con una orden de comparecencia.*

Mason hizo una reverencia y dijo:

—Muy buenos días, señores.

Tropezó con la mirada de Edna Hammer y vio que le estaba dirigiendo una súplica, intentando decirle algo. Se fue a acercar a ella; Blaine se interpuso.

—Le dije que quedaba excusado, Mason. Creo que esta investigación irá mucho más de prisa y será muchísimo más eficaz si interrogamos a los testigos antes de que les haya usted dado sus *muy* valiosos consejos.

Mason sonrió e hizo una reverencia burlesca.

—Les deseo mucha suerte —contestó.

Capítulo 11

Mason encontró a Paul Drake sentado en un coche estacionado junto al bordillo, media manzana más allá de la casa de Kent.

—Intenté entrar —dijo—, pero me echaron atrás. Tengo un par de agentes preparados para que se pongan a trabajar con los testigos en cuanto la policía los deje en libertad. ¿Qué ocurrió?

—Mucho —le contestó Mason—. Un tal Rease ha sido asesinado. Al parecer, le acuchillaron en la cama mientras dormía. Tenía la ropa de la cama subida hasta el cuello. La noche era bastante cálida. Solo tenía echadas dos mantas delgadas. Le clavaron el cuchillo a través de las mantas.

—¿Se sabe de algún motivo?

Mason bajó la voz.

—Casi existe una cadena completa de pruebas circunstanciales contra Peter Kent, que es cliente mío.

—¿Dónde está ahora?

—Se ha ido.

—¿Fugado?

—No; en viaje de negocios.

—¿Lo va usted a entregar, Perry?

—Eso depende. Primero quiero averiguar si es culpable o no. Si lo es, no quiero encargarme del asunto. Yo creo que andaba en sueños. Si es cierto, procuraré salvarle.

—¿Qué clase de hombre era el muerto?

—Una especie de maniático. Siempre andaba preocupándose por su salud.

—¿Tenía Kent algún motivo especial para quererle matar?

—No; pero tenía motivos de sobra para matar al hombre *en cuya cama estaba durmiendo la víctima*.

El detective emitió un silbido de sorpresa.

—Se equivocó de hombre, ¿verdad? —dijo.

—No lo sé. Quédese usted rondando por aquí a ver qué descubre. —Luego abrió la portezuela del automóvil de Drake y dijo —: Puede usted llevarme a la avenida. Ya encontraré un taxi allí.

—¿Vuelve usted a su despacho?

—No lo sé.

—Usted se hallaba presente —dijo Drake, poniendo en marcha su coche—; ¿no tuvo ocasión de hacer algo antes de que se presentara la policía?

—Nada. Hay otro abogado allí. Un pajarraco que se llama Duncan.

Drake esquivó hábilmente otro coche y echó a fondo el acelerador para pasar antes de que cambiaran las luces en el poste de señales.

—Duncan le obstruyó, ¿eh?

—Ya lo creo que sí. Yo quería averiguar algo acerca del asesinato; pero ese fósil empezó a meter la pata. Además, asegura que vio a mi cliente rondar por ahí a eso de medianoche.

Drake dijo:

—Ande con tiento, Perry.

—¿Por qué dice usted eso?

—Por la expresión que veo en sus ojos. Me da la sensación de que piensa hacer algo peligroso.

Mason rió.

—Estoy haciendo media docena de cosas peligrosas —replicó—. Soy como un malabarista en escena, que tiene seis bolas de billar en el aire al mismo tiempo. Sólo que yo no estoy haciendo juegos malabares con bolas de billar, sino con bombas y dinamita. No puedo dejar de moverme un instante.

—Averiguaré todo lo que pueda —prometió Drake—. A propósito, quería usted que mandara un agente a Santa Bárbara para relevar a uno que estaba vigilando una casa. Y lo he hecho, y mi agente ha relevado al otro. Se lo digo por su tranquilidad.

—Bien, Paul. Más vale que me mande otro agente que coopere con él. Quiero que le sigan los pasos ahora y que no se dejen ver. Y haga seguir a cualquiera que salga de casa de Kent cuando la policía haya acabado la investigación… Este sitio es bueno, Paul. Ahí hay un taxi. Lo tomaré. Usted puede telefonear desde ese estanco de la

esquina.

Mason llamó al taxi al acercar Drake el coche al bordillo. El conductor era bueno y Mason llegó a su despacho a las nueve y diez.

Della Street se sentó en una esquina de la mesa de Mason y le ofreció una verdadera enciclopedia de información mientras él se lavaba las manos, se peinaba y se arreglaba la corbata delante del espejo.

—Jackson telefoneó hace poco. Uno de los jueces tenía una vista para las nueve y convocó el tribunal para las ocho y media y Jackson le explicó las circunstancias y consiguió que firmara la sentencia definitiva. Telefoneé al Hotel Winslow de Yuma para hablar con el señor Kent; pero éste no había llegado. Llamé al Palacio de Justicia. No tenían allí la menor noticia de él. No había sido expedida licencia alguna matrimonial a su nombre esta mañana y…

—Un momento —le interrumpió Mason, consultando el reloj—. Eso no significa gran cosa. El Palacio de Justicia se abrió hace unos minutos nada más. Son ahora poco más de las nueve y…

La voz serena de la muchacha le interrumpió incisivamente:

—Son más de la diez allí. Yuma usa la hora de la Montaña.

Mason cerró la puerta del cuartito en que se hallaban el lavabo y el botiquín, le hizo una reverencia y dijo:

—Usted gana, señorita Eficiencia. ¿Qué más?

—Telefoneé al aeródromo, averigüé el número de matrícula que contrató Kent, y pedí al despacho de Drake que mandara a toda prisa a un detective de Yuma al aeródromo de allí para ver si había aterrizado el aparato. Espero una llamada de un momento a otro.

—No sé por qué no me abstengo de venir al despacho y no le dejo a usted que lleve el negocio —le dijo Mason—. Ha hecho usted la cosas con más rapidez y eficiencia que si hubiera estado yo aquí.

Ella sonrió; pero siguió dándole informes.

—Están haciendo todo lo posible por conseguir que se encargue usted del caso Anstruthers. Les dije que no podía darles hora alguna, pero vería si le interesaba el asunto.

—¿Quién quiere que me haga cargo de él?

—El abogado que representa a los impugnadores del testamento quiere darle a usted el asunto. Dice que lo tiene todo preparado y

que lo único que tiene usted que hacer es interrogar a los testigos y presentarle el caso al jurado…

Mason le interrumpió:

—No puedo aceptarlo. Se verá la causa esta semana, ¿verdad?

—Sí.

—No quiero cargarme con más responsabilidades hasta que haya liquidado este asunto. Dígales que lo siento. ¿Hay alguna otra cosa?

—Myrna Duchene se mostró tan agradecida que casi daba ganas de llorar.

—¿Myrna Duchene? —preguntó Mason, frunciendo el entrecejo. ¿Quién es ésa?

—La muchacha que fue estafada por el hombre que está alojado en el Hotel Palace bajo el nombre supuesto de George Pritchard.

Mason se echó a reír.

—Me había olvidado de ella. ¿Cree que mi consejo dará resultado?

—Está segura de ello. Dice que le pagará a usted tan pronto como…

—¿No le dijo usted que le daba ese consejo gratis?

Della afirmó con la cabeza.

—Se lo dije; pero no parecía en absoluto poderlo creer. Ella…

Sonó el timbre del teléfono. Della Street se acercó el auricular al oído.

—¡Diga! —Escuchó unos instantes. Agregó—: No se mueva de allí. Telefonee inmediatamente en cuanto tenga la menor noticia.

Colgó el aparato, anunciando:

—El avión de Kent no ha aterrizado aún en Yuma.

Mason tabaleó con los dedos sobre el borde de la mesa.

—Eso es una complicación —dijo.

—¿Anunciamos su desaparición y hacemos que salga otro aparato a buscarlo?

Él movió negativamente la cabeza.

—Telefonee al aeródromo, Della, y contrate un avión. Diga que necesito que esté preparado para emprender el vuelo dentro de media hora. No les diga dónde ha de ir. Limítese a informarles que quiero volar un poco por ahí.

—¿Lo contrato a nombre suyo?

—Más vale. Seré mejor atendido así. De todas formas, si la

policía ronda por el aeropuerto, habrá averiguado ya que Kent salió en aeroplano.

—¿Cree usted que se les ocurrirá pensar en este medio de locomoción?

—Tarde o temprano, sí. Es cuestión de tiempo. Al mayordomo se le ocurrió decir que iban a casarse y que yo les había conducido a alguna parte en automóvil. No hace falta ser muy listo para hacer las deducciones pertinentes.

El teléfono volvió a sonar. Della escuchó, entregó el auricular a Perry, y dijo:

—Es Jackson otra vez, desde Santa Bárbara. Hable usted desde aquí y yo saldré al despacho general a telefonear al aeropuerto.

Mason murmuró «¡Diga!», y oyó la voz de su pasante.

—Hola, Jackson. ¿Marcha todo bien? Della me dice que ya tiene usted la sentencia.

—Sí; la sentencia está firmada y registrada. ¿Qué hago ahora?

—¿Quién está vigilando a la mujer?

—Uno de los agentes de Drake. Relevó a Harris.

—Della asegura que tiene usted algo que decirme que no se atrevía a comunicar por teléfono.

—No me atrevía, en efecto. Hablo desde el Palacio de Justicia. No he podido salir de aquí aún. Temo que pudiera escaparse algo por la centralita. Más tarde podré ir a Teléfonos y llamarle desde allí.

—¿A qué se refiere, en general, la información que ha de darme? Emplee frases que nada signifiquen para el profano.

—Se relaciona con la consolidación de fuerzas adversas.

—¿Puede decirme algo más que eso? —preguntó.

—Al parecer —contestó Jackson— se dan pasos para que la demandante coopere con ciertas otras partes que se hallan en posición adversa para el demandado. ¿Me comprende?

—Creo que sí. No quiero que diga nada de eso por teléfono. Vuelva aquí lo más aprisa que pueda.

—Puedo salir inmediatamente.

Mason frunció el entrecejo, pensativo.

—¿Y los otros?

—Dispuestos a marchar en cuanto dé yo la orden.

—¿Dónde está la señorita Warrington?

—Aquí conmigo. Harris está esperando a la puerta con el automóvil.

—Suba al auto y vuelva aquí. Dígale a Harris que eche el acelerador a fondo. Anoche acaeció algo imprevisto en la residencia de Kent.

—¿Puede decirme de qué se trata?

—Un tal Phillip Rease murió asesinado.

Jackson emitió un silbido de sorpresa.

—Por consiguiente —prosiguió Mason, no sería muy conveniente que Harris y la señorita Warrington se dieran de manos a boca con la policía antes de haber tenido ocasión de prepararse un poco.

—¿Quiere que los lleve al despacho antes de que…?

—Esto es, precisamente, lo que *no* quiero —le interrumpió Mason—. No quiero que la policía piense que he estado aleccionando a los testigos. Ya estoy bastante metido en este asunto sin necesidad de eso. Y no quiero que les dé a entender que *usted* sabe que Rease ha sido asesinado. Pero insinúeles que, como tal vez les interrogue el abogado de la señora Kent acerca de lo ocurrido durante la noche, más vale que se aseguren de que sus declaraciones están de acuerdo en todo.

—Harris es el que tiene la información relacionada con el asunto que intentaba explicar a usted hace un momento —dijo Jackson.

—¿Acerca de la consolidación de fuerzas?

—Sí.

—No obstante, no quiero que venga aquí Harris antes de que haya sido interrogado por la policía. Haga que la señorita Warrington tome en taquigrafía todo lo que Harris sepa y que lo escriba a máquina más tarde si es necesario. ¿Comprende?

—Creo que sí… Sí.

—Bien. En marcha, pues. Tal vez no esté aquí yo cuando usted llegue. Si no estoy, aguárdeme hasta cuando yo llegue.

Colgó el auricular y se puso a pasear de un lado a otro del despacho.

Della Street apareció en el umbral.

—El avión está preparado —dijo—. He pedido un coche rápido. Estará ya parado junto al bordillo para cuando usted llegue a la calle.

Mason abrió la puerta del cuarto ropero, se puso un abrigo de entretiempo, y se detuvo a ajustarse el sombrero delante del espejo.

—Cuando llegue al aeródromo —le dijo Della—, vaya al extremo más lejano del mismo. Encontrará un bimotor de cabina calentándose. Le dije al piloto que no dejara de colocarse en el extremo más apartado del campo de aterrizaje. Pensé que pudiera haber detectives rondando por allí.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Muy bien hecho —dijo.

Y se dirigió al ascensor.

El automóvil pedido por Della llegó en el preciso instante en que salía Mason del edificio.

—Lléveme al extremo más alejado del campo de aviación dijo.

—Sí, señor; ya me han dado instrucciones.

Mason se recostó en el almohadillado sin fijarse siquiera en el paisaje. Dos veces tuvo que agarrarse al virar rápidamente el coche para evitar un choque; pero al ver la hora que señalaba su reloj de pulsera cuando subió al avión, se consideró compensado de cuantas molestias pudiera haber sufrido en el camino.

Dio instrucciones al piloto:

—Un aeroplano salió para Yuma esta mañana al amanecer. No ha llegado a su destino. Siga usted la ruta de Yuma y procure examinar el suelo todo lo posible. Yo haré lo propio.

—Si encontramos que el avión se halla en tierra, ¿qué quiere usted que haga?

—Descender todo lo posible volando en círculo. No se arriesgue demasiado, a menos que alguien se haya hecho daño y podamos nosotros ayudar. Si se ha estrellado el avión y han muerto sus tripulantes, daremos parte a las autoridades. Si alguno necesita asistencia, nos arriesgaremos a aterrizar.

El piloto movió afirmativamente la cabeza. El aparato despegó. Mason miró hacia el aeropuerto, para ver si veía algún coche de la policía cerca de la entrada, o al sargento Holcomb rondando por allí; pero el aeroplano arrancó demasiado aprisa para que pudiera mirar bien.

El avión giró ascendiendo en larga curva hasta que las hileras de blancos edificios quedaron atrás y apareció el verde oscuro de los naranjales. Luego, con montañas de picos nevados a derecha e

izquierda, el aparato atravesó un estrecho desfiladero, se meció violentamente al tropezar con baches de aire y niveló la quilla, volando en línea recta.

Con casi la misma brusquedad que si hubiera sido tirada la línea con una regla, el fértil terreno de naranjales cedió su sitio al desierto, extensión arenosa punteada de artemisas y cactus. A la derecha apareció Palm Springs, al pie de gigantescas montañas.

Unos minutos más tarde, el sol brilló sobre el mar de Saltón más allá de las palmeras de dátiles del valle de Coachella.

Mason miró atentamente hacia abajo, asomándose primero por un lado del avión y luego por el otro. No vio ni rastro de aeroplano alguno.

El mar de Saltón quedó atrás. Abajo había una enorme agrupación de montañas carcomidas, gigantescas colinas de arena, un país rico en leyendas de minas perdidas, un terreno duro, sediento, lleno de espejismos, que había sido la muerte de incontables buscadores de oro. Delante asomó el Colorado, como amarillenta culebra que serpenteara por el desierto. Yuma apareció tendida al sol. El piloto se volvió hacia Mason en espera de instrucciones.

El abogado le hizo seña de que siguiera adelante y aterrizase. La proa del aeroplano descendió. El rugido de los motores se convirtió en zumbido, lo que le permitió a Mason oír el silbido del aire al pasar junto al aeroplano. El piloto viró, niveló la quilla, dio un instante de acelerador y luego empezó a descender. Un momento después, una serie de pequeñas sacudidas anunció que el tren de aterrizaje había tocado el suelo.

Mason vio a dos hombres que corrían hacia él, agitando los brazos. Uno de ellos era Kent; al otro no lo conocía.

El abogado salió del avión.

Kent repuso:

—Nos falló el motor. Tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso. Creí que íbamos a tener que quedarnos allí toda la mañana. Logramos llegar aquí hace cinco minutos y este detective me salió al encuentro. Telefoneó al despacho de usted y su secretaria dijo que debía esperarme aquí, que usted aterrizaría dentro de cinco o diez minutos. Había obtenido confirmación de la hora en que había despegado usted de Los Ángeles y sabía, aproximadamente, a qué

hora debía llegar aquí.

—¿Dónde está la señorita Mays?

—La mandé al hotel. Querría arreglarse un poco. Luego irá al Palacio de Justicia a esperarme.

—Vamos a ir todos al Palacio de Justicia y celebrar el matrimonio de una vez —dijo Mason—. ¿Hay taxis aquí?

—Sí; tengo uno esperando.

—Existe la posibilidad de que haya algún policía esperando a que suba usted a ese coche para detenerle. Quiero hablar con usted antes de que lo haga nadie. Venga.

Asió el brazo a Kent, lo alejó unos treinta pasos del piloto y del detective y luego dijo:

—Ahora desembuche todo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó un tanto sorprendido Kent.

—Lo que he dicho: desembuche.

—No tengo la menor idea de lo que quiere usted decir. Ya se lo he dicho todo. Los informes que le di respecto a Maddox son exactos. Los…

—¡Al diablo con Maddox! ¿Y Rease?

—¿Se refiere a mi hermanastro?

—Sí.

—Ya le he hablado de él. Es bastante incompetente en lo que a asuntos de dinero se refiere. Es bastante radical a veces. Ha fracasado en todos sus intentos por ganar dinero, y, claro está, envidia a todos aquellos que han sido más afortunados que él y les tiene antipatía, es…

—Esta mañana, a las siete y media aproximadamente —le interrumpió Mason—, el señor P. L. Rease fue hallado muerto en su lecho. Le produjo la muerte un cuchillo de trinchar, con el que le atravesaron la ropa de la cama y el cuerpo. Al parecer, el cuchillo había salido del cajón del aparador que hay en el comedor y…

Kent se tambaleó y se llevó la mano al corazón. Se abrieron desmesuradamente sus ojos. El rostro se le tornó gris.

—¡No! —susurró roncamente, hablando con visible esfuerzo—. ¡Santo Dios!

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—¡Cielo Santo! —exclamó Kent, asiendo al abogado del brazo.

Mason se desasió y dijo:

—Téngase derecho y déjese de comedia.

—Me perdonará usted —respondió Kent—; yo voy a sentarme.

Se dejó caer en el suelo. Mason lo miró, tranquila y pensativamente.

—¿Cuándo… cuándo ocurrió?

—No lo sé con seguridad. Se le encontró muerto a las siete y media.

—¿Quién lo encontró?

—Yo.

—¿Cómo es que lo encontró usted?

—Descubrimos un cuchillo de trinchar debajo de la almohada de usted. Después de ver la hoja, nos pusimos a recorrer la casa, haciendo recuento.

—¡Debajo de mi almohada! —exclamó Kent.

Pero no se atrevió a mirar al abogado.

—¿Sabía usted —inquirió Mason— que Rease no dormía en su cuarto anoche?… ¿Que había cambiado de cuarto con Maddox?

Kent alzó la vista, con la misma expresión que una gacela herida. Sacudió la cabeza.

—¿Sí? —murmuró.

—Cambiaron de cuarto. Al parecer, usted era la única persona de la casa que no se enteró del cambio. El fiscal asegurará que, cuando sacó usted el trinchante del aparador y se puso a rondar por la casa, creía usted que el ocupante de dicho cuarto era Frank Maddox.

—¿Quiere usted decir con eso que el fiscal me acusará a mí de haberle matado?

—Exacto.

Kent miró con fijeza a Mason. Sus labios empezaron a estremecerse. Se llevó la mano a la cara, como para impedir que se propagara el acceso de nervios. Empezó a temblarle la mano…

Mason le dijo sin inmutarse:

—Si he de representarle yo, Kent, tiene usted que hacer dos cosas: en primer lugar, tendrá que convencerme a mí de que no es usted reo de un asesinato premeditado. En segundo lugar, será preciso que deje de estremecerse.

Al ver que Kent seguía estremeciéndose y que el espasmo se le

iba extendiendo al parecer por todo el cuerpo, Mason prosiguió como quien habla del tiempo:

—El doctor Kelton dice que no hace usted eso bien; pues tal vez podría engañar a un médico de cabecera, pero que nunca lograría engañar a un buen psiquiatra. Por consiguiente, usted mismo se dará cuenta de que esa comedia no hace más que perjudicarle.

Kent dejó de temblar bruscamente.

—¿Qué es lo que no hago bien? —inquirió.

—Eso no me lo dijo Kelton. Se limitó a asegurar que todo eso era comedia pura. ¿Por qué lo hacía usted?

—Yo… ah…

—Conteste. ¿Por qué lo hace?

Kent sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor.

—Vamos —le dijo Perry—; levántese. Sosténgase sobre sus propios pies. Quiero hablar con usted.

Kent se levantó lentamente.

—¿Por qué inventó esa comedia? —le preguntó Mason.

Kent repuso en voz casi imperceptible:

—Porque sabía que había vuelto a empezar a andar dormido y tenía miedo… ¡Dios! ¡El miedo que tenía!

—Miedo… ¿de qué?

—De hacer eso precisamente.

—¡Cómo! ¿Matar a Rease?

—No; a Maddox.

—Ahora —le dijo Mason— empieza a dar señales de sentido común. Tome un cigarrillo.

Tendió la pitillera. Kent rechazó el ofrecimiento.

—Ande y cuénteme lo demás —le instó Mason.

Kent miró a su alrededor con aprensión. Mason le dijo:

—Vamos, desembuche. Jamás encontrará lugar más seguro en que hablar. Pueden echársele encima de un momento a otro ya.

Alzó la mano con gesto dramático y señaló un avión que volaba hacia el aeropuerto.

—Hasta ese aeroplano —dijo— puede ir cargado de policías. Ahora hable y hágalo de prisa.

Kent contestó:

—Dios sabe lo que hago cuando ando en sueños.

—¿Mató usted a Rease?

—Dios es testigo de que no lo sé.

—¿Qué sabe usted, pues?

—Sé que anduve en sueños hace un año. Sé que he hecho otro tanto de tiempo en tiempo desde la niñez. Sé que soy sonámbulo cuando la luna llena y cuando estoy nervioso y disgustado. Sé que hace poco más de un año, cuando andaba en sueños, cogí un cuchillo de trinchar. No sé lo que pensaba hacer con él; pero temo… temo horriblemente…

—¿Que tenía usted intención de matar a su esposa?

Kent afirmó con la cabeza.

—Siga —ordenó Mason, observando las maniobras del aeroplano para situarse de cara al viento—; ¿y la última vez?

—Anduve en sueños y saqué el trinchante del aparador. Al parecer, no intenté matar a nadie con él o, si lo hice, alguien impediría que llevase a cabo mis propósitos.

—¿Por qué cree usted eso?

—El trinchante estaba debajo de mi almohada cuando me desperté por la mañana.

—Así, pues, ¿usted sabía que estaba allí?

—Sí.

—¿Y sabe lo que sucedió después de eso?

—Deduje lo que debía haber ocurrido. Fui a darme una ducha y, cuando volví, el cuchillo había desaparecido. Por entonces, Edna se tornó muy solícita. Aquella noche, cuando me acosté, alguien cerró mi puerta con llave.

—¿Lo sabía?

—Sí; no estaba dormido. La cerradura dio un leve chasquido.

—¿Y dedujo que se trataba de Edna?

—Sí.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues cuando Edna empezó con sus tonterías astrológicas e insinuó que consultase a un abogado cuyo nombre se compusiera de cinco letras, comprendí que ella intentaba colocarme en una situación ventajosa por si ocurría algo horrible en realidad. Conque pasé revista mentalmente a los nombres de los principales abogados criminalistas y le hice la cosa más fácil a Edna, proponiéndole a usted…

—Conque no se dejó usted convencer por la astrología, ¿verdad?

—No sé; yo creo que hay algo en todo eso. Pero, en cuanto ella abordó el asunto comprendí la ventaja de irle a consultar a usted antes de que ocurriera nada.

—¿Y propuso usted que me presentara con un médico por la misma razón?

—Sí, señor; lo insinuó mi sobrina y me di cuenta en seguida de las ventajas que representaba.

—¿Y esa comedia de las sacudidas nerviosas?

—Quería que comprendieran ustedes que estaba sufriendo una tensión nerviosa muy grande.

—¿Conque representó la comedia para impresionar al doctor?

—Sí.

—¿Por qué no se dirigió usted a la policía o se metió en un sanatorio?

Kent se retorció los dedos.

—¡Por qué no lo haría! —exclamó—. ¡Cielo Santo, por qué no lo haría! ¡Si hubiera hecho esto!… Pero, no; se me metió en la cabeza que no pasaría nada. Había escondido el cuchillo aquél debajo de mi almohada y no había hecho nada con él; conque me dije que, después de todo, no se me ocurriría matar a nadie. Póngase usted en mi caso. Soy rico; mi mujer quiere apoderarse de mis bienes y meterme en un sanatorio. El hacer yo algo, hubiese sido entregarme atado de pies y manos.

»Me encontraba en un apuro enorme. La preocupación casi me volvía loco. Y entonces, después de haberle consultado a usted y de ver la capacidad con que atendía usted a todo, experimenté la sensación de que todo iba a marchar bien. Fue un alivio enorme para mí. Me fui a la cama y dormí toda la noche como una peonza. No recuerdo nada hasta que sonó el despertador esta mañana… Estaba excitado pensando en mi matrimonio… No miré debajo de la almohada…

El aeroplano, que había aterrizado ya, dejó de rodar. Mason dijo, mientras contemplaba a los que saltaban a tierra:

—Está bien, Kent. Le creo. No le abandonaré. Si lo que me ha dicho usted es la verdad, cuénteselo a la policía. Si, por el contrario, ha ido usted dándose fama de sonámbulo, como dice su esposa que hizo usted en su caso, para tener ocasión de asesinar a alguien a quien quisiera usted quitar del medio, dígalo ahora.

—No, no; le estoy diciendo la verdad.

Mason alzó la mano y gritó hacia el avión.

El sargento Holcomb, que hacía flexión después de salir del aeroplano, se sobresaltó al oír la voz de Mason; con el lugarteniente del fiscal a su lado, se dirigió al abogado y a Kent.

—¿Quién es? —inquirió Kent, en aprensiva media voz.

—¡Por aquí, sargento!

—Usted siga en sus trece —le advirtió Mason—. Cuente su historia a la policía y a los periódicos. Nos interesa toda la publicidad que podamos conseguir.

El sargento Holcomb le dijo, con beligerancia, a Perry Mason:

—¿Qué rayos hace usted aquí?

Mason, con una sonrisa urbana y un gesto de la mano dijo:

—Sargento Holcomb, permítame que le presente a don Peter B. Kent.

Capítulo 12

Perry Mason paseaba de un lado a otro del despacho mientras Paul Drake iba recapitulando hechos con monótona voz.

—… No parece tener más defensa que la del sonambulismo. En el mango del cuchillo no se han encontrado huellas dactilares; pero Duncan jura ahora que a quien vio rondar por la casa, durante la noche, fue a Kent. Duncan es testigo hostil. Hará todo el daño que le sea posible. Tengo entendido que la primera vez que habló del caso, declaró que había visto a «alguien» que andaba en sueños. Ahora afirma que sabía que se trataba de Kent y que su único motivo para creer que andaba en sueños era el hecho de que llevara un camisón blanco. Y… —Mason se encaró con Drake.

—Eso del camisón es lo que no me suena bien. ¿No usa pijama Kent?

Drake negó con la cabeza.

—No se pudo hacer nada, Perry. Creí que podríamos echar por tierra el testimonio de Duncan con ese detalle; pero me equivoqué. Kent usa camisón.

—Supongo que la fiscalía se apoderaría de él como prueba condenatoria.

—Sí; se han quedado con el camisón que había al pie de la cama de Kent y que, seguramente, sería el que él usaba.

—¿Tenía alguna mancha de sangre?

—No pude averiguarlo; pero no lo creo.

—¿No debía haber habido alguna?

—La teoría del fiscal es que, como el cuchillo fue clavado a través de las mantas, éstas impidieron que el asesino se salpicara las manos y las ropas de sangre.

—Eso suena a razonable, lo bastante para convencer a un jurado por lo menos. ¿A qué hora se cometió el asesinato?

—Ahí está la cosa. Dios sabe por qué motivo la fiscalía intento dar mucha importancia a ese punto, asegurando que es difícil fijar la hora con exactitud. Les han dicho a los periodistas que ocurrió entre medianoche y las cuatro de la mañana. Pero han estado interrogando a la servidumbre de la casa acerca de si vieron u oyeron algo alrededor de las tres de la mañana.

—Eso lo están haciendo —aseguró Mason— para preparar el terreno y que Duncan pueda cambiar su testimonio. Le apuesto a usted veinte dólares a que conocen la hora del asesinato, aproximadamente. Pero Duncan ha declarado que vio a Kent cruzar el patio con un cuchillo en la mano a las doce y cuarto… Paul, ¿tenía esfera luminosa el reloj que había en el cuarto de Duncan?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque si la tenía, no anunciarán con exactitud la hora del crimen hasta que puedan convencer a Duncan de que eran las tres en lugar de las doce y cuarto. Un hombre que no viera bien, podría confundir fácilmente esas dos horas al mirar una esfera luminosa.

Della Street, alzando la vista del cuaderno de taquigrafía, preguntó:

—¿Cree usted que Duncan haría esto?

—Claro que sí. Le sabrán tocar bien. Le dirán: «Escuche, señor Duncan: usted es abogado. No haría buen efecto que le hiciera caer en una trampa cuando le interrogue ante el tribunal. Los hechos físicos demuestran que el asesinato ha de haberse perpetrado, forzosamente, a las tres de la madrugada. Ahora bien, ¿no es razonable suponer que fue la manecilla pequeña la que usted vio señalar el tres en la esfera en lugar de la manecilla grande? Ni que decir tiene que queremos que declare usted una cosa que no sea verdad; pero tampoco nos gustaría que se le pusiera en situación ridícula ante el tribunal».

»Y Duncan se dejará pillar. Se irá a casa, reflexionará y se sugestionará hasta el punto de creer que recuerda claramente que eran las tres en lugar de las doce y cuarto.

»Los hombres como Duncan, egoístas, testarudos y con prejuicios, son los perjuros más peligrosos del mundo, porque se niegan a reconocer, aun para sí, que están perjurándose. Son tan obstinados, que todas sus reacciones van coloreadas por sus prejuicios. Son incapaces de ser observadores imparciales de cosa

alguna.

—¿No puede usted hacerle caer en alguna trampa —inquirió Della— para que el jurado se dé cuenta de la clase de hombre que es?

Él le sonrió y dijo:

—Podemos intentarlo. Pero trabajo va a costar hacerle caer en una trampa, y alguna gente no lo consideraría muy ético.

—Pues mire, a mí no me parece muy ético tampoco consentir que le ahorquen a un cliente nada más que porque un picapleitos lleno de pomposidad mienta.

Drake dijo:

—No se preocupe usted por Perry, Della. Antes de que haya acabado este asunto, habrá ideado alguna estratagema que le cueste la carrera si fracasa y que le convierta en héroe si tiene éxito. Hasta la fecha, ningún cliente de Perry ha sido condenado por el testimonio de un perjuro.

—¿Están ustedes siguiéndole los pasos a Duncan? —inquirió Mason.

—Sí; estamos siguiendo a todos los que salen de la casa y he ordenado que me vayan telefoneando informes de quince en quince minutos.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Tengo especial interés en saber cuándo visita a un oculista —dijo.

—¿Por qué un oculista? —inquirió Drake, un tanto extrañado.

—He observado que siempre mira por la parte inferior de los lentes. Son bifocales. Es evidente que no le van bien. Va a depender mucho de su vista. El fiscal querrá que cause una buena impresión. Actualmente, no puede leer nada a menos que mire por la parte inferior de los lentes y sostenga lo que ha de leer muy lejos de su vista. Eso no hará muy buen efecto ante un tribunal cuando un hombre preste testimonio acerca de lo que vio a la luz de la luna, a las tres de la madrugada.

—Pero no dormía con los lentes puestos —objetó Della.

—Le parecerá a usted que ha dormido con prismáticos cuando llegue el momento de declarar —observó Mason, con acerbidad—. El fiscal es bastante buena persona; pero algunos de sus ayudantes quieren distinguirse. Le harán una insinuación a Duncan acerca de

lo que desean demostrar, y Duncan se encargará de hacer todo lo demás. ¿Y Jackson? ¿Está de regreso?

Della movió afirmativamente la cabeza.

—Harris sorprendió una conversación telefónica entre Doris Sully Kent y Maddox. Creo que querrá usted que Paul oiga lo que Jackson tiene que decir acerca de la conversación.

—Que pase Jackson —dijo Perry.

La joven se paró en la puerta el tiempo suficiente para decir:

—¿Cree usted cierto que al aeroplano de Kent le fallara el motor?

—Sí; hablé con el piloto. Fue una de esas cosas que no necesitó mucho tiempo para arreglar la avería; pero tuvo que arrancar la mar de matas para despejar un trozo de terreno y poder despegar. Es una de esas cosas que ocurren alguna que otra vez.

—Así, pues, Kent no está casado.

—No.

—¿Eso significa que Lucille Mays puede ser llamada a declarar contra él?

—Da igual. Ella no sabe enteramente nada. Traiga a Jackson.

Cuando la muchacha hubo salido del cuarto, Drake dijo, en voz baja:

—¿Podría tener Kent algún motivo para dar ese rodeo con el avión, Perry?

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa yo? Él dijo que les había fallado el motor. Y el piloto del aparato lo confirmó.

—Y es su cliente —observó Drake.

—Es mi cliente… y el de usted. Pero no sea tan cínico. Yo creo que lo del motor es verdad.

—Es posible; pero… intente usted hacérselo creer a un jurado.

Se abrió la puerta y entró Jackson. Estaba excitado.

—Acabo de hablar con el Registro de Santa Bárbara. Anoté mi nombre, mis señas y el número de teléfono en el dorso de la sentencia definitiva del divorcio cuando la registré como abogado de Peter Kent.

—¿Bien? —inquirió Mason, al entrar Della, y sentarse a su mesa.

—El registrador me llamó para decirme que Doris Sully Kent, obrando por mediación de Hettley y Hettley, de esta ciudad, había presentado una denuncia, alegando fraude en relación con todo el

procedimiento entablado para el divorcio, y colusión que Kent le había persuadido a que presentara una demanda de divorcio; que había mentido en lo que se refería a los bienes, puesto que le había ocultado su participación en la patente de una máquina de raspar válvulas y que era en parte propietario de la compañía Fabril Maddox, de Chicago; que las patentes explotadas por dicha Compañía valen más de un millón de dólares y que son propiedad comunal. Alega también que la sentencia definitiva constituye fraude contra el tribunal, y ha presentado una declaración jurada y una demanda de acuerdo con la Sección 473 del Código Civil, alegando que ha despedido a sus abogados de Santa Bárbara y contratado a Hettley y Hettley; que ella había creído que la sentencia interlocutoria había sido dictada el día quince y tal era la fecha en que había dado a sus abogados; que éstos no tuvieron oportunidad de hacer una comprobación hasta anoche y que se pasaron toda la noche en vela preparando los documentos para su presentación.

—¿Cuándo fueron llevados los documentos a registrar en Santa Bárbara, Jackson?

—La demanda para que fuera anulada la sentencia interlocutoria fue impuesta alrededor de las nueve y media. Suponían que, de todas formas, no se dictaría sentencia definitiva antes de las diez.

—Hace poco rato. Descubrieron a su llegada que la sentencia definitiva había sido dictada ya y, evidentemente, prepararon y firmaron esos documentos en Santa Bárbara. No me telefonearon desde el Registro hasta que se hubo lanzado el ataque.

—¿Y la declaración jurada y demanda de acuerdo con la Sección 473?

Mason le dijo a Della:

—Envíe a alguien al Registro para que averigüe si ha sido presentado algún documento solicitando que Peter Kent sea declarado incompetente y que se nombre a su esposa tutora.

Se volvió de nuevo a Jackson.

—¿Y el asunto que mencionó usted por teléfono?

—Esta mañana, a las tres, Maddox telefoneó a la señora Kent pidiéndole que unieran sus respectivos intereses.

—¡A las tres de la mañana! —exclamó Mason.

Jackson afirmó con la cabeza.

Mason emitió un silbido de sorpresa.

—Déme detalles. Cuénteme todo lo ocurrido.

—Cuando recibí sus instrucciones, me puse a vigilar la casa de la señora Kent.

—¿Le costó trabajo encontrarla?

—No. Me dirigí a las señas que usted me había dado. Me quedé allí hasta medianoche y no vi señal de vida en la casa, salvo que había luces encendidas en la planta baja.

—¿Quiere usted decir con eso que no vio a nadie moverse en el interior?

—Eso es.

—¿Qué ocurrió luego?

—A eso de medianoche se presentó Harris. Tal vez fuera un poco antes; no recuerdo la hora exacta. Me dijo que me relevaría él; conque Helen Warrington pasó a mi coche y nos fuimos a un hotel. Harris se quedó allí, con su coche.

»La noche era más cálida de lo que acostumbran serlo en esta época del año y la señora Kent tenía los balcones abiertos o Harris demostró ser un detective magnífico. Cuando sonó el teléfono, anotó la hora. Eran las tres y dos minutos. Comprobó su reloj con el de la Western Union a la mañana siguiente y descubrió que iba adelantado un minuto y cinco segundos, de forma que la hora en que sonó el timbre fue a las tres y cincuenta y cinco segundos. Tomó nota de lo que ella dijo.

—¿La pudo oír?

—Sí; aún era de noche, y oyó su voz por la ventana de la alcoba.

Jackson sacó una hoja de papel del bolsillo y leyó:

El timbre del teléfono suena tres veces; luego, una voz soñolienta dice: «Diga… Sí; la señora Kent al habla…, sí; la señora Doris Sully Kent, de Santa Bárbara… ¿Tiene la bondad de repetir su nombre…? Maddox… No comprendo por qué me llama usted a estas horas… Creí que todo estaba arreglado… Su abogado me propuso una conferencia y me reuniré con ustedes de acuerdo con lo convenido… Puede ponerse en contacto con don Sam Hettley, de la casa Hettley y Hettley, si quiere más informes. Adiós».

Jackson entregó el papel a Mason.

Éste miró expresivamente a Drake, y dijo:

—Las tres y un minuto, ¿eh?

Tabaleó con las yemas de los dedos en el borde de la mesa. Luego dijo de pronto:

—Escuche, Jackson; cuando presentaron esa demanda a las nueve y media esta mañana, no sabían que había sido dictada, bastante antes, sentencia definitiva.

—En efecto.

—A continuación presentaron una declaración jurada y qué sé yo cuántas cosas más, de acuerdo con la Sección 473, para anular la sentencia definitiva.

Jackson asintió con un movimiento de cabeza.

—Por consiguiente —prosiguió Mason— entre nueve y media de la mañana y la hora en que fueron presentados dichos documentos, tienen que haberse puesto en contacto con la señora Kent y haber obtenido su firma. ¿Cómo es que el agente que tiene usted vigilando no nos ha dado cuenta de eso?

Paul Drake sacudió la cabeza y dijo:

—He dado orden de que se me telefonee si ocurre algo anormal. El último informe lo recibí hace veinte minutos y me dice que la señora Kent no había salido de casa.

—Debe haber salido sin que se diera cuenta él.

—Si lo hizo, es más lista de lo que nos figurábamos. La casa está pegada a un barranco. Hay una muralla grande de retención que encierra un patio. La única manera de llegar a la parte de atrás de la casa es pasar por delante y meterse por uno de los lados. Hay un camino de cemento que conduce a la puerta de atrás.

—¿Un patio posterior cerrado? —murmuró Mason.

Drake afirmó con la cabeza.

Sonó el teléfono. Mason se llevó el auricular al oído:

—¡Diga…! Es para usted, Paul.

Le entregó el instrumento.

Drake escuchó unos instantes.

—¿Está usted seguro? —preguntó, anotando unas cifras en un librito de notas que sacó del bolsillo—. Bien, siga usted en su puesto allí. Mando dos hombres más para que cooperen con usted. Siga con su pareja a menos que se separen. Si lo hacen, siga a Duncan… es el

más corpulento de los dos, el de las cejas enmarañadas. Que uno de los otros siga a Maddox.

Colgó el auricular, consultó su reloj de pulsera y le dijo a Perry Mason:

—Salió de casa, en efecto. Está aquí, celebrando una conferencia con su abogado. Mis agentes siguieron a Maddox y a Duncan al edificio «Secundes». Subieron a las oficinas de Hettley y Hettley, instaladas en el quinto piso.

»Mi agente volvía al ascensor después de haberlos seguido hasta arriba, cuando se encontró con una rubia colosal en el pasillo. No era joven precisamente, pero lucía un buen vestido y sabía llevarlo; tenía un buen cuerpo en que colgarse el vestido y sabía lo que hacer con él también. Cuando mi agente llegó a la calle, le preguntó a su compañero si se había fijado en la rubia, y dio la casualidad que éste la había visto en un *Packard* verde. El número de matrícula es el 9R8397.

Perry echó hacia atrás su sillón.

—Ésta es la oportunidad que necesitábamos —exclamó—. Póngase a trabajar. Emplee un centenar de hombres si es preciso. Procúrese testigos que vean a la señora Kent, a Maddox y a Duncan salir de esa oficina. Eso corroborará la conversación telefónica de las tres de la madrugada, pese a cuanto pueda declarar persona alguna ante el tribunal. Si puedo demostrar que Maddox y Duncan estaban poniendo conferencias telefónicas a las tres de la madrugada, desacreditaré por completo a Duncan cuando le interrogue. Dijo en su primera declaración que había visto al sonámbulo a las doce y cuarto. Ahora, si lo cambia y asegura que fue a las tres de la mañana, podré acusarle de perjurio al demostrar que Maddox y él sostenían una conferencia telefónica a dicha hora.

—Pero… tal vez pusiera Maddox la conferencia sin despertar a Duncan.

—Eso es imposible a todas luces. No obstante, tendremos que tapar ese agujero antes de que se vea la causa. Y quiero averiguar qué quería ella decir al contestarle que su abogado había acordado ya con ella que celebrarían una conferencia. Ahora es cuando van a tener que trabajar sus agentes a toda prisa, Paul. Manos a la obra y téngame al corriente.

Drake cruzó la puerta que daba al corredor. Toda su indolencia

parecía haber desaparecido. Sus largas piernas recorrieron la distancia en tres zancadas.

Capítulo 13

Perry Mason estaba estudiando los documentos relacionados con el caso Doris Sully Kent y Peter B. Kent, cuando Della Street entró y dijo:

—Edna Hammer está ahí fuera. Está tan nerviosa, que creo que no debería usted hacerla esperar. Está llorando y medio histérica.

Mason frunció el entrecejo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No lo sé, a menos que se trate de la tensión nerviosa que le haya producido la detención de su tío.

—No; ya sabía esta mañana que lo detendrían, y sin embargo, se mostró la mar de valiente.

—Más vale que no pierda de vista a esa joven —le advirtió Della —. Dígale que deje de llevar cargado el mundo sobre sus hombros y que deje que se preocupe otro de hacerlo. Es emotiva y, si no anda con cuidado, sufrirá un desquiciamiento nervioso. Dios sabe lo que hará entonces.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Hágala pasar, Della, y no se vaya usted.

Della descolgó el teléfono.

—Haga pasar a la señorita Hammer —dijo.

Y al abrirse la puerta y aparecer Edna con sonrisa forzada en los labios, se adelantó y rodeó a la muchacha con un brazo.

Edna cerró la puerta tras de sí, dejó que Della la condujera a un sillón, se sentó y dijo:

—Ha ocurrido algo terrible.

Mason preguntó:

—¿De qué se trata?

—Jerry ha caído en un lazo.

—¿Qué clase de lazo?

—Un lazo policíaco.

—¿Qué ocurrió?

—Dijo una cosa terrible sin darse cuenta de lo que hacía y ahora tendrá que fugarse para no tener que comparecer como testigo de cargo.

—¿Qué dijo?

—Dijo que el trinchante no estaba en el aparador cuando fue a buscar un sacacorchos cosa de media hora antes de salir para Santa Bárbara.

Mason se puso en pie de un brinco.

—¿Está Harris seguro?

—Dice que sí.

—Y ¿le ha dicho eso al fiscal?

Della Street frunció el entrecejo, pensativa, y preguntó:

—¿Tan importante es eso, jefe?

—Será el detalle alrededor del cual girará todo el asunto. ¿No comprende usted? Si Kent hubiese tenido la intención de cometer deliberadamente un asesinato, pero quisiera hacer creer que había estado andando en sueños y, sobre todo, si tenía la menor idea de que Edna intentaba protegerle cerrando con llave el cajón del aparador, lo lógico es que hubiera sacado el cuchillo antes de acostarse.

»Para poder dejar sentado que se trata de un caso de sonambulismo, nosotros hemos de demostrar que Kent se levantó, *estando* dormido, y que se apoderó del arma homicida dormido, cometiendo el crimen sin el menor conocimiento, inconsciente de lo que estaba haciendo y sin intención alguna consciente.

—Tal vez —dijo Della— esté Harris equivocado.

Mason movió negativa y sombríamente la cabeza.

—No —respondió—; ése es el detalle de este asunto que se destaca de una manera indisimulable ahora que me paro a pensarlo. No puede estar equivocado. Porque Edna tiene la única llave del cajón ese. Yo estaba con ella cuando cerró el cajón con llave. Los dos dimos por sentado que el cuchillo estaba dentro. No abrimos el cajón para asegurarnos. Por la mañana, el cajón seguía cerrado. El mayordomo acudió a Edna para que ella le ayudara a buscar la llave. Ella hizo un poco de comedia, sacó la llave y fingió que la había encontrado encima del aparador.

Edna Hammer sollozó, tapándose la cara con un pañuelo. Della, sentada en el brazo del sillón, le dio unos golpecitos cariñosos en el hombro.

—Tranquilícese —le aconsejó—. Las lágrimas no resuelven nada.

Mason se puso a pasear por el cuarto.

Al cabo de unos minutos, Della logró calmar a la muchacha; pero el abogado siguió paseando a grandes zancadas.

Por fin dijo Edna:

—Estoy arreglando las cosas lo mejor que puedo —anunció—. Jerry va a tomar un aeroplano. No le han citado aún. Va a marcharse donde no puedan encontrarle. Dígame, ¿está bien que haga eso?

Mason preguntó, con las pupilas contraídas:

—¿Ha hecho una declaración?

—Sí.

—¿La firmó?

—No, creo que no. La tomaron en taquigrafía. Escuche, ¿no podría marcharse al extranjero antes de que le citen?

—Causará una impresión malísima. La fiscalía se encargará de darle toda la publicidad posible en los periódicos. Insinuarán que se le ha alejado de aquí para impedir que dé testimonio. ¿Dónde está ahora?

—En su coche, aguardando, cerca de aquí. Tiene hecha la maleta y ha reservado asiento en un avión que sale para la ciudad de Méjico. Desde allí irá a…

Se oyó un alboroto en la puerta. Una voz de mujer medio gritó:

—Tendré que anunciarle.

Una voz de hombre le respondió, irritada:

—Quítese del paso.

La puerta se abrió lentamente. Jerry Harris, con el rostro sombrío, entró sin ceremonia en el despacho, llevando un papel en la mano.

—¡Dios! —exclamó—. Me engancharon… me pillaron como a un imbécil, sentado en mi propio coche y parado a dos pasos de este despacho.

—Le pillaron, ¿con qué? —inquirió Mason.

—Con la citación para que comparezca a declarar ante el Gran Jurado mañana a las diez de la mañana.

Mason extendió las manos y dijo:

—Bien; el fiscal se nos ha adelantado. Hamilton Burger no tiene un pelo de tonto.

—Pero —inquirió Edna—, ¿no puede marcharse igual? El avión sale esta noche y…

—Y, con toda seguridad, le vigilarán —interrumpió el abogado —. Le vieron subir a esta oficina después de haberle entregado la citación. Si sale del país ahora, me harán comparecer ante una Comisión de Abogados. La idea era bastante mala desde el primer momento. Ahora no tenemos más remedio que recibir el golpe en plena mandíbula. Siéntese, Harris, y cuéntemelo.

—Lo siento muchísimo —dijo Harris—. Después de pensarlo un poco, me pregunté si no podría asegurar que me había equivocado. Claro está, al principio no parecía tener importancia la cosa y presté mi declaración ante el fiscal con seguridad, y…

—No tiene usted la menor probabilidad de poderles convencer —aseguró Mason—. Podrían dejar demostrado eso sin necesidad de su testimonio, porque Edna cerró el cajón y se guardó la llave. Es seguro que el cuchillo no puede haber estado nunca dentro.

—Pero… no saben que cerré yo el cajón con llave —intervino Edna—. Juraré no haberlo hecho. Yo…

—Usted dirá la verdad —le contestó Mason—. El día que necesite recurrir al perjurio para salvar a un cliente, dejaré la carrera. Si es inocente, lo salvaremos.

Sonó el teléfono. Della Street descolgó el auricular; luego se lo entregó a Perry.

—Es Drake. Dice que es importantísimo.

Mason tomó el aparato. La voz de Drake, lo bastante excitada, por una vez en su vida, para que no arrastrara las sílabas, dijo:

—Quería usted saber dónde iba Doris Sully Kent mientras estuviese en Los Ángeles. Mis agentes han ido telefoneándome informes. En este momento se me anuncia que su *Packard* verde está estacionado al otro lado de la calle y que ella se dirige en línea recta al despacho de usted. Me figuré que necesitaría usted un minuto o dos para poner la cosa en orden.

Mason cortó la risa de Drake colgando el auricular de golpe.

—Escuchen ustedes —dijo—. Doris Kent viene aquí en este momento. Seguramente vendrá a proponerme algo. Si los encuentra

a ustedes aquí o en el pasillo, pudiera cambiar su táctica. La señorita Street les llevará a otro cuarto. Cuando ya no haya peligro de tropezar con ella, podrán ustedes marcharse.

»Edna, es muy probable que la estén esperando a usted a la puerta de la calle con una citación. No intente evadir la entrega. Sea una mujercita y no despegue los labios.

»Bueno, Della, condúzcalos a la biblioteca.

Della Street volvía de la biblioteca cuando sonó el teléfono y una de las muchachas del despacho general dijo:

—La señora Doris Sully Kent insiste en que la reciba usted para un asunto de mucha importancia.

—Que pase esa señora —contestó Mason, colgando el aparato. Métase en su despacho, Della, y tome nota de la conversación.

Dio a un interruptor que conectaba un teléfono interior, de los de altavoz, con el despacho particular de su secretaria, luego alzó la mirada hacia la puerta.

Della Street estaba cerrando la puerta de su despacho cuando la telefonista abrió la otra puerta haciendo pasar a una mujer atractiva, de treinta y tantos años de edad, que le dirigió una sonrisa a Mason, mirándole con ojos azules muy abiertos.

El abogado la examinó. Se fijó en las piernas bien formadas, que exhibía lo bastante para despertar interés, pero no para satisfacer la curiosidad; en los gruesos y rojos labios acentuados con carmín; en la sedosa y rubia cabellera. Ella recibió aquel escrutinio con tolerante sonrisa. Sin perder ni un ápice de su aplomo, se acercó a la mesa del abogado, le tendió la mano y dijo:

—Ha sido usted muy amable en recibirme.

Mason le indicó una silla.

—He oído hablar mucho de usted —dijo ella, volviendo la silla, no sólo de forma que quedara de cara a él, sino de que pudiera verle, ventajosamente, las rodillas cruzadas—. Me dicen que es usted un abogado *muy* hábil.

—Mi fama —le contestó Mason— variará probablemente, según hable uno con el demandante o el demandado.

—No sea usted así —murmuró—. De sobra sabe que es bueno. ¿Por qué no reconocerlo? Eso es lo que yo encuentro mal en los abogados: tienen miedo de reconocer nada, siempre temen que se les esté tendiendo un lazo.

—Bien, pues —dijo él—, soy bueno. Conque… ¿qué?

Una leve inquietud brilló en los ojos de la mujer; pero no se desvaneció la sonrisa, una sonrisa amistosa en que los pulposos labios se entreabrían exhibiendo dos hileras de dientes muy blancos.

—Conque usted es el defensor de mi pobre y querido Peter —dijo.

Mason nada repuso.

—¿Puede usted salvarle?

Perry afirmó con la cabeza.

Ella abrió el portamonedas. Sacó una pitillera, la abrió y se la tendió al abogado.

—No, gracias —dijo él—; tengo los míos.

Escogió uno de su propia pitillera. La mujer ladeó ligeramente la cabeza, a la expectativa su mirada. Mason se acercó y aproximó una cerilla al cigarrillo. Los ojos risueños de Doris alzaron la mirada hacia los suyos.

Aspiró profundamente. Exhaló el humo en chorros gemelos por la nariz.

—Vine a ver qué podía hacer yo para ayudar —dijo.

Mason enarcó las cejas.

—Para ayudar a salvar a mi pobre Peter —amplió ella.

—¿Qué era lo que pensaba hacer usted exactamente?

—Podría declarar que sé desde hace algún tiempo que padece una enfermedad mental progresiva que le hace irracional a veces, especialmente de noche. Se ha despertado en muchas ocasiones dando pruebas de sufrir alucinaciones. Creí, al principio, que intentaba matarme; pero reflexionando acerca del asunto y recordando ciertos detalles que por entonces me habían parecido triviales, comprendo ahora que el pobre Peter estaba muy enfermo mentalmente. Sufrió un desquiciamiento nervioso en Chicago y nunca se ha rehecho por completo.

—¿Algo más?

Ella le miró, frunciendo levemente el entrecejo. Se había desvanecido ya su sonrisa.

—¿Qué más quiere usted? —preguntó.

—Cualquier cosa que pueda decirme.

—No creo que me interese decirle más hasta conocer mi

posición.

—¿En qué sentido?

—Hasta saber si va a usted a cooperar conmigo.

Mason dijo, lentamente:

—No veo yo, señora Kent, que exista cuestión alguna de cooperación. Si tiene usted algo que declarar, me alegrará oírlo.

—Puedo dar testimonio de muchas cosas. Tal vez, si me dijera usted exactamente lo que necesita para que su defensa tenga consistencia, se me ocurrirían cosas que fueran pertinentes. Como usted comprenderá, en el contacto diario que trae consigo el matrimonio surgen muchos incidentes que no se olvidan del todo, pero que no pueden recordarse así, sin más, a menos que algo le refresque a una la memoria. Por consiguiente, si usted me dijera exactamente lo que *necesita*, quizá pueda ayudarle. No tendría por qué preocuparse de mi actuación al ser interrogada ante el tribunal. Sé componérmelas divinamente.

—Sabe usted sugestionar a un jurado. ¿No es eso lo que quiere decir?

—Si quiere usted expresarlo de esa manera… sí.

—Está bien; déjeme su dirección y me pondré en contacto con usted si se me ocurre algo.

—¿No se le ocurre nada ahora?

—No.

—Me gustaría saber si es usted… bueno… ¿lo llamaremos «receptivo»?

—Le estoy muy agradecido por su visita; pero, ¿no cree que sería mejor para usted que se hallase presente su abogado si va a discutir asuntos de esta naturaleza?

—Voy a ser franca con usted, señor Mason. Me alegro que haya tocado ese punto.

—¿Por qué?

—Porque aún no he firmado acuerdo alguno con mi abogado. Le he estado dando largas.

—¿Qué quiere decir usted con eso?

—Me pide el cincuenta por ciento de lo que obtenga yo si tiene buen éxito mi demanda. Yo no quiero pagarle a menos que me vea obligada a ello. ¿No lo comprende usted? Mi esposo no se halla ya en situación de poder luchar conmigo.

—¿Por qué no?

—Porque necesita mi testimonio. Si puedo librarle de esta acusación de asesinato alegando que tiene perturbadas las facultades mentales, entonces podré anular el divorcio y, por consiguiente, me convertiría en custodio de sus bienes por ser su esposa.

—Todo eso lo veo muy claro; pero no quiero discutirlo con usted a menos que se halle presente su abogado.

—¿Por qué?

—Cuestión de ética profesional.

—No veo yo por qué no ha de poder discutir mi testimonio.

—Puedo discutir su testimonio; pero no puedo discutir el caso de divorcio.

—Se me antoja a mí, señor Mason, que es usted muy cauteloso… muy ético.

—Lo soy.

No se observó muestra alguna de petulancia en su rostro; pero deshizo por completo el cigarrillo al aplastarlo, con rabia, contra el cenicero.

—Demasiado ético, y no es ésa su costumbre —dijo. Y, poniéndose en pie, se dirigió inmediatamente a la puerta que daba al corredor sin volver a dirigir una mirada siquiera a Mason.

Capítulo 14

Era la última hora de la tarde. Repercutía en el enorme edificio dedicado a oficinas el ruido de la bulliciosa actividad que se nota cuando está a punto de cesar el trabajo para el día. Taquimecanógrafas, deseosas de llegar a casa tras una jornada de trabajo intensivo, taconeando por el enlosado pasillo.

Tenía algo de monótono aquel bullicio rutinario. Sonaron pasos en la distancia, creció su volumen al pasar por delante de la puerta de Mason, y se detuvieron ante el buzón al caer una cascada de cartas. Golpearon las puertas del ascensor, el pasillo se despejó de su carga humana para volver a repercutir poco después con el sonido de pasos presurosos.

Al dar las cinco, el bullicio aumentó. A las cinco y media, el edificio se hallaba casi silencioso, habiéndose trasladado el foco del bullicio a la calle, desde la que herían los oídos del abogado las notas agudas del silbato del guardia que regulaba el tráfico, y las notas más graves de las bocinas.

Perry Mason se paseó de un lado a otro con los pulgares metidos en las sisas del chaleco, la cabeza inclinada en meditación. Al parecer, no se daba cuenta de los molestos ruidos.

La puerta de su despacho particular se abrió silenciosamente. Della Street se acercó de puntillas a su mesa y se sentó, aguardando.

Mason apenas alzó la vista.

—Váyase a casa, Della —dijo—. No hay nada ya que pueda hacer usted.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Me quedaré aquí. A lo mejor surge algo.

Unos nudillos golpearon la puerta del pasillo. Della miró, interrogadora, a su jefe. Éste movió afirmativamente la cabeza. La joven se levantó, cruzó el despacho y abrió.

Paul Drake dijo:

—Gracias, Della —y, dirigiendo una mirada a Mason—: ¿Otra carrera de resistencia, Perry?

—Estoy intentando sacarle una solución a este maldito caso a fuerza de andar.

—Tal vez pueda simplificarle yo las cosas un poco —dijo Drake —. He podido dar con la pista de esa conferencia telefónica que tuvo la señora Kent. La pidieron desde un teléfono público instalado en el Pacific Greyhound Stage Depot, del North Cahuenga Boulevard, número 1629. La comunicación se dio a las tres y un minuto de la madrugada y la conversación se terminó tres minutos y medio más tarde. Maddox pidió la conferencia a su propio nombre.

—Obtenga copias fotográficas del registro de Teléfonos —ordeno Mason—. ¿Continúa haciendo seguir a la señora Kent?

—Ya lo creo. ¿Qué buscaba aquí?

—Quería que le diéramos el mundo con una valla alrededor.

—¿Lo que significa…?

—Lo que significa que quería que yo expresara mi conformidad de no luchar contra su demanda; que la dejara anular el divorcio y encargarse de la custodia de los bienes como esposa de Kent. Estaba dispuesta a hablar bajo juramento todo lo que fuera necesario para que le declararan incompetente. Eso, naturalmente, simplificaría nuestra defensa en el caso del asesinato.

Drake dijo, arrastrando las sílabas:

—¡Cuánta amabilidad! ¿Verdad?

—Mucha.

—¿No son todas las pruebas que hay contra Kent más bien circunstanciales? —inquirió Della Street.

Drake sacó un libro de notas del bolsillo.

—Duncan —dijo— ha concedido una entrevista a los periodistas. Jura que eran las tres cuando vio al sonámbulo en el patio. Dice que la persona a quien vio era Kent; que Kent tenía en la mano algo que brillaba. Tal vez fuera un cuchillo, no puede estar seguro.

Della Street le interrumpió para exclamar, indignada:

—¿Cómo cree poder salir bien librado si cambia su declaración de esa forma?

—Asegurará que cuando contó a la policía lo que había visto

estaba un poco descompuesto —contestó Mason—; que dijo que, o eran las doce y cuarto, o eran las tres en punto; que yo no le entendí bien; que no declaro definitivamente por haber reconocido a Kent, porque temía que fueran interpretados mal sus motivos; que, cuanto más piensa en el asunto, más seguro está de que era Kent y que no importa lo que nosotros podamos creer de sus motivos; su deber es decir la verdad. Luego procurara ser chistoso e ingenioso cuando le interrogue ante el tribunal.

—¿Quiere usted decir con eso que Duncan va a ser perjuro deliberadamente?

—No; creerá que está diciendo la verdad. Ahí está lo gordo. Pero esta conferencia telefónica me proporciona la ocasión de deshacerle. No estaba dormido a las tres de la mañana.

—¿No existe la posibilidad de que Maddox pidiera la conferencia sin que Duncan supiera una palabra?

—No lo creo. Es muy poco probable. El hecho de que todos ellos se hallaran reunidos en conferencia esta mañana demuestra que Maddox no intentaba hacer cosa alguna sin decírselo a Duncan. Creí al principio que a Maddox tal vez se le habría ocurrido intentar prescindir de Duncan; pero los demás hechos demuestran de un modo contundente todo lo contrario.

Drake volvió a consultar su libro de notas.

—Aquí hay otra cosa —dijo—. ¿Sabe usted a qué hora asegura Harris haber notado que no estaba el cuchillo en el aparador?

—Fue durante la noche; pero no sé a qué hora exactamente. ¿Por qué?

—Porque —dijo Drake— creo que podemos demostrar que el cuchillo *estaba* en el cajón cuando se cerró éste con llave.

—¿Cómo?

—Por el mayordomo. Uno de mis agentes se fingió periodista y habló con él. Se daba mucha importancia y se mostró dispuesto a contar cuanto sabía con muchísimo gusto. Dice que antes de irse a su cuarto fue al aparador a buscar algo y que recuerda perfectamente que el cuchillo *estaba* dentro del cajón en aquel momento.

—¿A qué hora?

—No lo sabe a ciencia cierta. Fue después de haber sido fregados los platos y fuentes; pero lo importante es lo siguiente: él

cree que fue después de haberse marchado Harris a Santa Bárbara. Si eso es verdad, podría no estar el cuchillo en el aparador, pero fue devuelto al cajón antes de que la sobrina de Kent lo cerrara con llave.

Mason frunció el entrecejo.

—¿Por qué había de sacarlo nadie y volverlo a meter?

Drake se encogió de hombros.

Mason dijo:

—Este testimonio no liga, Paul. Yo, personalmente, no me fiaría mucho del mayordomo. Harris *tiene* que estar diciendo la verdad. Si el cuchillo se hallaba en el cajón cuando lo cerramos con llave, Kent no podía haberlo sacado. No había más que una llave.

—Claro está —observó Drake, arrastrando las sílabas— que se han dado casos de gente que ha abierto cerraduras con la ayuda de una ganzúa.

Mason dijo, irritado:

—No me atrevo a presentar semejante teoría, Paul.

—¿Por qué?

—Un sonámbulo no podría abrir una cerradura con ganzúa. Si tuviese llave o supiera dónde estaba la llave tal vez abriera el cajón; pero no creo que usara una ganzúa. Hay algo en eso que no parece en consonancia con la teoría del sonambulismo… ¿Hacia dónde marchó Doris al salir de aquí, Paul?

—Derecha al despacho de su abogado.

—¿Y luego?

—Emprendió el regreso a Santa Bárbara.

—¿La ha hecho seguir?

—La siguen dos.

—¿Dice usted que no había huellas dactilares en el mango de ese cuchillo? —preguntó bruscamente Mason.

—Ninguna que sirva para identificar a Kent. Había huellas, pero muy borrosas. La policía supone que se pondrían así al rozar con la almohada y la sábana, o que usted y Edna Hammer lograron borrarlas «accidentalmente». Pero no hay huella alguna que pueda ser identificada positivamente como huella de Kent. Un periodista supo esto por uno de los peritos y me lo dijo.

—Pues si el cuchillo no tiene huellas dactilares de Kent —inquirió Della—, ¿cómo van a poder conservarle preso? El hecho de

que fuera hallado debajo de su almohada no demuestra que sea un asesino.

—Todo el asunto —dijo Mason— vuelve a recaer sobre Duncan. Si demuestro que es falsa la identificación hecha por Duncan, tengo el caso ganado. Si *no puedo* echar por tierra el testimonio de Duncan tendré que recurrir al sonambulismo. Si recurro al sonambulismo, he de demostrar cómo se apoderó Kent del cuchillo. Si lo sacó del cajón del aparador antes de ir a dormir, ello indica premeditación y demuestra que la defensa hecha a base del sonambulismo es falsa. Si no lo sacó del aparador antes de dormirse, no podía haberlo sacado después, porque el cajón estaba cenado con llave y Edna Hammer tuvo en su posesión, durante toda la noche, la única llave que hay.

Volvió a pasear de un lado a otro.

—Creí que le encantaría el testimonio del mayordomo —murmuro Drake, sombrío—. Me imaginé que eso y la copia del registro de Teléfonos bastaría para liquidar el asunto.

—La conferencia telefónica es una buena cosa, Paul. Algo parece decirme que eso nos va a resultar un salvavidas; pero no acabo de comprender lo del cuchillo. En algún punto del asunto hay algo que no encaja. Hay algo…

Se detuvo bruscamente, abriendo desmesuradamente los ojos con sobresalto. Luego emitió un prolongado silbido de sorpresa.

—¿Qué pasa? —inquirió Drake.

Mason no respondió inmediatamente. Quedó unos segundos mirando al detective. Luego contestó, muy despacio:

—Es una teoría, Paul.

—¿Impermeable? —inquirió el detective.

—Maldito si lo sé… No; no lo será hasta que le haya taponado unos cuantos agujeros que tiene. —Se volvió hacia su secretaria—. Della —dijo—, usted y yo vamos a hacer una composición.

—¿De qué?

—Se lo diré cuando se haya marchado Paul Drake.

—¿Tan ilegal es? —inquirió Drake, deslizando el cuerpo por encima del brazo del sillón, hasta que sus pies tocaron el suelo. Estiro las, piernas, llegó a la puerta del corredor y la abrió.

—Aguarde un momento —le dijo Mason—. Hay una cosa que *puede* usted hacer. Quiero hablar con Helen Warrington. ¿Cree usted

poderla traer aquí en seguida?

—Ya lo creo. Mis agentes están vigilando a cuantas personas tienen algo que ver con este caso.

—Ese muchacho prometido suyo… Bob Peasley… tiene una ferretería, ¿no?

—Creo que sí, ¿por qué?

—No se preocupe de eso. Mándeme a Helen Warrington a toda prisa.

—¿Es esto todo lo que he de saber? —inquirió Drake.

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Cuanto menos sepa usted de lo que va a ocurrir, Paul, menos le remorderá la conciencia.

—¡Qué rayos! —repuso Drake, arrastrando las sílabas—. Si yo tuviera conciencia, no me hablaría usted siquiera, cuanto más darme trabajo.

Y, riendo aún, cerró lentamente la puerta tras de sí.

Capítulo 15

Helen Warrington, sentada en el sillón de cuero negro, frente a Mason, tenía cara de asustada.

Era la hora en que el tráfico cesa casi por completo. Los empleados de oficina se habían marchado ya a sus casas. La oleada de gente que sale para el teatro y de los que buscan diversiones aún no había inundado las calles. El aparato de luz indirecta instalado en el centro del cuarto derramaba una luz melosa que favorecía a la muchacha, alta, erguida, morena, de ojos grandes oscuros, cabello de medianoche, labios muy encarnados. Las manos enguantadas de negro alisaban, nerviosas, el vestido por encima de las rodillas cruzadas.

—Lo que deseo saber —afirmó Mason— es si está usted dispuesta a hacer algo por Kent.

—Claro que estoy dispuesta.

Mason, mirándola con fijeza, dijo:

—Está usted nerviosa.

Ella rió y la sonrisa pareció atragantársele.

—Sí; estoy nerviosa —confesó—. ¿Quién no lo estaría? Un hombre me dio una palmada en el hombro, me dijo que era detective y que quería usted verme inmediatamente. Antes de que tuviera tiempo de serenarme me metió en un automóvil y me trajo aquí.

—¿Es usted la prometida de Bob Peasley?

—¿Tiene eso algo que ver con la situación? —preguntó.

—Sí.

Durante unos instantes brilló el desafío en sus ojos.

—Pues bien, sí, soy su prometida.

—¿Por qué no se ha casado con él?

—Prefiero no discutir ese particular.

—Creí que quería usted ayudar al señor Kent.

—No veo en qué puede ayudar al señor Kent el que usted se entrometa en mis asuntos particulares.

—No obstante, puedo asegurarle de que sí le ayudará.

—No nos hemos casado por razones de índole económica.

—Tiene una ferretería su prometido, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Va mal el negocio?

—Tiene exceso de existencia de mercancía anticuada. Compró el establecimiento en una subasta judicial. Tardará unos meses en poder convertir esa mercancía en dinero… si es que eso es cuenta *suya*.

—No se enfurruñe, hermana.

Ella nada dijo, pero se le leía en los ojos la indignación.

—¿Vive usted en casa de Kent?

—Sí; claro que sí. ¿Qué tiene que ver eso con el asunto?

—¿Hay detectives allí ahora?

—No; sacaron fotografías, levantaron planos y tomaron medidas. Estuvieron casi toda la tarde.

—Puesto que es su prometido, nada de particular tendría el que Peasley fuera a verla, ¿verdad?

—Claro que no.

Mason dijo:

—Tal vez sea mejor que le dé a conocer a usted mi teoría de este asunto. Peter Kent se encuentra muy apurado. Según la ley, no se le puede condenar como asesino hasta que se le haya demostrado culpable fuera de toda duda razonable. No creo que el fiscal pudiera llevar muy lejos su acusación si no fuera por el testimonio de Duncan. Yo, personalmente, opino que Duncan es un picapleitos pomposo que va a dar más importancia al papel que desempeñe él ante el tribunal que a los propios hechos del caso.

—¿Y bien? —inquirió ella, más conciliatorio su tono.

—A un testigo corriente podría hacérsele caer en un lazo durante el interrogatorio, pero Duncan es abogado. Como tal, conoce bastante bien la técnica jurídica. Sabe algo de las trampas corrientes que ha de esquivar. Hay suficientes pruebas circunstanciales en el caso para corroborar el testigo de Duncan. Si no logro hacerle titubear o desdecirse en el interrogatorio, tendré

que basar mi defensa en el sonambulismo. Semejante defensa no sería muy buena. Podré adelantar algo con ella, o no adelantar nada. Eso depende. El peso de las pruebas cambiará en cuanto empiece yo a construir una defensa afirmativa.

»Ahora bien, la exesposa del señor Kent pudiera muy bien resultar un obstáculo para una defensa basada en el sonambulismo. Tal vez declare ella que Kent no es sonámbulo, sino que se da perfecta cuenta de lo que hace cuando finge estar dormido y que usa su supuesto sonambulismo como tapadera para ocultar que es un asesino. Puede no hacer la declaración tan claramente; pero… puede, sin embargo, insinuarlo.

—Bueno, y… ¿qué? —inquirió ella, dando muestras de interés.

—El asesinato fue cometido con un cuchillo de trinchar… un cuchillo que hace juego con un tenedor que se encuentra en el aparador de la casa de Kent.

—¿Y…?

—Si el fiscal pudiera demostrar que Kent había sacado el cuchillo del cajón del aparador *antes* de acostarse, no habría modo de sostener una defensa basada en el sonambulismo. La cosa va a ir bastante reñida para que esto resulte un factor decisivo —hizo una pausa para escudriñar el rostro de la muchacha. Ella le devolvió la mirada, curiosa, pero algo retadora—. Ahora —prosiguió Mason— voy a serle completamente franco. Voy a echar mis cartas boca arriba sobre la mesa. Me gustaría conseguir un cuchillo de trinchar que fuera exactamente igual al empleado para perpetrar el asesinato.

—Pero, ¿cómo podría usted conseguirlo?

—Sería posible conseguir un duplicado del cuchillo si un forjador tomara nota del nombre del fabricante y del número del modelo que lleva marcados el tenedor.

Hizo otra pausa.

Ella dijo lentamente:

—Y como Bob Peasley tiene ferretería, podría conseguir un cuchillo exactamente igual y luego… Bueno, y luego, ¿qué?

—Eso sería *lo único* que necesitaría hacer. No le pediría que hiciera ninguna otra cosa más.

—¿Qué haría él del cuchillo?

—Entregárselo a usted.

—¿Qué haría yo con él?

—Entregármelo a mí.

—¿Qué haría usted con él?

Mason se encogió de hombros, sonrió y dijo:

—Tal vez lo empleara como base de un interrogatorio.

—¿No constituiría eso una infracción de la ley… complicidad en un fraude… o algo así? —insinuó Helen.

—Posiblemente.

—No quisiera comprometer a Bob.

—Puedo asegurarle —dijo Mason— que haría todo lo que estuviese en mi poder para protegerlos a los dos.

—Bob —explicó ella— es algo… bueno, algo raro. Es bastante emotivo y le impulsan los más altos ideales. No aprueba la vida de lo que él llama «los ociosos».

Mason encendió un cigarrillo y nada dijo.

Helen Warrington cambió de postura en su asiento, se rió nerviosa y murmuró:

—Me está usted poniendo en un verdadero compromiso, señor Mason.

El abogado se quitó el cigarrillo de los labios y exhaló una nube de humo.

La muchacha se puso bruscamente en pie.

—Está bien —dijo—, ¿cuándo quiere usted el cuchillo?

—Tan pronto como pueda proporcionármelo.

—¿Esta noche, quiere decir?

—¿Por qué no?

—¿Dónde le encontraré?

—Estaré en este despacho a las diez.

La joven consultó su reloj de pulsera y dijo con determinación:

—Bien; veré lo que puedo hacer.

—Otra cosa —advirtió Mason—: quiero hacerle a usted un par de preguntas.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de la puerta de la alcoba de Edna Hammer.

El rostro de ella reflejó sorpresa.

—Tuve ocasión de entrar en la habitación de Edna —prosiguió Mason—, y observé que la puerta tenía instalada una de esas cerraduras caras que se cierran de golpe.

—Bueno, ¿y qué? —inquirió Helen—. Supongo que una muchacha tiene perfecto derecho a cerrar la puerta de su cuarto, ¿no?

—¿*Por qué* instaló esa cerradura?

—No tengo la menor idea.

—¿*Cuándo* la instaló?

—Si mal no recuerdo, hace un mes aproximadamente.

—¿Dio alguna explicación por entonces acerca del motivo que le inducía a instalarla?

—No. ¿Es preciso que explique una por qué instala una cerradura de seguridad en la puerta de su cuarto?

—Es poco corriente —hizo observar Mason— que una persona instale una cerradura de resorte en la puerta de una alcoba, a menos que dicha persona sea muy nerviosa o haya sido molestada. ¿Sabe usted si sucedió alguna… bueno, llamémosle cosa desagradable… que hiciera creer a Edna necesario instalar una cerradura de resorte en su puerta?

—No sé una palabra de eso. ¿Por qué no se lo pregunta a la señorita Hammer?

—Creí que a lo mejor podría decírmelo usted.

—Pues no puedo.

—¿No puede o no quiere?

—No puedo, señor Mason.

El abogado contempló el humo que ascendía de la punta de su cigarrillo.

—Bien —dijo—; vuelva aquí a las diez con ese cuchillo.

—No estoy muy segura de que podamos… encontrar un duplicado del cuchillo.

—Haga todo lo que pueda. Necesito un cuchillo que parezca hermano del otro.

—Está bien. Tenga usted entendido que esto lo hago por el señor Kent. Haría cualquier cosa por él. Ha sido muy bueno y muy considerado conmigo.

Mason asintió con un movimiento de cabeza y la acompañó hasta la puerta.

Al oírse los pasos de la muchacha pasillo abajo en dirección al ascensor, Della Street entró en el despacho con semblante preocupado.

—¿Tomó nota de la conversación? —inquirió Mason, cerrando el interruptor del altavoz.

—La he tomado íntegra —contestó ella, indicando el cuaderno de taquigrafía.

Mason sonrió.

—Jefe —murmuró Della, acercándose y posando una mano sobre su brazo—: ¿no se está usted entregando con eso a merced de esa muchacha? Está loca por ese joven. En cuanto parezca existir el menor peligro de que el chico se encuentre en un compromiso, Helen se volverá contra usted sin vacilar.

Mason se puso en pie y empezó a pasear por el despacho.

—Por favor, jefe —suplicó Della—, todos sus otros casos han sido distintos. Representaba a gente que era inocente. En este caso representa usted al hombre que, probablemente, cometió el crimen. La única defensa que tiene es su falta de intención. Después de todo, bien pudiera ser que nos engañáramos en esto.

Mason paró en seco y preguntó:

—Bueno, ¿y qué?

—¿Por qué se coloca usted en sus manos?

Mason giró sobre sus talones para encararse con ella.

—Escuche, Della: en mi vida me he hecho cargo de un asunto en que no haya quedado al descubierto para que pudiera atacárseme. Eso lo sabe usted.

—Pero… ¿por qué hacerlo?

—Porque así es como yo trabajo.

—Pero… ¿no se da usted cuenta de lo que significa…?

—Yo soy un jugador de fútbol que se ha apoderado del balón y se ha adentrado con él. Detrás de mí hay un enjambre de jugadores enemigos. Cualquiera de ellos puede atacarme. Si meto el balón en la red, los espectadores me ovacionan frenéticos y ninguno de ellos se para a pensar en cómo he marcado ese tanto. Pero si empiezo a mirar por encima del hombro y a preguntarme cuál de mis adversarios podrá atacarme, me retraso lo bastante para que me alcancen *todos*.

—Alguien llama a la puerta —dijo ella.

Mason, dándose cuenta de los golpes que daban unos nudillos en la puerta del corredor, murmuró:

—Será ese maldito detective. Déjele entrar. Y telefonee a Edna

Hammer que esté aquí a las diez menos cuarto en punto. Que venga sola y que no deje que se entere nadie adónde va cuando salga de casa.

Della abrió la puerta. Drake, de pie en el umbral, miró a Mason con ojos vidriosos y saltones. Tenía retorcidos los labios en la singular y perpetua sonrisa que le caracterizaba el semblante en reposo.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Mason sonriendo.

—He estado repasando los informes de mis agentes. Pensé que pudiera interesarle saber que Maddox y Duncan tomaron toda suerte de precauciones para ocultar sus tratos con Doris Kent y sus abogados.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se reunieron en la oficina por primera vez. Ella salió primero. Un cuarto de hora más tarde, Maddox y Duncan salieron, se deslizaron corredor abajo, subieron dos tramos de escalera para que no se les viera tomando el ascensor en el piso en que Hettley y Hettley tienen sus oficinas. Hay una barbería en la planta baja del edificio. Entraron los dos, se afeitaron, se dieron masaje y se hicieron la manicura. Después de haber matado el tiempo cosa de una hora o así, salieron por separado. Al salir se quedaron en la puerta de la barbería y aguardaron a que un grupo bastante numeroso de gente saliera del ascensor y se mezclaron con él. Evidentemente se trataba de un plan preconcebido y cuidadosamente pensado.

Mason tabaleó con los dedos en el borde de la mesa.

Luego, distraído, se paseó un peine de bolsillo por el cabello. Della Street, que había salido del despacho al entrar Drake, asomó la cabeza y dijo:

—La persona a quien me encargó usted que llamara acudirá a la hora especificada.

—Bien, Della: gracias —contestó Mason sin alzar la cabeza.

—Lo más probable —agregó dirigiéndose a Drake— es que Maddox niegue haber puesto esa conferencia.

—¿Resultará Harris un buen testigo? —inquirió el detective.

—Creo que sí. Ha de contar algo que no tiene complicación alguna y fue lo bastante previsor para tomar nota de la conversación. Se fijó en la hora exacta. No le falta detalle en el

registro de Teléfonos.

Drake movió afirmativamente la cabeza.

—Eso contribuirá mucho a convencer al jurado. Quizá fuera mejor que le dejara usted a Maddox negar la conversación.

Mason dijo lentamente:

—Sería una linda situación en que colocarle; dejarle que niegue rotundamente la conferencia; luego enseñarle la copia del registro de Teléfonos y confirmarla con el testimonio de Harris. ¿Qué más sabe usted, Paul? ¿Hay algo?

—Sí, no se equivocó usted en lo que se refiere a Duncan.

—¿Sobre qué?

—En lo que se refiere al oculista.

—¿Fue allá?

—Ya lo creo. Aún está allí. Salió de la fiscalía y se fue derecho a un oculista.

—¿A estas horas?

—Sí; evidentemente se encargaron en el despacho del fiscal de que el oculista esperara.

Mason se echó a reír.

—Probablemente, Duncan empezaría a mirar al fiscal por la parte inferior de sus bifocales y leería las cosas a distancia y se daría cuenta del deplorable efecto que todo eso causaría en el tribunal.

Drake afirmó con la cabeza.

—Nada más de momento, Perry —dijo—. Le iré dando a conocer los hechos a medida que vaya recibiendo informes.

Cuando llegó a la puerta del corredor el detective, Mason estaba ya paseándose otra vez por el despacho.

—¡Valiente indecencia de caso! —murmuró—. Los hechos van encajando unos con otros; sin embargo, no significan nada después de haber sido encajados. Es un caso retorcido, lo mire uno por donde lo mire.

Capítulo 16

Los dedos de Edna Hammer retorcieron el dobladillo de su vestido cuando cruzó, nerviosamente, las piernas y miró a Della Street primero y luego a Perry Mason.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Quiero que haga usted una cosa por su tío —le dijo Mason—. ¿La hará?

—Cualquier cosa del mundo.

—Ésta podría ser un poco peliaguda.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pudiera costarle a usted un disgusto si la descubriesen.

Calló ella unos instantes; luego rió, nerviosa, y dijo:

—¿Y a usted? ¿Le costaría un disgusto si me descubrían?

—Un disgusto bastante grande.

—En tal caso procuraremos no ser descubiertos.

—Esa filosofía es excelente.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Edna —dijo Mason lentamente—, quiero hablarle algo de leyes y decirle dónde encajo yo en el asunto.

Ella pareció desconcertada.

—Un abogado ve los asesinatos de distinta manera a como los ve otra gente —explicó Mason—. Para un abogado, los asesinatos no son más que casos. No conoce a las víctimas; no conoce a los autores del crimen. Así puede dar mejor servicio. No le ciegan las simpatías ni antipatías y las preocupaciones no le embotan tanto el cerebro.

Ella movió afirmativamente la cabeza.

—Bueno —prosiguió Mason—; quiero hacerle a usted unas cuantas preguntas tal como se las hará el fiscal.

—¿Cuáles son?

—¿Conoce usted bien el cuchillo de trinchar que formaba parte del juego guardado en el cajón de arriba del aparador que hay en el comedor de la casa de Peter Kent?

—Pues claro que sí.

—¿Cuándo vio usted ese cuchillo por última vez en el cajón?

—No lo sé… Supongo que sería cuando lo puse allí después de sacarlo de debajo de la almohada de tío Pete. ¿Quiere usted que cambie eso? Si así es, dígalo.

—Le harán a usted esa pregunta de esa manera aproximadamente, y lo único que puede hacer es decir la verdad, o sea, que la última vez que vio usted el cuchillo fue cuando lo metió en el cajón en la mañana del día del asesinato. Esto fue ayer, el día en que me consultó y persuadió a su tío para que viniera a verme y contratara mis servicios.

Edna afirmó con la cabeza.

—Bueno, y ahora diga: ¿cuándo volvió a ver el cuchillo? —inquirió Mason.

—Lo vi debajo de la almohada de mi tío, estando usted conmigo.

—¿Está usted segura de que se trataba del mismo cuchillo?

Ella afirmó con la cabeza otra vez.

—Eso, precisamente, sirve para ilustrar mi tesis —afirmó Mason.

—¿Qué quiere usted decir?

—El fiscal interrogará a los testigos aproximadamente así y los testigos contestarán aproximadamente así también. Y, al hacerlo, van a perjurarse sin querer.

—No comprendo —dijo la muchacha.

—Usted no sabe que el cuchillo que vio debajo de la almohada de su tío fuera el mismo que había visto en el cajón. Supuso que lo era, porque los cuchillos parecían iguales y porque buscó el cuchillo en el cajón, no lo encontró, miró debajo de la almohada de su tío y encontró allí un cuchillo que tenía el mismo aspecto general que el que había desaparecido del cajón.

—Así, pues, ¿no era el mismo cuchillo? —preguntó Edna.

—No lo sé; pero es al fiscal a quien incumbe demostrar que se trata del mismo cuchillo y que es el cuchillo con el que se cometió precisamente el asesinato.

—Bueno, pues puedo decir que no estoy segura de que se trate del mismo cuchillo.

—*Usted* puede decirlo; pero antes de que la llame a declarar, habrá llamado el fiscal a cuatro o cinco testigos, entre ellos al mayordomo, y les habrá preguntado: «¿Cuándo volvió a verlo?», y «¿Dónde estaba?». Luego, habiendo demostrado por inferencia que se trataba del mismo cuchillo, preguntará, como sin darle importancia a la cosa: «¿Era el mismo cuchillo?», o «¿Está seguro de que era el mismo cuchillo?», o algo parecido.

»A usted puedo hablarle con franqueza; pero no puedo hablar así con el mayordomo ni con los demás testigos porque parecería como si intentara aleccionar a los testigos de cargo. Han sido citados ya.

La muchacha soltó una exclamación.

—Ahora que recuerdo —dijo—: así fue como me hicieron las preguntas cuando me tomaron declaración.

—Precisamente —asintió Mason—. Lo que intento hacer, Edna, es darle a conocer los obstáculos con los que tengo que luchar, las dificultades que tengo que vencer en mi trabajo. Nadie *sabe* que el cuchillo sea el mismo. Todo el mundo *cree* que es el mismo.

»Para nosotros, eso va a tener mucha importancia. El fiscal dará por sentado que se trata del mismo cuchillo y todos los testigos harán lo propio. Luego, cuando empiece yo mi interrogatorio, seré yo quien intente demostrar que no es el mismo cuchillo y no tendré nada sobre qué fundarme. Lo que yo quiero hacer es obligar al fiscal a que demuestre claramente él que se trata del *mismo* cuchillo.

—¿Cómo va a conseguir eso?

—Metiendo otro cuchillo en el cajón del aparador —contestó él, observándola atentamente—. Usted descubrirá ese cuchillo mañana por la mañana. Entre los dos nos encargaremos de que los periódicos se enteren de la existencia del segundo cuchillo. El fiscal se supondrá, con toda seguridad, que yo lo he puesto allí. Aullará a voz en grito que soy culpable de conducta muy poco profesional; que me hago cómplice de actos ilegales; que alecciono y soborno testigos, qué sé yo cuántas cosas más; pero, para poder contrarrestar todo eso, *se verá obligado* a concentrarse con sus testigos sobre la cuestión de identificación. En otras palabras, no podrá tocar el asunto de una forma casual de manera que todo el mundo, subconscientemente, dé por sentado que la identidad del cuchillo no requiere demostración. Comprende usted lo que quiero decir, ¿verdad?

Edna Hammer afirmó con la cabeza.

—Creo que sí —respondió.

Della Street le dirigió a Mason una mirada expresiva. Mason le hizo un gesto para que callara. Juntos observaron a Edna mientras la mente de ésta se ajustaba a la nueva situación.

De pronto, la muchacha alzó la cabeza, preguntando:

—¿Quién ha de meter ese cuchillo en el cajón?

Mason la miró de hito en hito.

—Usted.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Quién ha de descubrirlo?

—El sargento Holcomb.

—¿Y si lo descubriera alguien antes de que lo hiciera el sargento?

—Eso —contestó Mason— es una cosa contra la que vamos a prevenirnos. Usted se llevará el cuchillo, lo meterá en el cajón y echará la llave… Creo que usted tiene la única llave que hay en ese cajón, ¿verdad?

—Sí.

—¿Aún la tiene usted?

—Sí.

—Le dirá al sargento Holcomb que yo voy a ir allí por la mañana, a eso de las ocho; que le he pedido a usted que me abra la puerta. Usted le preguntará si hay inconveniente alguno en que usted lo haga.

—Y… ¿cree usted que irá él?

Mason se echó a reír.

—Ya lo creo que irá —dijo.

—¿Me meterán en algún lío como consecuencia de esto?

—Si la pillan, sí.

—Y… ¿usted cree que ayudaré así a tío Pete?

—Estoy seguro de ello.

Edna se puso en pie, sonrió y le tendió la mano.

—Chóquela —dijo.

Mason le estrechó la mano.

—Lleve a Edna a la biblioteca —le dijo a Della.

Al ver la mirada interrogadora de la muchacha, explicó:

—He dado los pasos necesarios para conseguir el cuchillo. No tengo interés en que sepa usted de dónde voy a sacarlo, porque, no sabiéndolo, no tendrá usted necesidad de mentir. Aguardará en la biblioteca. Della Street le dará unas revistas para que se distraiga. Cuando estemos preparados, la avisaremos.

—¿Cuándo he de telefonearle al sargento Holcomb? —preguntó.

—En cuanto haya usted metido el cuchillo en el cajón y lo haya cerrado con llave.

—Será algo tarde, ¿no le parece?

—Sí; pero puede usted decirle que acabo de telefonear yo y que usted ha quedado en volverme a llamar y darme la contestación. No se preocupe por tener que molestar a Holcomb. Le encantará tanto pensar que va a frustrar mi intento de hacer lo que pienso hacer, que es capaz de darle a usted un abrazo y llorar de agradecimiento.

Edna Hammer alzó la barbilla, con decisión.

—Lo haré —aseguró.

Della Street la condujo a la biblioteca y, al volver unos momentos después, encontró al abogado paseando de nuevo por el despacho.

—¿Está preocupada? —le preguntó Mason.

Ella sonrió y dijo:

—No. Siga adelante con el balón, jefe.

—¿No le preocupan los demás jugadores?

—Ni pizca. La meta está delante. ¡Duro y a ella!

Alzó la mirada hacia el rostro de Perry, riendo con la risa llena de confianza de la mujer que se lanza a la vida en busca de aventuras al lado del hombre a quien ha concedido su lealtad.

Sonó un golpe en la puerta del corredor. Della abrió, dando entrada a Helen Warrington y a Bob Peasley.

Mason les hizo seña de que se sentaran.

—¿Lo trae?

—Bob quiere saber algo de lo que usted se propone.

—Se trata de un simple experimento. Quiero un cuchillo exactamente igual al que, según el fiscal, fue sacado del propio cajón del aparador por Peter Kent.

—¿Para qué lo quiere usted? —preguntó Peasley.

—Para un experimento.

—¿No puede decirme nada más que eso?

—No.

Peasley vaciló un instante. Luego, lentamente, casi de mala gana, sacó un envoltorio de papel, lo abrió y exhibió un cuchillo de trinchar, negro, con mango de asta. Lo limpió cuidadosamente con un pañuelo para asegurarse de que no quedaran en él huellas dactilares y lo deposito sobre la mesa de Perry.

—Ahí lo tiene —dijo.

—Parece un duplicado exacto —observó Mason.

—Es el mismo cuchillo, exactamente.

Perry Mason le dio la vuelta, lentamente.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó.

—Da la casualidad de que soy algo entendido en piezas trinchantes. Las vendo. Cuando supe que la identidad del cuchillo de trinchar iba a figurar en el caso y que Helen podría ser citada como testigo, me fije en el número del fabricante, que estaba estampado en el tenedor.

—Y… ¿compró otro juego igual? —preguntó Mason, enarcando las cejas.

—No; tenía yo varios juegos en existencia. El juego ese lo vendí yo a Peter Kent, ¿comprende?

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Dos o tres meses. A Kent no le gustaba el juego que tenía, y Helen fue lo bastante amable para decirle que yo podría suministrarle uno que encontraría satisfactorio.

—Ya. Bueno, muchísimas gracias. Opino que el señor Kent tiene por qué estarles agradecido y, cuando llegue el momento, me encargaré de que sepa cómo han cooperado ustedes.

Se puso en pie, para dar a entender que había terminado la entrevista.

Helen Warrington preguntó:

—¿Está usted seguro de que esto no le costará un disgusto a Bob?

—Eso de los disgustos es una cosa muy relativa —rió Mason—. No significa gran cosa.

—Con franqueza, señor Mason, me gusta muy poco este asunto.

El abogado le dio unas palmaditas en el hombro y le empujó, suavemente, en dirección a la puerta.

—Olvídelo —dijo—. Como cliente, tengo perfecto derecho a

entrar en su establecimiento y comprar un cuchillo de trinchar.

—Sí, naturalmente.

—Bueno, pues eso es lo que estoy haciendo ahora.

—No; no está usted en mi tienda.

—Si prefiere ir a la tienda y abrirla, entraré y haré la compra —contestó Mason riendo, pero abriendo la puerta.

Peasley salió de mala gana al corredor.

—Buenas noches —dijo Mason—, y le repito mil gracias a los dos.

Empujó la puerta, que se cerró de golpe.

Della Street estaba inclinada sobre la mesa contemplando el cuchillo.

—Y ahora…, ¿qué?

—Un limón —contestó Mason—. Hay uno en el cajón de arriba a la izquierda. Lo cortaremos con el cuchillo y lo dejaremos manchado con el jugo el tiempo suficiente para que pierda algo de su aspecto de nuevo. Luego borraremos, con mucho cuidado, todas las huellas dactilares que puedan haber quedado en ese cuchillo. A continuación se lo entregaremos a Edna Hammer. Ella tendrá igual cuidado de no dejar sus huellas sobre el cuchillo.

—En cuanto sea descubierto el cuchillo, el sargento Holcomb intentará encontrar huellas dactilares en él.

—Precisamente.

—Y no encontrará ninguna.

—Claro que no.

—Y ¿no le hará desconfiar eso?

—¿Por qué?

—Porque un cuchillo de trinchar *debiera* tener alguna huella dactilar en el mango.

Mason hizo una pequeña reverencia.

—Ahora, mi querida señorita, empieza usted a darse cuenta de la situación en que va a encontrarse el fiscal.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Tenga en cuenta que no había huella dactilar alguna legible en el mango del cuchillo que fue descubierto debajo de la almohada de Peter Kent.

Ella empezó a decir algo, cuando el timbre del teléfono pobló la estancia con sus notas.

Descolgó el auricular.

—¡Diga!

Escuchó unos instantes y luego dijo:

—El señor Mason está aquí ahora. Se lo diré.

Tapó la boquilla del aparato con la mano.

—Es un hombre de la cárcel —le anunció—. Dice que acaban de presentarle unos documentos a Peter Kent y que éste tiene muchos deseos de verle a usted inmediatamente.

—Dígale que iré ahora mismo —le respondió el abogado.

Colocando el cuchillo de tal suerte que el corte estuviera para arriba, agregó:

—Haga pasar a Edna Hammer. Le explicaremos lo que ha de hacer antes de marcharme yo a la cárcel.

Della se acercó a la puerta de la biblioteca. Mientras Perry borraba todas las huellas dactilares que pudiera tener el cuchillo con el pañuelo, la muchacha entró en el cuarto.

—Pero —exclamó, viendo el cuchillo— ¡si ése es el *mismo* cuchillo!

—Por lo menos —contestó Mason—, no parece haber ninguna señal en ninguno de los dos cuchillos que pueda servir para distinguirlos.

—¿Qué quiere usted que haga con él?

El abogado limpió la hoja con el pañuelo, lo examinó cuidadosamente y lo envolvió en el papel que le había traído Peasley.

—Tenga cuidado de no dejar huella dactilar alguna en él —advirtió—. Métalo en el cajón del aparador. Telefonee al sargento Holcomb y dígale que yo voy a ir a las ocho de la mañana. Y no olvide, querida, que estaré allí a las ocho en punto y que quiero que me abra usted la puerta.

—Y ¿he de cerrar el cajón con llave?

—Sí; no deje que se entere nadie de que el cuchillo está en el cajón, enciérrelo y guarde la llave.

Al alargar ella la mano para coger el envoltorio, Mason preguntó:

—¿Por qué creyó usted que su tío iba a matarla, Edna?

La muchacha retrocedió, como si la hubiera abofeteado.

—¿De qué está usted hablando?

—De sobra sabe usted de qué estoy hablando, Edna. Sabía que su tío andaba en sueños hace más de treinta días. Creía usted que la iba a matar.

—¡Eso no es cierto! ¡Eso es falso!

—Entonces —preguntó él—, ¿por qué instaló esa cerradura de resorte en la puerta de su cuarto?

Edna soltó una exclamación y le miró con visible espanto.

—Vamos —insistió él— dígame la verdad.

—Yo…, yo…

—Tenía usted una cerradura lo bastante buena en esa puerta; pero temía que su tío tuviese una llave de ella y usted quería una cerradura de la que él *no* tuviera llave. Conque hizo usted instalar una de las cerraduras más raras que se fabrican, quedándose usted con la única llave. ¿No es eso?

—No…, eso no es…, no.

—Entonces, ¿por qué instaló esa cerradura?

Edna retrocedió, se dejó caer en una silla y se echó a llorar.

Mason dijo:

—Bueno; llore todo lo que quiera. Cuando acabe de llorar, conteste a mi pregunta.

Alzó ella los ojos inundados de lágrimas.

—¿Por qué quiere usted saber eso? —preguntó.

—Porque ésa es, precisamente, la manera en que el fiscal tenía la intención de sorprenderla. La iba a señalar en el banquillo de los testigos y hacerla obrar ante el jurado de la misma manera en que está usted obrando aquí. Ya comprenderá usted lo que *eso* representaría para el caso de su tío. Haría creer al jurado que era, en el fondo, un asesino. Aun cuando creyeran que había estado andando en sueños, le condenarían igual.

—Pe… pe… pero ¡si no es ése el motivo!

—Bien, pues ¿cuál es el motivo?

—Jerry y yo nos casamos en secreto hace un mes —respondió ella, bajando los ojos.

Mason exhaló un suspiro.

—¡Gracias demos a Dios por sus mercedes! —dijo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Temí que habría instalado la cerradura porque sabía que su tío rondaba por la casa y le tenía usted miedo.

—No; con franqueza, señor Mason, eso no tiene nada que ver con ello.

—¿Por qué no anunció usted su matrimonio?

—Queríamos conservarlo secreto.

—¿Lo sabe su tío?

—No; a él era, precisamente, a quien queríamos ocultárselo.

—¿Por qué?

—Es un poco excéntrico.

—Encuentra de su gusto a Jerry, ¿no?

—Sí; pero yo no quería que creyese que iba a dejarle antes de que se hubiera casado otra vez.

—Entonces, ¿a qué tanta prisa?

—Es que estoy enamorada —contestó ella riendo—, y estamos en Hollywood, y Jerry tiene mucho de tenorio: están locas por él muchas mujeres. Es veleidoso por naturaleza y… Bueno, yo quería asegurarme de él mientras aún estaba a tiempo.

Mason sonrió y dijo:

—Mientras no haya instalado usted esa cerradura como consecuencia del sonambulismo de su tío, me tiene sin cuidado por qué lo haya hecho. Pero, cuando vi esa cerradura, se me antojó que el motivo de su instalación sería más siniestro que romántico y me figuré que el fiscal le haría caer a usted en una trampa en cuanto le interrogase… Supongo que usted tiene una llave y Jerry la otra.

Edna afirmó con la cabeza.

—¿No hay ninguna otra llave más?

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Después de todo —dijo—, no tengo más que un marido.

—¿Ha depositado usted su confianza en alguna otra persona? ¿Sabe alguien que está casada?

—Ni un alma.

—Bien, llévese el cuchillo, plántelo en el cajón y, si el fiscal empieza a interrogarla acerca de esa cerradura cuando comparezca a declarar ante el tribunal, dé muestras de un poco de emoción, como ha hecho conmigo, y luego diga la verdad y ría y llore cuando lo diga y procure hacerlo sonar lo más romántico posible.

Mason le hizo una seña con la cabeza a Della Street, se puso el sombrero y anunció:

—Me voy a la cárcel.

Capítulo 17

Perry Mason, recién afeitado, con su traje gris que parecía recién salido de la sastrería, oprimió el pulsador del timbre de la casa de Peter Kent.

Casi inmediatamente le abrió la puerta el sargento Holcomb de la Brigada de Investigación Criminal. El rostro de Mason expresó sorpresa.

—Es algo temprano para que ande usted trabajando, ¿eh, sargento?

—Sí; con lo que quiero decir que es bastante temprano y que estoy trabajando. ¿Qué desea usted?

—Echar una mirada a la casa. Tenía un par de preguntas que hacerles a algunos de los testigos. ¿Hay inconveniente?

—¿Para coaccionarlos?

—No quiero coaccionarlos; quiero hablar con ellos.

Holcomb abrió la puerta de par en par y dijo:

—Si es así, pase. Me quedaré por los alrededores para evitar malas interpretaciones.

Edna Hammer salió al encuentro del abogado y le dio la mano.

—Buenos días, señor Mason. ¿Puedo servirle en algo?

Mason movió afirmativamente la cabeza.

—Esta señorita es testigo de cargo —observó Holcomb.

Mason se volvió bruscamente y se encaró con el policía.

—El hecho de que el fiscal cite a una persona no significa que esa persona se convierta en algo sagrado —dijo—. El deber de un testigo es decir la verdad. Cuando vaya a verse la causa, citaré yo algunos de estos testigos también. Da la causalidad, sargento, que voy a hablar con la señorita Hammer en privado.

Holcomb contestó:

—No puede usted decirle qué es lo que ha de declarar.

—Y *usted* no puede decirme a mí ni una palabra.

Asió a la joven del brazo:

—Me parece que hablaremos en su cuarto, Edna.

Echaron a andar pasillo abajo. Holcomb se dirigió al teléfono.

—¿Qué va a hacer? —preguntó la joven.

—Llamar al fiscal —contestó Mason, riendo—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Desde las siete y media.

—¿Lo llamó usted?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A eso de las once.

—Y ¿cerró el cajón con llave?

—Sí.

—¿Dónde está la llave?

—La tengo yo.

—¿Está usted segura de que es la única llave que hay?

—Naturalmente.

—¿Cuánto tiempo hace que cierra usted ese cajón con llave?

—Desde el día en que encontré el cuchillo.

—¿Cómo sabe que la única llave es la que usted tiene?

—Porque andaba rondando por el cajón. La saqué y la empleé para cerrarlo. No había más llave que ésa.

—Y ¿no estaba el cajón cerrado con llave nunca durante el día?

—No.

—Pero ¿está segura de que ha permanecido cerrado con llave durante toda esa noche?

—Claro que sí. *Usted* me dijo que lo cerrara.

—¿Nadie la vio?

—Nadie.

—Y ¿no tuvo usted ocasión de volverlo a abrir más tarde?

—No; claro que no. ¿Por qué pregunta eso?

—Creí que a lo mejor, el mayordomo habría necesitado algo del cajón.

—No. Era tarde. Se había acostado ya.

—Está bien. Ahora, aguarde a que Holcomb haya salido de la cabina telefónica, luego retírese de mí un poco y llámele. Dígale que prefiere usted que se halle él presente durante cualquier

entrevista que me conceda, para no meterse en ningún lío. Elabórelo bien. ¿Cree poder hacerlo de forma que convenza?

—Me *encantaría*. Me gusta desempeñar un papel así.

—Adelante, *pues*.

Aguardó unos momentos hasta que volvió el sargento y los miró con rabia e impotencia. Bruscamente Edna se retiró del lado de Perry Mason, retrocedió dos pasos, se detuvo y le miró, como intrigada. Mason se movió hacia ella. Edna retrocedió otro paso; luego se volvió, impulsivamente, y llamó a Holcomb.

—Sargento, ¿puedo hablar con usted un instante?

La rapidez con que el policía se acercó fue contestación suficiente. Cuando se reunió con ella, dijo:

—El señor Mason cree que no hay inconveniente en que hable conmigo; pero usted parece opinar todo lo contrario. ¿No sería mejor que escuchara usted la conversación?

—No tiene el menor derecho a hallarse presente —protestó Mason con ira—. Yo tengo perfecto derecho a interrogarla y él no tiene por qué meterse.

—Pero él parece creer que debiera estar donde le sea posible escuchar lo que usted diga.

—Lo que él cree no tiene nada que ver con el asunto. Quiere usted cooperar conmigo, ¿no? ¿No quiere a su tío?

—Sí; pero no sé qué hacer.

—Siga mis consejos.

El sargento Holcomb se acercó a la joven.

—Si *usted* desea que yo me halle presente —exclamó—, no hay fuerza en la tierra que pueda alejarme. Ha hecho usted bien en decir que eso es lo que quiere. Por lo tanto, no haga caso de lo que él dice. Tiene usted muchísima razón.

Edna le dirigió una sonrisa al abogado.

—La verdad, señor Mason, yo creo que será mejor así. Después de todo, supongo que no tendrá usted nada que decirme que no quiera que oiga el sargento, ¿verdad?

—No es eso —respondió Mason—; se trata de una cuestión de principios.

—Pero… si no hay inconveniente en que oiga él lo que tiene usted que decir, ¿por qué no lo dice de una vez?

Tenía los ojos muy abiertos, la voz ingenua a más no poder.

Holcomb rió.

Mason dijo con rabia:

—Está bien. Quiero averiguar algo acerca del cajón de ese aparador y saber dónde guardaba la llave del mismo.

—La llevaba en una banda de goma alrededor de la muñeca.

—¿Por qué no la metía en el portamonedas o en algún otro sitio?

—Porque temía olvidarme de abrir el cajón por la mañana, cosa que suscitaría comentarios. La verdad es que, *en efecto,* me olvidé de abrir el cajón; pero eso fue porque la excitación me dejó algo descompuesta. Me quité la llave de la muñeca al ducharme. Mi intención era abrir el cajón tan pronto como me despertara por la mañana.

—De manera —observó Holcomb, con voz triunfal— que era imposible desde todo punto de vista que sacara alguien el cuchillo del cajón después de haberse acostado usted, a menos que tuviera otra llave o usara una ganzúa.

Ella movió, afirmativamente, la cabeza.

—Eso —advirtió Mason— presupone que el cuchillo se hallaba en el cajón antes de que usted echara la llave.

—Si no estaba —observó Holcomb—, significa que Kent lo sacó antes de acostarse. Lo que resulta poco más o menos lo mismo en cuanto a mí se refiere.

—Me gustaría ver la llave —dijo Mason.

Ella abrió un portamonedas y sacó una llave grande, de forma singular.

—¿Lleva esta llave usted consigo siempre? —inquirió Mason.

—Sí; lo he creído preferible.

—Pero… ¿el cajón no está cerrado con llave ahora?

—Sí que lo está. Lo cerré anoche.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por estar nerviosa seguramente. El pensar que pueda haber alguien rondando por la casa me pone… Tal vez será mejor que no diga más.

—Examinemos la cerradura —propuso Mason.

—Para tranquilidad suya —le dijo Holcomb le advierto que la policía ya pensó en eso. Hemos hecho que un cerrajero experto la examine. No se observa en ella señal alguna de que haya sido

abierta con una ganzúa. No hay arañazos en la parte delantera que indiquen que hayan sido introducidos instrumentos punzantes. No hay señal alguna en la madera que indique que haya sido empujado hacia abajo el cerrojo de metal.

Mason se encogió de hombros y dijo:

—De todas formas, la examinaré.

Los tres se dirigieron al aparador. Mason examinó cuidadosamente la cerradura y se dejó caer sobre una rodilla para mirar el borde superior.

—Tenga la amabilidad de abrirlo —dijo—. Quiero examinar el interior.

El sargento Holcomb tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una sonrisa de superioridad le iluminaba el semblante.

Edna Hammer introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar y abrió el cajón.

Mason, que observaba el rostro de Holcomb, vio que el detective no cambiaba de expresión; pero Edna Hammer soltó una exclamación.

En el interior del cajón se veía un receptáculo forrado de terciopelo para un cuchillo y un tenedor de trinchar. Sólo estaba el tenedor en su hueco correspondiente.

Mason se inclinó hacia delante como para inspeccionar el cajón de cerca y el sargento se inclinó también, sin perderle de vista, por si al abogado se le ocurría meter algo allí. Los dedos de Edna asieron fuertemente el brazo de Mason.

—¿Miró usted dentro del cajón al cerrarlo anoche? —preguntó éste, con voz normal, sin disimulos.

Ella afirmó con la cabeza. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos por la sorpresa.

—Bueno —dijo Mason—, creo que eso es todo lo que deseaba ver aquí. Ahora me gustaría hablar con algunos de los otros testigos.

—¿Con quiénes, por ejemplo?

—Duncan y Maddox.

—Están citados para comparecer ante el Gran Jurado esta misma mañana.

—Ése es uno de los motivos de que desee hablarles.

—No puede usted hablar con ellos a menos que ellos quieran

hablar con usted.

—Naturalmente. Les preguntaré si…

El sargento dijo:

—Les preguntaré yo si quieren hablar con usted. Si quieren, santo y bueno. Si no quieren, no podrá usted hablar con ellos.

Mason asió a Edna del hombro y le hizo dar la vuelta y encararse con él.

—¿No lo plantó usted ahí? —preguntó, con voz rabiosa de impaciencia.

—Sí.

—¿Asegura usted que se *hallaba* ahí dentro cuando cerró el cajón con llave anoche?

—Sí.

—¿Quién la vio meterlo ahí?

—Nadie.

—Alguien tiene que habérselo llevado.

Ella afirmó, aturdida, con la cabeza.

—Alguien que sabía la treta que yo intentaba y que decidió frustrarla.

—Pero… ¿quién puede haber hecho eso?

—Aparte de usted, sólo había dos personas que supieran una palabra del cuchillo, a menos que usted se lo dijera a alguien.

—Palabra de honor, señor Mason: no se lo dije a nadie.

—¿La vio a usted alguien guardar el cuchillo?

—Estoy segura que no.

—¿Dónde tuvo la llave anoche?

—La escondí.

—¿Dónde?

—En la puntera de un zapato viejo. Temía que… que hubiera algún contratiempo y sabía lo mucho que ello representaba para usted. Yo…

Se interrumpió al entrar Holcomb y decir con fruición:

—Ninguno de los dos testigos desea hablar con usted, señor Mason.

Mason respiró profundamente, como si estuviera a punto de contestar algo. Luego se encogió de hombros.

—Está bien —dijo.

Y salió de la casa, dando un portazo tras sí.

Bajó, corriendo, la calzada de cemento, subió a su coche y se dirigió a su despacho a toda velocidad. Se detuvo en una droguería, sin embargo, y telefoneó a la oficina de Drake.

—Cuando regrese Drake —le dijo a la muchacha que se puso al teléfono—, hágale mandar un agente para que registre la casa de Kent en busca de un cuchillo de trinchar exactamente igual al empleado para cometer el crimen. Que registre bien hasta que lo encuentre. Y puede empezar por mirar en el receptáculo de la mesilla del patio.

Della Street dirigió una mirada interrogadora cuando colgó el sombrero y gabán en el cuarto ropero.

—¿Qué? —preguntó.

—La señora Doris Kent —respondió Mason— ha bloqueado la cuenta corriente de Kent en el Banco.

—¿Qué quiere usted decir?

—Consiguió que fuera dictada una orden ayer, a última hora de la tarde, que le impidiese a Kent disponer de sus bienes. Ha presentado una solicitud para que sea nombrada custodio. La orden dictada regirá hasta que pueda celebrarse juicio con receptor o custodio judicial.

—Pero eso…, pero, jefe, ¡eso le impedirá poder pagar los honorarios de su abogado incluso!

Él asintió.

—Y ¿no podrá pagar a Drake por sus servicios?

Él movió negativamente la cabeza.

—Y si *fuera* nombrado receptor jurídico…, ¿qué, entonces?

—Eso depende de quién sea el receptor y del punto de vista del juez.

—Pero el señor Kent tiene muchos intereses comerciales. ¿Cómo puede bloquearlos todos?

—Ella ha alegado que él amenaza con derrochar sus bienes, hacer transferencias fraudulentas y otras cuantas cosas más. Encontró un juez dispuesto a escucharla.

—¡Querrá usted decir que estaba dispuesto a dejarse convencer por una mirada de ingenuidad infantil! —exclamó Della, indignada.

—No debe ser injusta —rió Mason—. No olvide que ella no es más que una mujer indefensa, cuyo sólo deseo es obrar bien. Dice en su declaración que la subvención que le fue concedida al

divorciarse no debe continuar siendo pagada, ya que todo el divorcio fue un fraude del que se le hizo víctima a ella, así como al tribunal. Conque alega que desea que se le dejen de pagar los mil quinientos dólares.

—En otras palabras, que quiere quedarse con la totalidad de la fortuna de Kent y no con una simple parte.

Mason volvió a reír.

—¿Cómo puede conseguir que sea aceptada su petición sin imponer una fianza muchísimo más elevada?

—Vea el Código cuando tenga tiempo. Según la Sección 529, no hay necesidad de fianza cuando un tribunal acepta la demanda contra un esposo en un pleito de divorcio o subvención independiente.

—Así pues, ¿ella puede presentarse ante el tribunal, hacer cualquier acusación perjura que se le antoje, dárselas de víctima y, cuando al verse la causa se descubra que sus acusaciones carecen de fundamento, el señor Kent no puede dar paso alguno contra ella?

—No tanto; pero no se preocupe usted; a esa niña no le faltará fundamento. Cuando se presente ante el tribunal, el juez se dará cuenta de que tiene dos fundamentos muy bien hechos: las piernas. Y las verá con frecuencia y en gran cantidad. Se sabrá presentar ante el jurado y desempeñará un buen papel en el banquillo de los testigos. Kent no; estará nervioso, irritado… Se considerará atracado injustamente. Tartamudeará; estará tan furioso que no podrá hacer comprender su punto de vista al tribunal. La señora Kent, por el contrario, estará muy tranquila, muy serena, muy dueña de sí. Le sonreirá con mucha dulzura al juez y dirá que, francamente, no desea cometer injusticia alguna con su pobrecito querido esposo; que le engañó para que presentase la demanda de divorcio; que se da cuenta ahora de que el pobre no está bien de la cabeza; que lo que él necesita es alguien que le cuide; que está enfermo mentalmente; que ahora es cuando necesita de veras a su mujer y que el deber de ella es estar a su lado y que a su lado quiere estar.

—Jefe, ¿por qué no se presenta usted ante el tribunal y la desenmascara?

—No puedo permitirme ese lujo. Kent tendrá que llegar a *algún* acuerdo con ella. No puede permitirse el lujo de que el receptor

jurídico se haga cargo de todo ni puede soportar el seguir el pleito hasta el fin. Es muy nervioso. Todo ese jaleo le volvería loco. Para cuando llegara él a comparecer ante el tribunal, se hallaría en tal estado que a ella no le costaría ningún trabajo convencer al juez de que todo lo que había alegado era cierto.

—¿No puede usted hacer nada en el asunto?

—Pagarle para que así le deje en paz: he ahí todo.

—¿Por qué está tan seguro de que impresionaría favorablemente al juez?

—Por sus antecedentes en primer lugar. Siempre ha conseguido hacerlo. No olvide que esa mujer ha pasado ya por esos trances. No es una aficionada cuando se trata de hacer comedia en el banquillo de los testigos, es una profesional.

—Y ¿va a consentir que se salga con la suya?

—Voy a pagarle para que deje en paz a su esposo, si es a eso a lo que se refiere usted.

—Luego ayudará a Maddox a recaudar más dinero.

—Antes de que cobre —prometió Mason— dirá la verdad acerca de Maddox.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que tendrá que reconocer que Maddox le telefoneó a las tres de la madrugada.

—¿Usted cree que Maddox negará haberlo hecho?

—Estoy casi seguro de que sí.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas. La forma en que están llevando a cabo la amalgamación de sus intereses, por ejemplo. ¡Qué imbécil es Duncan! Cree que está conquistando una aliada. En realidad, lo que está haciendo es dejarse usar como instrumento. Ella le empleará como mazo con qué amenazarnos. Luego nos sacará los cuartos y, con mucha dulzura, traicionará a Maddox para poder sacar ella mayor provecho.

—¿Cuándo va usted a llegar a un arreglo con ella?

—El Gran Jurado va a dictar el procesamiento de Kent por asesinato esta mañana. El fiscal hará lo posible por conseguir que se vea la causa inmediatamente. Yo voy a mostrarme conforme. Maddox y Duncan harán deposiciones. Luego me meteré con Maddox, preguntándole qué hacía a las tres de la madrugada.

Procurará no contestar o mentirá. Entonces cogeré a Doris Sully Kent y llegaré a un acuerdo con ella. Le explicaré que, si me fuera posible demostrar que Maddox le había telefoneado, quizá quedaran eliminadas las dificultades de Kent, de forma que se sintiera capaz de darle una buena cantidad. Luego Harris puede presentarse y prestar declaración acerca de la conversación telefónica y ella puede subir al banquillo de los testigos y corroborarla. Así quedará demostrado que Maddox es un embustero.

—Claro está, tendrá demostrado que Maddox es un embustero.

—Así es; pero tendría que jurar haber reconocido la voz de Maddox y, al parecer, aquélla era la primera vez que le había oído hablar —objetó Della.

—Técnicamente, sí; en la práctica, no. Lo único que necesito hacer es presentar a Harris, dejarle que haga su declaración, llamarla a ella y hacerle parecer una testigo hostil. Le preguntaré si no le telefoneo Maddox a dicha hora. El fiscal protestará. Entonces le preguntaré si no le telefoneó alguno a dicha hora, diciendo que era Maddox. Protestarán contra eso también, probablemente. El juez tal vez les apoye, a menos que pueda ella declarar que reconoció la voz de Maddox.

»Fingiré exasperarme y le preguntaré, de pronto: «Señora, ¿que estaba usted haciendo a la hora en que fue cometido el asesinato, en la madrugada del día catorce? ¿No es cierto que, a dicha hora, tenía usted el teléfono en la mano y celebraba una conferencia a larga distancia con alguien?».

»Ella contestará «sí», con voz muy débil y de aparente mala gana, y eso será cuanto necesite el jurado. La despediré del banquillo de los testigos. El fiscal no se atreverá a interrogarla. Luego presentaré copias fotográficas del registro de conferencia de Teléfonos.

—¿Cuánto le va a costar a Peter Kent el arreglo? —inquirió ella.

—Me ha dicho que suba hasta ciento cincuenta mil dólares si es preciso.

—¿Será preciso?

—No lo creo. Espero que no; pero Doris es avara. Divagaré un poco antes de ofrecerle nada.

—¿Tratará usted con ella por mediación de su abogado?

—Sí.

—¿No resultará más caro así aún?

—Sí.

—¿Por qué no trata directamente con ella?

—No resultaría ético.

—No sé por qué, no me parece mujer dispuesta a pagarle una buena parte de lo que reciba a un abogado.

Mason estaba a punto de decir algo, cuando sonó el timbre del teléfono. Della descolgó el auricular. Luego tapó la boquilla con la mano y dijo:

—Es la señora Sully Kent. Está en el despacho general. Desea verle y dice que le diga que ha despedido a sus abogados, de manera que, actualmente, no tiene a ninguno que la represente.

Mason emitió un silbido de sorpresa.

—Conque, ¿qué hacemos? —preguntó Della.

—La mujercita ésa es muy lista —contestó el abogado—; la recibiremos.

—¿Quiere que tome nota de toda la conversación?

—Sí. Pero por el altavoz del teléfono interior. Aguarde usted en la biblioteca y tenga abierta la línea que comunica con este despacho. Anote todo lo que se diga. Y, a propósito, Della, ¿la ha visto usted alguna vez?

—No.

—Pues procure verla cuando entre; pero que ella no la vea a usted.

Della Street asintió, tomó el cuaderno de taquigrafía y unos lápices y se dirigió al despacho exterior. Mason dio al interruptor que hacía funcionar los teléfonos altavoces interiores y dijo:

—Dígale a la señora Kent que puedo concederle unos cinco minutos.

Encendió un cigarrillo y se concentraba, al parecer, en el contenido de un libro de leyes, de forma que no la oyó entrar en el cuarto.

Doris tosió. Mason alzó la mirada.

—Buenos días —saludó.

Le hizo una seña para que se sentara y continuó leyendo el libro.

Ella vaciló un instante; luego se acercó a la mesa, se paró muy cerca de él y dijo:

—Si está usted muy ocupado, no le molestaré.

—No se preocupe —contestó él, sin levantar la cabeza—. Le atenderé dentro de un instante. No me interrumpa.

Ella continuó de pie, muy cerca de él.

—Vine como amiga —dijo, en voz baja y seductora.

Mason suspiró, apartó el libro y le indicó un asiento.

—Vaya allí y siéntese. Dígame lo que tenga que decirme y hágalo detalladamente para que no tenga que pedirle demasiadas explicaciones.

Ella titubeó, y luego, encogiendo los hombros con cierta petulancia, se sentó, cruzó las piernas y le sonrió.

—Hable —dijo Mason.

—He despedido a mi abogado.

—¿Le ha pagado?

—¿Importa eso mucho?

—Tal vez. Sobre todo si conserva algún documento que le pertenezca a usted.

—He llegado a un completo acuerdo con él —repuso Doris.

—Bien. ¿Qué más?

—Quiero hablar con usted.

—Hable. La estoy escuchando.

—¿Se le ha ocurrido a usted pensar alguna vez, señor Mason —inquirió ella, abandonando su tono seductor—, que soy yo quien tiene la sartén por el mango?

—No; no se me ha ocurrido.

—Pues así es.

Él hizo ademán de coger de nuevo el libro de leyes, y ella entonces se puso a hablar a toda prisa.

—¿Sabe usted lo que representará el que yo suba al banquillo de los testigos y jure que Peter cogió un cuchillo de trinchar e intentó matarme; que dijo que andaba en sueños, pero que yo sabía que mentía? Mire, no quiero hacer eso. Deseo ayudar a Peter. Pero si él va a luchar contra mí, tendré yo que luchar contra Peter.

—Siga.

—Sólo quiero que comprenda usted que yo ando preocupándome de mí.

—Eso ya lo comprendo.

—¡Y no crea que puedo hacerlo!

—También tengo entendido que es usted experta en eso.

—Bueno, pues quiero saber cómo ando y por dónde ando.
—No sabe usted cuánto siento no podérselo decir.
—Sí que puede. Es usted el abogado de Peter. Conozco a Peter lo bastante bien para saber que cuando se trata de una lucha de verdad, no la aguanta. Es demasiado nervioso. Podemos arreglar este asunto. El querrá llegar a un arreglo. *Tiene* que llegar a un arreglo.
—¿Qué desea usted? ¿Una renta, o una cantidad determinada por dejar zanjado definitivamente el asunto?
—Ninguna de las dos cosas. Quiero que Peter vuelva a aceptarme por esposa. Quiero que me permita ocupar un puesto a su lado.
—¿Para que, al cabo de unos meses, pueda usted empezar de nuevo y conseguir una subvención mayor?
—Es usted muy poco bondadoso, señor Mason. No tiene derecho a decir eso. Eso no es lo que yo quiero. Quiero ser la esposa de Peter.
—Sabiendo que está enamorado y que quiere casarse —observó Mason, con acidez—, decide usted que puede causarle trastornos mucho mayores manteniéndole atado a usted. Acabará por pagar más por conseguir su libertad.
Ella sacó un pañuelo de encaje, muy despacio y muy dramáticamente. Parpadeó rápidamente, se le inundaron los ojos de lágrimas, las comisuras de los labios le temblaron, luego, con un gritito, se llevó el pañuelo a los ojos. Se le estremecieron los hombros a impulsos de los sollozos.
Mason la contempló sin inmutarse.
—¿Cuánto quiere usted por dejar liquidado el asunto? —preguntó.
—… No, no qui… quiero li… liquidar nada en absoluto.
—¿Qué renta mensual?
—No… no qui… quiero renta me… mensual. Qui… qui… quiero a Pe… Peter. Qui… qui… quiero ayudarle. Qui… quiero declarar que no está bien de la ca… cabeza. Es… espero que po… drá cu… cu… curarse. Pero no pu… pu… puede, quiero per… permanecer a su lado.
El rostro de Mason reflejó indignación. Se puso en pie, se dirigió a la mujer, alargó la mano como para arrancarle el pañuelo de los

ojos y, de pronto, se quedó parado, contrayéndosele las pupilas; luego volvió a su mesa y oprimió disimuladamente el botón del timbre que le servía para llamar a Della a su despacho.

Un momento después, al abrir su intrigada secretaria la puerta de la biblioteca silenciosamente, Mason agitó las manos alrededor de la cabeza, como para indicar un sombrero. Luego se pasó las manos por los hombros, como quien se abriga bien la garganta con el cuello.

Della Street frunció el entrecejo, perpleja, intentando comprender. La señora Kent seguía sollozando con el pañuelo pegado a la cara.

Mason se acercó a ella y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, vamos, querida —dijo, con solicitud—. No era mi intención ser áspero con usted. Tal vez no haya sabido comprenderla. Vaya por el sombrero y el abrigo y vuelva.

Asomó ella un ojo por debajo del pañuelo.

—¿El sombrero y el abrigo? —preguntó, intrigada.

—Perdone —dijo Mason, precipitadamente—: quise decir que volviera usted cuando no estuviese tan alterada emotivamente.

Della Street cerró la puerta de la biblioteca sin ruido.

—Fue usted muy ma… ma… malo conmigo —sollozó Doris Kent.

—Lo siento —contestó Mason, dándole unas palmadas cariñosas —. Estoy algo preocupado esta mañana y tal vez cometiera con usted una injusticia.

Ella se secó las lágrimas; se sonó la nariz, suspiró trémulamente y se guardó el pañuelo en el bolso. En sus ojos brillaban aún algunas lágrimas.

—¿Conserva usted aún —inquirió el abogado— las llaves de la casa de Peter Kent?

—Claro que sí. No las he usado desde hace un año, sin embargo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada. Pura curiosidad.

—¿Importa eso?

—No necesariamente. ¿Qué actitud va a observar usted respecto a Maddox?

Doris enarcó las cejas y dijo:

—¿Maddox…? ¿Maddox…? Me parece que no conozco a ese

señor.

—Maddox, de Chicago. De la Compañía Fabril Maddox, ¿sabe?

—¡Ah! Eso era algo que descubrió mi abogado acerca de los bienes de mi esposo. Dijo que la Compañía Fabril Maddox tenía patentes que valían millones y Peter me lo había ocultado deliberadamente para no parecer tan rico cuando hice yo la demanda de divorcio. Pero eso paso.

—Pero, ¿no conoce usted personalmente a Maddox?

Ella le miró asombrada.

—¡Claro que no! —repuso.

—¿Ni a su abogado Duncan?

Ella movió negativamente la cabeza, vivamente sorprendida.

—Creí que había hablado usted con Maddox por teléfono.

—¿Cómo puede habérsele ocurrido semejante idea?

Él se encogió de hombros y dijo:

—Olvídelo.

—No; quiero saberlo. Me interesa de veras, señor Mason, porque me da el corazón que alguien ha estado contando mentiras de mí. Tal vez sea por eso que Peter se sienta tan quejoso y amargado conmigo.

La puerta de la biblioteca se abrió silenciosamente. Della Street, envuelta en un abrigo de pieles, con un bolso negro entre las enguantadas manos y el sombrero ladeado, enarcó las cejas en gesto de interrogación. Mason movió afirmativamente la cabeza.

Della dio un paso hacia delante.

Mason le salió al encuentro.

—¡Caramba, señorita Street! —exclamó—. ¡Querida señorita Street!

Doris Kent se quedó mirando con frialdad.

—¿Cómo ha entrado usted aquí? —prosiguió Mason—. Estoy ocupado. Dije que no se me interrumpiera. No he olvidado que la había citado a usted. Yo…

—Siento mucho haberle molestado, señor Mason —dijo—; pero sabía que a usted le gusta que la gente acuda a la hora en punto que usted la cita. Una muchacha me dijo, en el despacho general, que entrara en la biblioteca y esperara, porque estaba usted ocupado. Puesto que estaba citada aquí a esta hora y sabía lo importante que era mi asunto, no quise creerla. Por lo tanto, después de haber

esperado unos minutos, abrí la puerta. Lo siento muchísimo.

—Dio la casualidad —explicó Mason— que se me presentó un asunto urgente…

—Mucho me temo —dijo Della, observando el semblante de Mason que tendré que insistir en que me atienda, señor Mason. Dispongo de muy poco tiempo. Sé que hice mal en entrar aquí de esta forma; pero, después de todo, una cita es una cita.

Mason dio muestras de embarazo. Se volvió a Doris Kent.

—Lo siento mucho —dijo—. Recordará que le dije que sólo podía concederle unos minutos. Tenía esta cita con la señorita Street.

—Da lo mismo —contestó Doris—. Ya volveré.

La mirada de Mason tropezó con la de Della. Hizo un gesto en dirección a Doris. Della se acercó a ella.

—Estoy segura que usted sabrá perdonarme, querida; pero es que no tengo más que unos minutos disponibles.

La señora Kent sonrió con gentileza.

—No faltaba más —contestó—. Comprendo lo muy ocupado que está el señor Mason. Después de todo, creo que comprende mi crítica situación y…

—¿Dónde puedo ponerme en contacto con usted?

—En el Hotel Laffite. Seguiré allí durante dos o tres días aún.

Mason fingió un sobresalto de sorpresa.

—Pero, ¡si es el hotel en que se aloja usted!, ¿verdad, señorita Street?

—Sí; me alojo allí. Eso está muy bien —contestó Della. Mason acompañó a Doris Kent hasta el pasillo.

—Lamento mucho —dijo— que haya sucedido esto. Esa señorita no debía haber abierto la puerta de mi despacho particular. Pero era la hora en que la había citado. Es bastante rica y algo impulsiva…

—Comprendo perfectamente —repuso ella.

Y, volviéndose, le dio la mano.

—Después de todo —dijo—, podemos ser amigos, ¿no?

Y sus ojos parecían bañados de promesas.

Mason le dio unos golpecitos cariñosos en la mano, dio media vuelta y se metió de nuevo en su despacho.

Della Street le miró con ansiedad.

—¿Lo hice mal? —inquirió.

—Al contrario, lo hizo usted muy bien. Hizo exactamente lo que yo quería que hiciese.

—¿Qué significa todo esto?

—Usted recoja unos cuantos vestidos y trasládese al Hotel Laffite. Ronde usted por allí hasta que vea a Doris Kent. Acérquese y haga amistad con ella. Dígale cuánto siente haber interrumpido la conferencia que celebraba ella conmigo; que se dio cuenta más tarde que no tenía el menor derecho a irrumpir en el despacho de esta manera y que no comprende por qué se le ocurrió hacerlo. Dígale que yo soy generalmente tan cuidadoso en eso de las citas que usted creyó que se habría equivocado alguien en el despacho; que tenía usted prisa y que le era absolutamente necesario verme.

—Y luego, ¿qué? Supongo, jefe, que no creerá usted que le dará por hacerme su confidente y contarme cosas que puedan perjudicarla en el pleito ese. Sobre todo sabiendo que le conozco a usted y…

Él se echó a reír.

—¿Cómo se llamaba esa muchacha a la que estafaron con aquel asunto amoroso?…

Della frunció el entrecejo.

—¿De qué diablos está usted hablando, jefe?

—¿Recuerda a la muchacha aquella que quería que me hiciese cargo de su asunto? Le estafaron cinco mil dólares…

—¡Ah! Se refiere a Myrna Duchene.

—Esa misma. ¿Dónde está el amigo que la estafó?

—En el Hotel Palace, con el nombre de George Pritchard.

—Bien. Ahora vaya usted al Hotel Laffite. Cultive la amistad de la señora Kent. Pídale a Myrna Duchene que le señale ese pirata de amores. Supongo que se trata de un hombre del tipo ese que hace que les dé un vuelco el corazón a las mujeres, ¿verdad?

—Eso deduzco. Vi una fotografía suya. No cabe la menor duda que parecía una respuesta a la oración de una soltera.

—Procure hacer amistad con él. Cuéntele un cuento diciéndole que ha perdido usted toda su fortuna. Pero no lo haga hasta que él haya ido a visitarla a usted al hotel. Consiga que continúe yendo a verla hasta que se le presente una oportunidad de señalarle a la señora Kent, diciéndole que es una viuda muy acaudalada. Y, si

encuentra forma de hacerlo, preséntele a la señora Kent y…

—Y dejo que la Naturaleza siga su curso, ¿no es eso? —interrumpió ella, comprendiendo.

Mason hizo una reverencia y sonrió.

—Eso mismo —dijo.

Capítulo 18

El letrero colocado en la fachada del establecimiento era relativamente nuevo. Decía: «CÍA. PEASLEY DE QUINCALLERÍA».

La tienda en sí era vieja. En los polvorientos escaparates se había intentado poner vino nuevo en botellas viejas. Varias herramientas habían sido colocadas en simétrico dibujo. Unos escalones de madera habían sido cubiertos de paño verde y empleados para exhibir distintas piezas; pero, en su mayoría, las existencias daban pruebas inconfundibles de llevar en exhibición mucho tiempo.

Perry Mason empujó la puerta y entró. Una instalación eléctrica, claramente nueva, iluminaba brillantemente los mostradores; pero las grises paredes absorbían la luz sin sufrir mejora alguna para ello.

Bob Peasley salió vivamente de un despacho pequeño que había en el fondo. Cuando estuvo lo bastante cerca para reconocer a Mason, su paso vaciló; luego cuadró los hombros y se aproximó, saludándole con una sonrisa forzada.

—¿Cómo está usted, señor Mason? ¡Esto es un verdadero placer!

—Hola, Peasley. Linda tienda tiene usted.

—¿Cree usted? Me alegro que le guste.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—No hace mucho. La compré barata en una subasta judicial. Estoy intentando deshacerme de parte de las existencias antiguas ahora. Luego, o me trasladaré o haré arreglar todo el interior.

—¿La tiene arrendada?

—Sí; y en condiciones muy ventajosas. Pero no puedo conseguir que el propietario haga ninguna obra. Tengo derecho a hacer cambios y mejorar por mi cuenta, sin embargo.

—¿Va a empezar pronto?

—En cuanto pueda mover parte de la existencia y conseguir dinero.

—¿Qué tal va?

—No me va mal del todo. Voy a hacer un saldo en gran escala dentro de unos treinta días. En realidad, aún no sé qué tengo aquí. No había ningún inventario al corriente, y el que preparó el receptor judicial no fue más que para dar una idea de lo que había. Estaba esto tan oscuro que no sé cómo podía encontrar la puerta siquiera un parroquiano. He instalado luces nuevas, pese a lo cual esto sigue pareciendo algo gris.

Miró cautelosamente por encima del hombro, bajó la voz y preguntó:

—¿Qué tal fue el cuchillo de trinchar?

—Excelente. Justamente lo que yo necesitaba —respondió Mason. Peasley se movió inquieto.

—¿Qué sucede? —inquirió el abogado—. ¿Algo?

Peasley negó.

—¿Ha visto a Helen Warrington últimamente?

—Anoche. ¿Por qué? —dijo Peasley, sin mirar al abogado—. Supongo que no habrá pasado nada, ¿verdad?

—¿Ha visto a la señorita Hammer últimamente?

—No.

—¿A Harris?

Peasley se puso colorado.

—¿Existe algún motivo especial para que me pregunte usted por él? —preguntó.

—Curiosidad.

—No; no lo he visto.

—Bueno, pues… ¿a quién ha visto usted?

—¿Qué quiere decir?

Mason posó una mano paternal sobre el hombro del joven.

—Oiga, Peasley —dijo—: algo ha ido mal. ¿Qué es?

Peasley vaciló unos instantes; luego contestó en un murmullo:

—Nada.

Se movió un poco de forma que la mano del abogado se le cayera del hombro. Se había tornado hosco.

Mason dijo lentamente:

—Yo creo que he sido traicionado. ¿Qué sabe usted de eso?

—¡Ni una palabra! —estalló Peasley—. Y no sé para qué ha venido usted aquí.

—¿Habló con alguien acerca del cuchillo? —preguntó Mason, casi alegremente.

—Oiga, ¿qué diablos pretende usted?

—Sólo quería saberlo.

El otro guardó silencio.

—¿Habló con alguien? —insistió el abogado.

—No puedo decírselo.

—¿Por qué no?

—Porque… porque no puedo.

—¿Le dijo Helen Warrington que no lo hiciera?

Peasley guardó silencio.

Mason se echó a reír y dijo:

—No ande usted con tanto misterio. El sargento Holcomb está enterado; conque no hay razón para que no se lo diga usted al mundo entero y si usted lo quiere.

El semblante de Peasley cambió, extrañamente, de expresión.

—¿Está usted enterado de eso? —inquirió.

—¿De qué? ¿De lo del sargento Holcomb?

—Sí.

—Claro que lo estoy. Me dijo…

Mason sacó la pitillera del bolsillo y se la ofreció a Peasley. Ambos tomaron cigarrillos. Mason encendió una cerilla.

—Holcomb es bastante listo —observó Perry—. No se le escapa nada.

—¡Qué ha de escapársele!

—¿Cómo averiguó lo del cuchillo? ¿Se lo dijo usted?

—No.

—¿Le hizo usted una declaración por escrito?

—Oiga… es que yo no debo discutir esto.

—Bah, a Holcomb no le importaría que lo discutiese conmigo.

—Usted es, precisamente, la persona que él no quería que se enterase. Mason enarcó las cejas, simulando sorpresa.

—No comprendo cómo puede ser eso, puesto que estoy enterado de ello.

—Sí; pero él no creía que lo estuviese.

Mason bostezó y dijo:

—¡Qué rayos, Peasley! Conmigo puede ser claro. Si no quiere hablar del asunto, no tiene necesidad de hacerlo.

—Yo no hacía más que obedecer instrucciones. Me metió usted en un compromiso, señor Mason.

El rostro del abogado reflejó sorpresa e incredulidad.

—¿Que yo qué?

—Que me puso en un compromiso.

—De ninguna manera. Usted tiene perfecto derecho a venderle algo de su tienda a quien le dé la gana.

—No fue ése el punto de vista del sargento Holcomb.

—¡Al diablo con el sargento Holcomb! Dígale que se tire de cabeza al estanque. ¿Tiene él invertido dinero en este establecimiento acaso?

—No.

—Entonces, ¿de qué se preocupa?

—Dijo que eso metía a Helen en el asunto.

—Es un embustero —contestó alegremente Mason. Nadie ha metido a Helen en nada.

—Es que yo le di el cuchillo que iba a sustituir por…

—¿Sustituir? ¿Por qué?

—Pues por el otro cuchillo.

Mason sacudió la cabeza con gesto lento y solemne de asombrada e incrédula negación.

—Yo no iba a sustituir ningún cuchillo —dijo con firmeza.

—¿Para qué lo quería entonces?

—Para llevar a cabo un experimento nada más. Para poder hacer dicho experimento. Necesitaba un cuchillo del mismo tamaño y aspecto que el usado para matar a Rease.

—¿Qué experimento era ése?

Mason respiró hondamente, como si estuviera a punto de explicar detalladamente la cuestión; luego hizo una pausa, exhaló el aliento y sacudió lentamente la cabeza.

—No; creo que será mejor que no se lo diga. Aún no estoy del todo preparado para confiar en el sargento Holcomb, ¿comprende?, y él pudiera preguntárselo. Será mucho mejor para usted decirle que no lo sabe, a decirle que lo sabe, pero que ha prometido guardar el secreto. El sargento Holcomb es un poco impulsivo a veces y pudiera creer que usted no cooperaba con él, sobre todo si

cree que hay algo poco recomendable en el hecho de que me consiguiera usted ese cuchillo. Espero que no le asustaría a usted, Peasley.

—Algo molesto estaba y también no poco preocupado entonces.

—¿Preocupado?

—Sí; Holcomb dijo algo de complicidad en fraude o no sé qué.

Mason se echó a reír y dijo:

—No le consienta usted a un sargento de la Policía que le diga cuál es la ley. Eso pregúnteselo a un abogado. Yo no le pediría que hiciese usted una cosa que no estuviera bien hecha.

—Es un alivio para mí oírle decir eso. Estaba preocupado, no por mí, sino por Helen.

—Olvídelo. A propósito, quiero comprar más cuchillos de esos.

—¿Más?

—Media docena, por ejemplo. ¿Cree usted que podría ponerse en contacto con el fabricante y proporcionármelos?

—Creo que sí.

—¿Tardará mucho?

—Creo que los podría encontrar en el almacén de algún mayorista aquí, en la población.

—Hágalo, pues —dijo Mason, sacando un fajo de billetes y echando dos de veinte dólares sobre el mostrador—. Esto debiera bastar para pagar gastos y compensarle de las molestias.

—Sólo le cobraré el precio corriente —se apresuró a decir Peasley—; pero tendría que conseguir el permiso del sargento Holcomb.

—No veo yo por qué no puede vender mercancías sin el permiso de un sargento.

—Es que me pidió que le tuviera al tanto de cualquier cosa que usted me dijera. De lo contrario, aseguró que me daría un disgusto con lo del cuchillo de anoche.

Mason rió a carcajadas.

—Bueno; haga usted lo que quiera —dijo—. Llámele por teléfono y dígale que he estado aquí y le he pedido que me proporcione media docena más de cuchillos de esos. No le diga, sin embargo, que le he mencionado a él para nada. Tal vez no le gustará eso. Limítese a decirle que he venido a pedirle que me proporcione más cuchillos. Si lo dice así, no tendrá necesidad de

decirle que ha discutido usted su visita conmigo. Es un hombre muy raro y pudiera no gustarle.

—Está bien —contestó Peasley—. Haré eso, le diré eso precisamente, señor Mason.

—Y si yo lo veo, no le diré una palabra de que he hablado de él con usted. Tal vez eso resulte mejor para todos. Telefonéele diciendo que yo le he pedido otros seis cuchillos exactamente iguales… *Bueno*, tengo que irme. Espero que no le habré interrumpido.

—No, señor.

—Y ¿no le será una molestia demasiado grande el proporcionarme esos cuchillos?

—Claro que no.

Mason le estrechó la mano y se fue. Telefoneó a su despacho desde la droguería de la esquina.

—¿Está Della?

—No, señor Mason. Marchó al hotel que usted le dijo. Tengo el número del teléfono aquí.

—Démelo.

Tomó nota del número, llamó al Hotel Laffite, y preguntó por la señorita Street, cuarto número 609. Poco después oyó la voz de Della.

—¿Ha estado Holcomb hoy en el despacho, Della?

—No, ¿por qué?

—Le sonsacó a Peasley acerca del asunto del cuchillo.

—Sí, ¿eh? ¿Qué le dijo Peasley?

—Todo lo que sabía.

—¿Cómo supo de ello Holcomb en primer lugar?

—Eso es lo que me gustaría averiguar.

—Edna Hammer no se lo hubiera dicho.

—Es de suponer que no.

—¿Se verá usted en un lío como consecuencia de eso, jefe?

—No lo sé. He hecho todo lo que podía por contrarrestarlo. Es decir, me las he arreglado para que el asunto se haga más confuso e inexplicable.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Pedir más cantidad del mismo artículo. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Todo marcha divinamente.

—¿Ha visto a la mujer ya?

—Sí. Sostuve una conversación muy agradable con ella. Muy melosa y muy formal.

—Magnífico. ¿Ha visto al hombre?

—Aún no; pero no tardaré.

—Duro con ella. Ya llamaré por teléfono si surge algo nuevo.

Capítulo 19

El jurado tomó el juramento.

El juez Markham, psicólogo perspicaz, se arrellanó cómodamente en su asiento. Hamilton Burger, fiscal, ancho de espaldas, cuello de toro, musculoso y viril, observaba atentamente a Perry Mason.

A su lado ocupaba un asiento Sam Blaine, joven, alto, esbelto, que procuraba dar la sensación de que era muy importante, jugueteando con la cinta negra que colgaba de sus gafas.

En la mesa de enfrente, Perry Mason se hallaba sentado solo. Un poco más atrás, Peter Kent, pálidas y demacradas las facciones, se retorcía los dedos sin cesar. Más atrás aún, Lucille Mays observaba con ojos llenos de aprensión. A veces intentaba sonreírle a Peter tranquilizadoramente. Su esfuerzo fracasaba siempre.

El juez Markham dijo:

—Permítanme que felicite a los abogados de ambas partes por la rapidez con que ha sido escogido el jurado. ¿Desea usted hacer discursos de apertura, señor fiscal?

El fiscal Burger se colocó delante de la barra que separaba a los doce jurados de la parte de la sala reservada para los abogados. Más allá de la barra, la atestada sala callaba, llena de tensión.

Burger dijo:

—Señores: no pienso hacer alarde de dotes oratorias. Ahora me limitaré a decirles en breves palabras lo que espera demostrar la fiscalía. El día trece del presente mes, el acusado Peter Kent residía en su casa de Hollywood. Aparte de la servidumbre, se hallaban en dicha casa las personas siguientes: Edna Hammer, sobrina suya; P. L. Rease, su hermanastro; John J. Duncan, abogado de Chicago; Frank B. Maddox, socio industrial del acusado; Helen Warrington, secretaria del acusado.

»Esperamos demostrar que, en la mañana del día catorce, el acusado penetró en el cuarto de P. L. Rease y le mató de una cuchillada. Esperamos demostrar que P. L. Rease, sin conocimiento del acusado, había cambiado de cuarto con Frank B. Maddox; que Maddox y el acusado no se hallaban en muy buenas relaciones; que el acusado creía, con razón o sin ella, que Maddox le estaba estafando impunemente.

»Hasta donde ha podido apreciarse, el difunto murió a consecuencia de una herida hecha con un cuchillo de trinchar, a las tres de la madrugada aproximadamente. La muerte fue instantánea. Esperamos demostrar que a las tres de la madrugada el acusado, Peter Kent, con dicho cuchillo de trinchar en la mano, cruzaba cautelosamente, descalzo, el patio que separaba el ala del edificio en que se encontraba su alcoba, y aquella en que se hallaba la habitación de Frank B. Maddox, ocupada a la sazón por el difunto P. L. Rease.

»Esperamos demostrar que el arma homicida fue hallada más tarde debajo de la almohada de la cama en que durmiera aquella noche el acusado; que la hoja del cuchillo llevaba señales concluyentes de ser el arma empleada para matar al repetido P. L. Rease.

»Esperamos demostrar que, después de haber sido detenido, el acusado confesó espontáneamente que era sonámbulo; que tenía toda suerte de razones para creer que cuando andaba en sueños, tenía tendencias homicidas.

»El Tribunal les advertirá a ustedes, señores del jurado, que, una vez haya quedado demostrada la culpabilidad del acusado, el peso de demostrar la existencia de circunstancias que atenúen, justifiquen o excusen el hecho, recae sobre el acusado. En cuanto a la fiscalía en sí, ésta demostrará la muerte de Rease; que la muerte fue consecuencia de una herida inferida con un cuchillo de trinchar, que el cuchillo de trinchar se hallaba en posesión del acusado a la hora aproximada del asesinato; que al acusado se le vio salir del ala del edificio en que se hallaba la alcoba de la víctima a la hora del asesinato aproximadamente. Esperamos demostrar que el acusado creía que Maddox ocupaba el lecho en que estaba durmiendo Rease; que el acusado tenía toda suerte de motivos para querer asesinar a Maddox.

»Como han sabido ustedes por las preguntas que les ha hecho la defensa cuando se les escogió para formar parte del jurado, la defensa responderá, por lo menos en parte, basándose en la teoría del sonambulismo. Esperamos demostrarles que en una ocasión anterior, aproximadamente un año antes de la comisión del crimen, el acusado cogió un cuchillo de trinchar y…

Perry Mason se alzó lentamente de su asiento y dijo:

—Señor juez, protesto contra el hecho de que el fiscal incorpore a su expresión cosa alguna ocurrida un año antes de la comisión del delito; protesto contra el hecho de que intente anticiparse a nuestra defensa y pido que se le ordene al jurado que haga caso omiso de semejantes declaraciones.

—La evidencia es inadmisible —repuso Burger— en cuanto demuestra que, con prioridad, el acusado tenía conocimiento de sus tendencias homicidas cuando andaba en sueños; que no hizo el menor esfuerzo por domeñar dichas tendencias cuando se dio cuenta de que volvía a andar en sueños. Predico esta parte de mi argumento sobre la teoría que la propia defensa ha insinuado.

El juez dio un golpe con su mazo y dijo:

—No es de la incumbencia del fiscal anticiparse a la defensa. El hecho de si las pruebas de rechazo pueden incluir incidentes ocurridos con anterioridad al crimen y separados de él por un período de doce meses es algo que será determinado cuando surja la cuestión. Entre tanto, queda admitida la protesta de la defensa. El Tribunal ordenará específicamente a los jurados que hagan caso omiso de dicha parte del discurso. También se le adviene al jurado que las afirmaciones hechas por el fiscal sólo constituyen una idea de lo que espera demostrar, habiendo sido hecha con el exclusivo fin de aclarar el caso en la mente de los señores del jurado. Las afirmaciones hechas por el fiscal no deben ser consideradas como pruebas.

»Continúe, señor fiscal.

—Esperamos demostrar —prosiguió Burger— mediante el testimonio de la propia sobrina del acusado, que antes de ser cometido el crimen… dos días antes para ser exactos… había encontrado ella el mismo cuchillo con que fue cometido el asesinato más tarde, debajo de la almohada de la cama del acusado. Basándose en estas pruebas, señores, y en toda prueba que pudiera

ser introducida de rechazo, la fiscalía solicitará de ustedes un fallo de asesinato en primer grado.

Hamilton Burger se sentó. El juez le preguntó a Mason:

—¿Desea usted hacer alguna observación de apertura, señor defensor?

—Me reservo la observación o declaración para un momento antes de presentar mi caso —contestó Mason.

—Está bien. El fiscal llamará a su primer testigo.

—Demostraré el *corpus delicti* llamando a Frank B. Maddox —contestó Burger.

Maddox subió al banquillo de los testigos y prestó juramento.

—¿Se llama usted Frank B. Maddox y reside en Chicago?

—Sí.

—¿Se hallaba usted presente en casa del acusado durante la noche del trece de este mes y la mañana del catorce?

—Sí.

—¿Sabe usted si a P. L. Rease le unía algún parentesco con el acusado?

—Era su hermanastro.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted en casa del acusado con anterioridad al trece?

—Llegué el diez.

—¿Tuvo usted ocasión de ver al señor P. L. Rease en la mañana del catorce?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—En su alcoba.

—¿Estaba vivo o muerto?

—Estaba muerto, tendido boca arriba, con una manta ligera subida hasta la barbilla. Había un corte en la manta por donde había penetrado el cuchillo hasta el cuerpo del señor Rease. La manta estaba empapada de sangre y el señor Rease estaba muerto.

—Volveré a llamar a este testigo más tarde —anunció Hamilton Burger— para hacerle nuevas preguntas, pero, de momento, no hago más que probar el *corpus delicti* y pido permiso para retirarlo momentáneamente.

—Está bien —respondió el juez.

—¿Desea usted interrogarle? —inquirió Burger.

—Sí —contestó Mason—. ¿Dice usted que se encontraba en la casa en la noche del trece, señor Maddox?

—Sí.

—¿Y durante la mañana del catorce?

—Sí; también.

—¿Cuándo salió usted por primera vez de la casa en la mañana del catorce?

—¿Hace eso al caso? —preguntó Burger.

—Yo creo que sí.

—Yo no. Protesto contra ello como cosa que no hace al caso y sostengo que ésa no es manera de interrogar.

El juez vaciló un instante.

—Modificaré la pregunta —dijo Perry— y la haré de la siguiente manera: ¿Cuándo salió usted de la casa por primera vez la mañana del catorce *antes de la hora en que fue descubierto el cadáver*?

—Esa pregunta se halla dentro de lo permitido en el interrogatorio —anunció el juez—. Contéstela.

—No salí de la casa para nada —contestó Maddox.

—¿No salió usted de la casa a eso de las tres de la mañana?

—No.

—¿A qué hora se retiró a su cuarto la noche del trece?

—A eso de las nueve y media aproximadamente.

—¿Se acostó inmediatamente en cuanto entró en su cuarto?

—No; mi abogado, el señor Duncan, me acompañó al cuarto. Celebramos una larga conferencia.

—¿A qué hora se levantó usted en la mañana del catorce?

—Fui despertado por usted y el doctor Kelton cuando invadieron mi cuarto para averiguar quién había sido asesinado…

—Pido que sea tachada esa parte por no ser más que una conclusión del testigo.

—Será tachada —contestó el juez—. El jurado hará caso omiso de ella.

—¿Qué hora era?

—Alrededor de las ocho, creo yo.

—¿Y quiere usted que entienda el jurado, señor Maddox, que no se movió de casa desde la hora en que se retiró la noche del trece hasta las ocho de la mañana del catorce?

—Sí, señor.

—¿No se dirigió usted al Pacific Greyhound Stage Depot a las tres de la mañana aproximadamente y le puso una conferencia telefónica a la señora Doris Sully Kent, de Santa Bárbara?

Maddox apretó fuertemente los labios y movió negativamente la cabeza.

—Tendrá que contestar a la pregunta de forma que se oiga —anunció el periodista del tribunal.

—No hice semejante cosa —respondió Maddox, claramente.

—¿No? —exclamó Mason, con sorpresa.

—No, señor.

—¿Estuvo levantado a las tres de la mañana aproximadamente?

—No estaba despierto siquiera.

—¿No celebró usted una conferencia con su abogado señor Duncan, a las tres del mañana, aproximadamente, del día catorce?

—No, señor; claro que no.

—¿Ni en ningún momento comprendido entre la medianoche del trece y las cinco de la mañana del catorce?

—No, señor.

Mason dijo:

—Nada más.

Hamilton Burger llamó a un delineante que presentó planos de la casa de Kent. Ésos fueron ofrecidos como pruebas y fueron recibidos sin que se objetase nada. El juez de guardia en la noche de autos fijó la hora de la muerte entre dos y media y tres y media de la mañana del catorce.

El sargento de detectives Holcomb ocupó el banquillo de los testigos e identificó el cuchillo de trinchar, con la hoja manchada de un siniestro y oxidado encarnado, como el arma que había sido hallada debajo de la almohada de Kent. Perry Mason, que no había interrogado al otro testigo, le preguntó al sargento Holcomb:

—¿Qué fue de la funda de la almohada y de las sábanas de la cama?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe?

—Me dijeron que el ama las echó a la ropa sucia.

—¿No las conservó?

—No.

—¿Por qué no las presentó como pruebas?

—Porque no creí que tuviera necesidad de hacerlo.

—¿No es cierto que no había mancha alguna de sangre en la funda ni en las sábanas?

—Creo que había manchas de sangre; pero no recuerdo.

Mason dijo, burlón:

—Si *hubiera* habido manchas de sangre, hubiese creído usted que las ropas esas eran de suficiente importancia para recogerlas como pruebas, ¿no es cierto?

—Inadmisible por argumentativo —gritó Burger.

—Se trata, simplemente, de refrescarle la memoria al testigo —contestó Mason—. Ha declarado que no sabía si había manchas de sangre.

—Que conteste a esa pregunta —decidió el juez.

—No lo sé —reconoció Holcomb. Luego agregó—: Usted debiera saberlo, señor Mason. Fue *usted* el que descubrió el cuchillo.

El público, que llenaba la sala, rió.

Perry Mason dijo:

—Sí, yo lo sé. ¿Acaso me pide que se lo diga *yo a usted*, sargento?

El juez dio un golpe con su mazo.

—Basta —ordenó—. El testigo será interrogado mediante preguntas como es debido. No habrá más intercambios de frases entre el testigo y la defensa.

—Y —acusó Mason, alzando la voz— como las sábanas y la funda de la almohada no tenían mancha alguna de sangre, y, por consiguiente, podrían constituir pruebas que militaban contra la teoría del despacho del fiscal, usted se encargó de que dichas piezas fueran a parar al lavadero, mientras *usted* era el exclusivo encargado de la casa y antes de que la defensa pudiera tener ocasión de conservarlas. ¿No es eso?

Con un rugido, Burger se puso en pie de un brinco y empezó a protestar:

—… Argumentativo… impropio… sin haber sido establecida una base debidamente… incompetente… ajeno al caso…

Perry Mason se limitó a sonreír.

—El testigo puede contestar —decretó el juez—. Tal como ha sido hecha la pregunta, redundará en perjuicio o beneficio del testigo.

—No —respondió el sargento—; nada tuve que ver yo con las sábanas.

—Pero, ¿sí insinuó al ama de llaves que sería mejor que limpiara el cuarto?

—Es posible que sí.

—¿Y que hiciera la cama?

—Tal vez.

—Eso —anunció Mason, dirigiéndole una mirada triunfal al jurado es todo.

—Que comparezca John J. Duncan —ordenó Blaine, al arrellanarse Burger en su asiento y dejar que su lugarteniente se hiciera cargo un rato de las declaraciones.

Duncan avanzó con su pomposidad de costumbre y tomó el juramento.

—Se llama usted John J. Duncan. ¿Es usted abogado de Illinois y conoce al acusado Peter Kent?

—Sí.

—Usted estaba, según creo, en su casa el día trece y la mañana del catorce de este mes.

—Así es. Celebré una conferencia de negocios con el señor Kent y con su abogado, el señor Perry Mason. También asistieron a la conferencia la señorita Helen Warrington, secretaria del señor Kent, y mi cliente Frank B. Maddox. Creo que se hallaba presente, asimismo, un tal doctor Kelton.

—¿A qué hora se retiró usted?

—A eso de las once. Hablé un rato con mi cliente en su cuarto poco después de haber terminado la conferencia.

—¿Volvió usted a ver al señor Kent más tarde durante la noche?

—Le vi a primera hora de la mañana del catorce.

—¿A qué hora?

—A las tres en punto de la mañana.

—¿Dónde le vio usted?

—En el patio de la casa.

—¿Puede usted señalar en el mapa, Pieza de Convicción Número Uno, el punto exacto en que primero vio al acusado en dicha hora?

Duncan señaló un punto del plano.

—Y ¿le era posible ver claramente al acusado desde su alcoba?

—Sí, señor.

—¿Cuándo le vio por primera vez?

—Me despertó una sombra al caer sobre mi rostro. Al abrir los ojos, vi a alguien cruzar el porche. Me levanté de un brinco, consulté el reloj para ver qué hora era y me acerqué a la ventana. Vi al acusado Peter Kent, sin más ropa que un camisón, cruzando el patio. Llevaba un cuchillo en la mano. Se acercó a una mesilla de café, se detuvo junto a ella unos instantes y luego cruzó el patio y desapareció por la puerta del otro lado.

—Por «la puerta del otro lado», ¿quiere decir usted el punto que señalo ahora en el plano y que lleva el letrero de «Puerta en el lado norte del patio»?

—Sí.

—Y ¿dónde estaba colocada esa mesilla de café aproximadamente?

Duncan hizo una señal con un lápiz en el mapa.

—¿Dice usted que consultó su reloj?

—Sí.

—¿Qué hora era?

—Las tres en punto.

—¿Encendió usted la luz para ver el reloj?

—No, señor. El reloj tiene esfera luminosa y me fue posible ver la posición de las manecillas.

—¿Consultó usted el reloj antes o después de ver al acusado en el patio?

—Antes y después. Lo consulté en cuanto me incorporé en la cama y lo consulté cuando volvía a la cama después de ver al acusado cruzar el patio y desaparecer por la puerta.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Quedé bastante preocupado, me puse un albornoz, abrí la puerta de mi alcoba, que da al corredor, miré pasillo abajo, a nadie vi, y luego decidí que, puesto que me hallaba en una casa hostil, no me metería donde no me llamaban. Volví a la cama y acabé durmiéndome.

—Creo, con la venia del tribunal —dijo Mason—, que tenemos derecho de hacer tachar de la respuesta del testigo el hecho de que se hallase en una casa hostil. Eso no es más que una conclusión del testigo, puesto que se relaciona con sus motivos, no responde a la pregunta y es, por añadidura, causa suficiente para objetar.

—Puede ser tachado —decretó el juez Markham.

Blaine volvióse a Perry Mason y dijo:

—Puede usted interrogarle, señor Mason. Quizá quiera preguntarle usted por qué volvió a dormirse.

El juez frunció el entrecejo y dijo:

—Basta de eso, señor Blaine.

—Sí —contestó Mason, serenamente—; le preguntaré eso, precisamente. Señor Duncan, ¿cómo es que pudo usted volver a la cama y dormirse después de presenciar tan espeluznante escena?

—Porque estaba cansado —dijo—. Le había estado escuchando hablar a usted toda la noche.

La sala rompió a reír a carcajada limpia. El alguacil llamó la atención al público. El juez aguardó a que se hubiera restablecido el orden y luego le dijo al testigo:

—Señor Duncan, es usted abogado. No necesita que le digan cuáles son los deberes de un testigo. Tendrá usted la amabilidad de abstenerse de intentar provocar risas y de agregar a sus respuestas comentarios que no le han sido pedidos. También se abstendrá usted de personalizar con el defensor.

Duncan vaciló un instante; luego respondió con hosquedad:

—Está bien, señor juez.

El juez Markham miró con fijeza al testigo y pareció a punto de agregar algo; pero acabó recostándose nuevamente en su asiento, le hizo una seña con la cabeza a Mason, y dijo:

—Prosiga, señor defensor.

—Con la venia del tribunal —observó Mason—, estoy dispuesto a aceptar la contestación del testigo tal como figura. No pido que sea tachada ninguna parte de ella. Quisiera interrogarle sobre esa declaración.

—Está bien —dijo el juez—; puede usted interrogarle todo lo que quiera sobre esa declaración, señor defensor.

Mason se puso en pie y miró con fijeza a Duncan.

—Conque estaba usted tan cansado de haberme oído hablar toda la noche que pudo usted volver a dormir, ¿no es eso?

—Eso es lo que dije.

—¿Habló usted con su cliente durante una hora aproximadamente después de haberse retirado los dos a sus cuartos?

—Sí.

—¿No le había producido mi conversación sueño suficiente para impedirle que permaneciese despierto y discutiera ciertos puntos de estrategia con su cliente?

—Hablé con él.

—¿Y se acostó a eso de las once?

—Sí.

—Sin embargo, después de cuatro horas de dormir, el efecto de mi conversación seguía siendo parte tan grande que la asombrosa aparición de un hombre enfundado en un camisón, con un cuchillo de trinchar en la mano y que merodeaba por la casa a la luz de la luna, no bastó para turbar su sueño. ¿No es eso?

—Me desperté y miré por el corredor.

—¿Y volvió a dormirse, señor Duncan?

—Volví a dormirme.

—¿A los pocos minutos?

—A los pocos minutos.

—Y ¿ha declarado usted bajo juramento que le fue posible hacerlo gracias al efecto fatigante de mi conversación?

—Usted ya sabe lo que quería decir.

—El único medio que tengo de saber lo que usted quería decir, señor Duncan, es lo que usted ha dicho, y ése, naturalmente, es el único medio de que dispone el jurado para saber lo que quería usted decir. Ahora, seamos francos con el jurado. Yo no hablé durante nuestra conferencia más que unos minutos, ¿no es cierto?

—No llevé la cuenta.

—En su mayor parte, mi conversación se compuso del vocablo «no» que empleé para rechazar exigencias, ¿no es cierto?

—No creo que sea preciso discutir eso.

—Pero cuando usted dijo que mi conversación le había fatigado tanto que no le costó ningún trabajo volver a dormirse, exageraba los hechos, ¿no es cierto?

—Volví a dormirme.

—Sí, señor Duncan; y el verdadero motivo de que volviera usted a dormirse fue que no vio nada alarmante en la figura aquélla, ¿no es así?

—Un hombre que ronda por la noche con un cuchillo de trinchar en la mano me resulta a mí una figura alarmante —contestó

Duncan, con aspereza—. No sé si le alarmaría a usted o no.

—Justo. Y si *hubiera* usted visto un cuchillo de trinchar en la mano de la persona a quien sorprendió andando por el patio a las tres de la mañana del día catorce, hubiese quedado usted lo bastante sobresaltado para avisar a la policía o despertar a toda la casa. ¿No es cierto?

—No le comprendo. Vi la figura, vi el cuchillo y volví a dormirme.

—Se lo preguntaré de otra manera: ¿No es cierto que usted *no vio* claramente el cuchillo de trinchar?

—Sí lo vi.

—¿Ese mismo cuchillo? —inquirió Mason, indicando el cuchillo manchado de sangre que había sido presentado como prueba.

—Ese mismo —respondió Duncan, con brusquedad.

Mason nada dijo; pero se le quedó mirando, con una sonrisa.

Duncan se agitó, inquieto, y agregó:

—Por lo menos un cuchillo parecido a ése.

Mason volvió a su mesa, abrió su cartera de documentos, extrajo un envoltorio, quitó el papel y exhibió un cuchillo de trinchar de mango de asta.

—Le entregaré este cuchillo de trinchar —le dijo al testigo— y le preguntaré si no es éste el cuchillo de trinchar que llevaba en la mano la figura que usted vio cruzar el patio.

Duncan contestó, con ferocidad:

—No lo es.

—¿Cómo sabe usted que no lo es?

—Pues… No creo que sea el mismo.

—¿Quiere usted que el tribunal y el jurado entiendan que vio el cuchillo de trinchar lo bastante claramente para poder identificarlo?

—No para identificarlo; pero sí para formarme una idea aproximada de cómo es.

—Y ¿está seguro de que no era éste el cuchillo?

—No creo que lo fuera.

—¿Está usted seguro de que no lo es?

—La verdad es que no puedo tener la certidumbre a la distancia que lo vi.

—Así, pues, no puede usted estar seguro de que el cuchillo que ha sido presentado por la fiscalía como pieza de Convicción Número

Dos es el mismo cuchillo, ¿verdad?

—No; no puedo estar seguro.

—Creo —dijo Mason— que voy a pedir al tribunal que haga marcar este cuchillo para su identificación como Pieza A de la defensa.

—Me opongo —tronó Burger—. Ese cuchillo, señor juez, no entra en el asunto para nada. Se trata, simplemente, de una estratagema mediante la cual el abogado de la defensa intenta hacer confuso el caso. Puedo demostrar que el abogado de la defensa obtuvo el cuchillo mucho después de cometido el asesinato por medio de una ferretería…

Mason se volvió hacia él como un salvaje; pero, antes de que pudiera interrumpir, el juez dio su decisión.

—Basta, señor fiscal. No nos interesa lo que pueda usted demostrar acerca del origen del cuchillo. Este testigo ha declarado que la figura que vio en el patio llevaba un cuchillo que él cree era la Pieza de Convicción Número Dos o, por lo menos, que era de parecido aspecto. Es interrogatorio legítimo presentar otro cuchillo y hacer las preguntas que ha hecho el señor Mason. No se hizo protesta alguna al serle dirigidas dichas preguntas al testigo. La defensa sólo pide ahora que el cuchillo sea marcado para su identificación, con el objeto de que pueda ser identificado el mismo cuchillo acerca del cual el testigo fue interrogado. La petición está en orden. El tribunal marcará el cuchillo para su identificación como Pieza A de la defensa.

Mason se volvió hacia Duncan y le preguntó:

—Señor Duncan, ¿no es cierto que el verdadero motivo de que pudiera usted volverse a dormir fue que no se dio usted cuenta, en aquel momento, de que la figura que usted veía llevaba un cuchillo?

—Vi que llevaba algo en la mano, algo que brillaba.

—Pero… ¿no es un hecho el que usted no se dio cuenta de que era un cuchillo y que no fue hasta después de haber sido descubierto el asesinato a la mañana siguiente que se le ocurrió a usted que debía de haber sido un cuchillo? ¿No vio usted, simplemente, una figura vestida de blanco que cruzaba el patio? ¿No creyó usted que era alguien que andaba en sueños? ¿No decidió usted que no se metería en eso? ¿No se limitó a protegerse contra toda intrusión cerrando la puerta con llave y luego se echó a

dormir?

—Yo no dije que el hombre ése estuviera andando en sueños.

—Pero yo le pregunto si no es eso un hecho.

—No.

—Y ¿no es cierto que el único motivo de que pudiera usted volverse a dormir fue porque no le vio un cuchillo en la mano con la suficiente claridad para reconocer lo que era el objeto?

—No; no lo creo.

—¿Puede usted ser un poco más concreto?

—Sí; vi el cuchillo.

—¿La figura se dirigió a la mesilla de café que había en el patio?

—Sí.

—¿La vio usted alzar la tapa de la mesilla?

—Sí.

—Y ¿vio luego a la figura abandonar la mesilla, cruzar el patio y salir de dicho patio por la puerta que usted ha señalado?

—Sí.

—Cuando la figura se alejó de la mesilla, ¿seguía llevando el cuchillo?

—Pues sí… No lo sé… No lo puedo asegurar.

—¿Diría que no llevaba el cuchillo?

—Ni afirmaría eso, ni afirmaría lo contrario.

—Así pues, ¿es posible que la figura dejara el cuchillo en el rectángulo que hay debajo de la parte superior de la mesa?

—No lo sé.

—¿Está usted seguro de que la figura llevaba un cuchillo antes de llegar a la mesilla?

—Protesto contra la pregunta por haber sido ésta hecha y contestada una docena de veces ya —dijo Burger.

—Le dejaré contestar a la pregunta otra vez —respondió el juez, inclinándose hacia delante y mirando con fijeza a Duncan.

—Sí —dijo éste—, llevaba un cuchillo en la mano.

—¿Está usted seguro de la identidad de la figura que vio?

—Sí.

—¿Era el acusado?

—Sí.

—¿Cómo iba vestido?

—No llevaba más que el camisón.

—¿Iba descalzo?

—Sí.

—¿A qué distancia se hallaba de usted cuando le vio por primera vez con claridad?

—Cruzó delante de mi ventana.

—¿Y proyectó su sombra sobre la cara de usted?

—Sí.

—Pero en aquel momento no podía verle usted con claridad. Estaba usted en la cama y despertó de un sueño profundo. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿A qué distancia se hallaba cuando le vio claramente por primera vez?

—No se lo puedo decir exactamente.

—¿Puede usted señalar el sitio aquí en el plano?

—Sí; estaba aquí, aproximadamente.

Mason marcó el sitio con lápiz; luego, consultando la escala a que estaba hecho el dibujo, dijo:

—En otras palabras, ¿se hallaba a unos once metros de distancia?

—Tal vez fuera algo así, sí.

—¿Estaba de espaldas a usted?

—Sí; creo que sí.

—Y, sin embargo, ¿le reconoció usted?

—Le reconocí.

—¿Comprende usted la importancia de ser completamente exacto en su testimonio?

—Sí.

—¿Comprende la gravedad de este juicio?

—Naturalmente.

—Y, sin embargo, ¿está usted dispuesto a jurar, positivamente, que la figura que usted vio, enfundada en un camisón, una figura que andaba alejándose de usted, a una distancia de once metros, a la luz de la luna, era el acusado?

—Sí.

—¿Consultó el reloj al levantarse?

—Sí.

—¿Y otra vez al acostarse?

—Creo que sí; sí.

—¿Qué hora era cuando se levantó usted?

—Las tres en punto.

—¿Qué hora era cuando se volvió a acostar?

—La misma hora, poco más o menos. No creo que hubieran transcurrido más de treinta segundos.

—Y ¿se fijó en las manecillas del reloj por segunda vez al acostarse?

—Sí.

—En realidad, ¿no eran las doce y cuarto?

—No.

—Cuando contó usted por primera vez lo que había visto, ¿no dijo usted entonces que eran las doce y cuarto?

—Es posible.

—Por entonces, el recuerdo era más vivido y fresco que ahora, ¿no?

—No.

—¿Que no lo era?

—No.

—¿He de entender por eso que en usted se hace más vivido el recuerdo con el transcurso del tiempo?

—En este caso sí.

—Porque cuando averiguó usted que el asesinato tenía que haberse perpetrado a las tres aproximadamente, transpuso la posición de las manecillas en su memoria para poder figurar y lucirse como testigo principal en este caso y…

El juez golpeó el estrado.

—Creo, señor defensor, que ese trozo acerca de lucirse como testigo principal es innecesario.

—Deseo mostrar el motivo que ha impulsado al testigo.

—¡No es cierto! —gritó Duncan—. Ahora sé que eran las tres de la mañana. No existe la menor probabilidad de que fueran las doce y cuarto.

—¿Tiene usted buena vista? —le preguntó Mason.

—Muy buena.

—Y ¿la tenía usted buena también la mañana del catorce?

—Naturalmente.

—Llevaba usted lentes, ¿verdad?

—He llevado lentes durante treinta y cinco años.

—Y ¿llevaba usted habitualmente lentes durante el período cubierto por su testimonio?

—Sí.

—¿Se puso usted los lentes cuando se levantó para asomarse a la ventana?

—No… Sí; supongo que sí. Creo que debo haberlo hecho.

—¿Por qué se los puso?

—Para ver con ellos, naturalmente.

Nuevas risas en la sala. Pero aquella vez, algo de la actitud de Mason hizo que se apagaran aun antes de que el alguacil llamara a los espectadores al orden.

—En otras palabras —dijo Perry—; cuando le despertó alguien que merodeaba por los alrededores de su cuarto a altas horas de la noche, lo primero que hizo usted al despertarse fue ponerse los lentes para poder ver mejor. ¿No es eso?

—¿Acaso hay algo malo en ello?

—No hay nada malo en ello, señor Duncan. Le pregunto si es eso lo ocurrido.

—Sí; supongo que sí.

—En otras palabras: usted sabía que, sin lentes, sus ojos resultarían poco menos que inservibles.

—Yo no he dicho eso.

—No —contestó Mason, sonriendo—; usted no lo dijo; pero sus actos lo dijeron más claramente que todas sus palabras. Se puso usted los lentes porque sabía que no podía ver sin ellos. ¿No es cierto?

—Sabía que me ayudarían a ver.

—Sabía que no podía ver con claridad a mucha distancia sin ellos. ¿Verdad?

—Desde luego, veo mucho mejor con ellos que sin ellos.

—Y con lentes, ¿su vista era buena?

—Sí.

—¿Diría usted que era perfecta?

—Yo diría que era normal.

—¿Perfectamente normal?

—Si quiere usted expresarlo así, sí.

—En tal caso —preguntó Mason, señalándole con el dedo—,

¿por qué fue que, inmediatamente después de haberle contado al fiscal lo que había visto, le envió a un oculista *para que le pusiera cristales nuevos*?

Burger gritó:

—¡No se le dijo que hiciera tal cosa! ¡No admito semejante insinuación!

—¿Por qué lo hizo? —le preguntó Mason a Duncan.

—Yo no dije que lo había hecho.

Mason se golpeó la mano con el puño.

—Lo digo yo, pues —afirmó—. ¿Por qué lo hizo?

Duncan se retorció, inquieto.

—Pues… porque quise.

—¿Por qué quiso usted?

—Quería hacerlo desde hace mucho tiempo; pero no había tenido ocasión. Estaba demasiado ocupado. Comprenderá usted que soy un abogado que tiene mucho trabajo.

—¡Ah! Así, pues, ¿hacía tiempo que había ido aplazando el momento?

—Sí.

—¿Estaba usted muy ocupado?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted muy ocupado?

—Hace años.

—Y ¿aplazó el comprarse lentes nuevos durante el tiempo que ha estado ocupado?

—Durante gran parte de él, sí.

—¿Había aplazado eso de comprar lentes nuevos durante años, pues?

—Sí… No; no es eso lo que quería decir.

—No importa lo que quisiera usted decir. ¿Cuál es la verdad? ¿Cuánto tiempo hace que aplaza el comprar lentes nuevos?

—No lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que se puso cristales nuevos antes del catorce de este mes?

—No se lo puedo decir.

—¿Tanto como cinco años?

—No lo sé.

—¿Tanto como diez años?

—No lo creo.

—Y la primera cosa que hizo usted después de contarle al fiscal lo que había visto fue salir a consultar a un oculista y comprarse cristales nuevos. ¿No es eso?

—No fue la primera cosa que hice.

—Fue, aproximadamente, lo primero que hizo, ¿verdad?

—Sí.

—Fue aquella misma noche, ¿verdad?

—Sí; fue aquella noche.

—¿Y encontró usted a un oculista en su despacho aquella noche?

—Sí.

La sonrisa de Mason se tornó diabólica.

—Le encontró usted allí, señor Duncan, porque había telefoneado previamente pidiéndole que le recibiese a aquella hora, ¿no es cierto?

Duncan vaciló un instante. Luego contestó:

—No; yo no le telefoneé.

Mason frunció el entrecejo un instante. Luego inquirió con voz triunfal:

—¿Quién le telefoneó, pues?

Blaine se puso en pie de un brinco.

—¡Señor juez —dijo—, protesto contra la pregunta por incompetente, incompatible y ajena a la causa! No afecta para nada al asunto quién fuera la persona que telefonease al oculista.

—Sí que lo afecta en vista de las contestaciones que el testigo ha estado dando a estas preguntas —afirmó Mason—. Este testigo es abogado. Tengo perfecto derecho a impugnar un testimonio demostrando el estado de su vista en el momento en cuestión. Este testigo ha confesado que necesitaba lentes y también ha reconocido que los lentes que llevaba eran insuficientes y lo habían sido durante muchos años. También tengo derecho a demostrar su parcialidad y su interés según se ha ido desprendiendo de sus respuestas evasivas.

—Creo —anunció el juez— que le permitiré contestar a esa pregunta. ¿Quién telefoneó al oculista, señor Duncan?

Duncan vaciló.

—Vamos —instó Mason—, responda.

En voz apenas perceptible, Duncan contestó:

—El señor Blaine.

—¿El fiscal segundo —inquirió Mason— que acaba de protestar a voz en grito contra mi pregunta por considerarla incompetente, incompatible y ajena a la causa?

Sonó una estruendosa carcajada en la sala. El juez frunció el entrecejo; luego se permitió media sonrisa.

—Basta, señor defensor —dijo con severidad. Luego, consultando el reloj—: Ha llegado la hora de levantar la sesión. Creo que hemos adelantado bastante hoy. Queda aplazada la causa hasta mañana. El tribunal va a encomendar el jurado a la custodia del sheriff, que no permitirá que se acerque a él persona alguna ni que le dirija la palabra a ninguno de sus componentes. Tampoco les dirigirá él la palabra, salvo en lo que se refiera a asuntos que no tengan relación alguna con la causa. Se levanta la sesión hasta mañana a las diez de la mañana.

Capítulo 20

Mason, que paseaba de un lado a otro de su despacho, miró con el entrecejo fruncido a Della Street. La iluminación indirecta no bastaba para suavizar las arrugas de preocupación que surcaban la frente del abogado.

—¡Maldito sea, Della! —dijo—. Este asunto no funciona.

—¿Por qué no funciona?

—No comprendo lo que puede haberle ocurrido a la señora Kent.

—¿No ha tenido ninguna noticia suya?

—Ni media. ¿Está segura de que Pritchard hizo amistad con ella?

—Completamente segura. Estaba trabajando como un negro para conquistarme a mí; pero me soltó como si fuera una brasa en cuanto le hablé del dinero de la señora Kent.

—¿Es guapo?

—Vaya.

—¿Consiguió que le diera un vuelco el corazón o que le entraran palpitaciones?

—A mí no; pero es muy guapo. Parece un Adonis en Hollywood.

—¿El cabello?

—Maravilloso, castaño oscuro, magníficamente ondulado. Tiene reflejos. Y hace juego con sus ojos. Cara aniñada sin una sola arruga. Un bigotito de esos. Lleva muy bien la ropa, y sus labios son fascinadores, sobre todo cuando habla. Se les ve formar las palabras tan bien… Y cuando baila se siente una tan ligera como un milano.

—¿Parecía picar ella?

—Ya lo creo. Le miraba con el corazón en los ojos.

Llamaron suavemente a la puerta del pasillo. Mason se quedó inmóvil. Fue repetido el golpe.

—Apuesto cinco dólares a que ésa es Doris Sully Kent —dijo.

Della echó a andar en dirección a la biblioteca.

—Ya sabía yo que ocurriría *algo* —exclamó, abriendo la puerta —. No se olvide de dar al interruptor del altavoz, jefe. Tengo lápices y un cuaderno ahí dentro.

Cerró la puerta tras sí de golpe.

Mason se acercó a la del pasillo. Doris Sully Kent le miró con una sonrisa.

—Ya sabía yo que lo encontraría aquí, señor Mason.

—Pase.

Ella entró en el cuarto, le dirigió una dulce sonrisa y se sentó en un sillón de forma que su rubia cabellera se destacara ventajosamente contra el cuero negro.

—¿Trabaja usted mucho? —preguntó.

—Sí.

—Siento mucho haberle interrumpido; pero creí que pudiera interesarle a usted lo que tengo que decirle.

—¿Tiene abogado?

—¡Quiá! Ahora no.

—¿Bien?

Ella extendió un dedo enguantado y trazó curvas en la falda por donde la tenía tirante sobre la pierna. Su mirada siguió los movimientos del dedo. Mientras hablaba, no miró al abogado ni una sola vez.

—He estado reflexionando —dijo—. Estoy dispuesta a reconocer que inicié ese pleito de Santa Bárbara porque sabía que Peter iba a volver a casarse y no vi yo motivo para dejarle derrochar su dinero con una cazafortunas. Tengo entendido que se trata de una enfermera. ¡Imagínese! ¡Casarse Peter con una enfermera!

—¿Qué hay de malo en ser enfermera?

—Todo… tratándose de Peter. Ella tiene que trabajar para vivir.

—Cosa de que debe estar orgullosa. Me gustan las mujeres que trabajan para ganarse honradamente la vida.

—No es eso. No es que yo me considere superior. Es que simplemente lo que ella buscaba es el dinero de Peter.

—No estoy de acuerdo con usted.

—No es preciso que lo discutamos, ¿no le parece?

—Fue usted quien suscitó la cuestión.

—Estaba tratando de explicarle por qué cambié de parecer.

—¿He de entender que intenta decirme que ha cambiado de parecer?

—Sí.

—¿Por qué?

—Decidí de pronto que aun cuando Peter esté un poco mal de la cabeza y quiera despilfarrar su dinero, yo no debiera impedírselo. Si eso es lo que necesita para ser feliz, quiero que sea feliz.

—¿Si, eh? —exclamó Mason con escepticismo.

—Ya sabía yo que no me creería —observó ella con hastío—; me cree usted fría y mercenaria. Me gustaría poder hacer algo para convencerle de que no soy así. Doy mucho valor a su opinión, señor Mason, mucho más, tal vez, de lo que usted se da cuenta. He conocido a muchos abogados, pero nunca he encontrado a uno que pareciera ser tan franco, tan vigoroso y tan… tan honrado como usted. Y me di cuenta de que yo no le era nada simpática. Por regla general, los hombres me encuentran simpática, me quieren… Quisiera de verdad serle simpática a usted.

Mason abrió la pitillera, se la ofreció. Doris tomó un cigarrillo, alzo bruscamente la vista, sonrió y dijo:

—Diga «Gracias».

—Gracias —respondió Mason sin entonación.

Le dio lumbre, encendió él y la miró a través de una nube de humo.

—¿Bien?

—El fiscal quiere hacerme ocupar el banquillo de los testigos.

—Para demostrar… ¿qué?

—Para demostrar que Peter intentó matarme con un cuchillo de trinchar.

—¿Cree poder usar su testimonio?

—Le citaré textualmente las palabras que empleó: «Tarde o temprano, Mason abrirá una puerta para que pueda usarla a usted de rechazo».

—¿Algo más?

—No me está usted facilitando mucho la cosa que digamos.

—Si supiera exactamente lo que está usted pensando —le dijo—, tal vez se la facilitaría con seguridad.

—Quiero dejar que Peter se divorcie.

—¿Por qué?

—Porque creo que es lo mejor para él.

—¿Y qué pasos piensa usted dar para conseguirlo?

—Quiero retirar todas mis demandas. Eso lo arreglaría todo. La sentencia definitiva ha sido dictada ya y, si lo retiro todo, dejaría libre a Peter. ¿No es así?

Mason no contestó directamente a la pregunta, sino que dijo:

—¿Cuánto esperaba usted exactamente a cambio?

—¿Por qué cree usted que espero algo?

—¿No lo esperaba?

—No soy mercenaria. No quiero ni un centavo del dinero de Peter; pero no sé hacer nada, no tengo profesión, carezco de habilidad… Ni siquiera sé escribir a máquina ni escribir al dictado en taquigrafía.

—¿Cuánto? —preguntó Perry.

Los ojos de Doris llamearon de pronto, pero volvieron a apagarse.

—¿Cuánto propondría *usted*? —inquirió con dulzura.

—Yo no podría proponerle nada.

—Usted podría sugerir lo que Peter estaría dispuesto a pagar, ¿eh?

—No.

—Aceptaría doscientos mil dólares en efectivo. Así podría seguir viviendo con el tren a que Peter me ha acostumbrado.

—No lo haga —le aconsejó Mason—; no vale la pena.

—¿Qué es lo que no vale la pena?

—Seguir viviendo a ese precio.

—¿Intenta decirme cómo he de vivir? —exclamó ella.

Él movió negativamente la cabeza y respondió:

—No; intento decirle lo que no puede usted sacar.

—¿Qué es lo que no puedo sacar?

—Doscientos mil dólares.

—No veo yo —aseguró ella, describiendo aún mayor número de curvas con el dedo— cómo iba a poder arreglarme con menos.

—Bueno. Está usted recibiendo ahora mil quinientos dólares al mes. Siga usted cobrándolos. Eso sería mucho mejor que una cantidad de golpe. Tendrá usted una renta mensual fija y, si sucediera algo, no quedaría usted olvidada.

—¿Cuánto tiempo continuaría eso?

—Indefinidamente, a no ser, como es natural, que se casara usted.

—No —repuso ella—; no quiero desangrarle a Peter de esa manera. Preferiría aceptar una pequeña cantidad y darlo por saldado todo.

—¿A qué llama usted una pequeña cantidad?

—A la de doscientos mil dólares.

Mason sacudió la cabeza.

—No; yo no aconsejaría a mi cliente que le pagara a usted una cantidad de golpe. Ha sido usted tan justa y tan buena persona, que debe usted quedarse con los mil quinientos dólares al mes. Yo creo que, a la larga estaría usted mucho mejor que si tuviese una cantidad grande de dinero.

—¿Y si rebajara?

—¿Cuánto?

—¿Y si le dijera a usted con exactitud mi último precio, señor Mason? Cien mil dólares.

Mason bostezó, se tapó la boca con dos dedos por cortesía y movió enérgica y negativamente la cabeza.

—Es *muy* difícil tratar con usted —dijo ella.

—Bueno, pues búsquese un abogado si lo piensa usted así, y trataré con usted por mediación de él.

—No quiero tener que repartirme el dinero con ningún abogado.

Mason se encogió de hombros.

Doris tiró de pronto el cigarrillo al suelo, se puso en pie de un brinco y dijo:

—Bueno, ¡hágame usted una oferta! ¡No se quede ahí plantado como un pasmarote! Tengo cosas que hacer.

—¿Cuáles? —inquirió Mason, enarcando las cejas.

—Eso a usted no le importa un comino. Hágame una oferta.

—¿De qué?

—Una oferta para liquidación total en toda línea.

—¿Se retirará usted?

—Ya lo creo que me retiraré.

—¿Sin molestar a Peter ni volverle a ver?

—Si nunca vuelvo a verle, aún me parecerá demasiado pronto.

Mason movió negativamente la cabeza y dijo despacio:

—No; yo creo que mi cliente ha cambiado de opinión en eso de volverse a casar. Sin ir más lejos, ayer estaba hablando de lo hermosa que era usted. Con franqueza, creo que pudiera ser posible una reconciliación.

—Yo no quiero una reconciliación.

Mason se encogió de hombros.

—Escuche —dijo ella, de pie aún, los ojos brillantes y encendidas las mejillas—: leí en el periódico las notas taquigráficas del juicio.

—¿Y qué?

—Pues que a Maddox se le interrogará acerca de una llamada telefónica.

—¿Bien?

—¿Y si pudiera usted demostrar que miente? —insinuó Doris.

—Eso —contestó Mason— sería muy ventajoso.

—Bueno, pues supóngase que me presento yo en el banquillo de los testigos y confieso haber recibido una llamada telefónica de ese hombre. ¿Cuánto valdría eso para usted?

—Ni un centavo. No pensamos comprarle declaraciones propias a nadie.

—Pero ¿y si fuera verdad?

—¿*Es* verdad?

—No pienso contestar a esa pregunta aún.

—Cuando comparezca usted ante el tribunal responderá a esa pregunta.

—Y responderé como me dé la realísima gana —dijo ella, acercándose a la esquina de la mesa y golpeándola con el puño—. No crea que me voy a dejar avasallar por usted, señor Perry Mason.

—¿Es posible que fuera usted capaz de perjurarse?

—¡Claro que sería capaz de perjurarme! ¡Qué asco me dan los hombres! Le mienten a una mujer mil años seguidos, y si a la mujer se le ocurre corresponderles con una mentira, la creen embustera… ¡Deme cincuenta mil dólares!

Mason negó con la cabeza.

Doris crispó las manos.

—Le recomendaría veinticinco mil a mi cliente —dijo muy despacio.

—Él los pagaría si se lo recomendara usted.

—Lo recomendaría si dijese usted toda la verdad.

—¿Trato hecho? —inquirió ella.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Maldita sea su estampa! —exclamó la mujer—. ¡Le odio! Si Peter no hubiera estado en la cárcel por este asunto, hubiera podido ir a él y haberle sacado doscientos mil dólares sin la menor dificultad. Tal vez más.

—Ódieme cuanto quiera —le dijo Mason, sonriendo.

—Sí que le odio; pero si alguna vez me encuentro metida en un lío, usted va a ser mi abogado.

—¿Quiere usted decir con eso que piensa asesinar a algún marido el día menos pensado?

La ira se desvaneció de sus ojos poco a poco. Se sentó en el brazo del sillón y dijo:

—No sea usted bobo. ¿Tengo yo cara de ser tonta? No sería yo quien matara a la gallina de los huevos de oro.

—Bien; le conseguiré a usted veinticinco mil dólares.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. El cheque será entregado antes de que suba al banquillo de los testigos, para que no quede pendiente ninguna cuestión entre usted y su esposo cuando dé testimonio.

—Suba a treinta mil.

—Veinticinco mil —contestó él irrevocablemente.

Doris suspiró.

—¿Y su conversación con Maddox? —preguntó Mason.

—¿Quiere saberlo todo?

—Sí.

—Duncan se puso en contacto conmigo primero. Me dijo que era el abogado de Maddox. Me llamó a eso de las once y dijo que quería que celebráramos una conferencia y propuso que nos reuniéramos en las oficinas de mi abogado. Luego, a las tres de la mañana, Maddox me telefoneó y yo le expliqué que ya había discutido el asunto con su abogado.

—¿Celebraron ustedes la conferencia?

—Sí.

—¿Qué propusieron ellos?

—Debieron de creer que yo era tonta. Querían que firmara yo un contrato *escrito* por el cual ellos se comprometían a ayudarme a

hacer declarar incompetente a Peter, y yo, a cambio, había de renunciar a todos los derechos de Peter en la Compañía Fabril Maddox y entregarles cien mil dólares cuando consiguiera la tutoría de los bienes de Peter.

—¿Qué les dijo usted?

—Les dije que tendría que pensarlo.

—¿Les dijo usted cuánto tiempo iba a pasar pensándolo?

—No, señor.

—¿Intentaron meterle prisa?

—Naturalmente.

—¿Sabe usted con exactitud a qué hora la llamó Duncan?

—No; fue alrededor de las once… entre diez y once.

—¿Cuándo le telefoneó Maddox exactamente?

—A las tres de la madrugada. Me fijé en el reloj. Me dio una rabia enorme que me despertaran a esa hora porque no podía volverme a dormir.

Mason tomó unas hojas escritas a máquina de encima de la mesa.

—¿Dijo usted —preguntó— al contestarle a Maddox por teléfono estas palabras?

Y leyó lentamente:

—«Diga… Sí; la señora Kent al habla… Sí; la señora Doris Sully Kent, de Santa Bárbara… ¿Tiene la bondad de repetir su nombre?… Maddox… No comprendo por qué me llama usted a estas horas… Creí que todo eso estaba arreglado… Su abogado me propuso una conferencia y me reuniré con usted de acuerdo con lo convenido… Puede ponerse en contacto con Sam Hettley, de la Hettley y Hettley, si quiere usted más informes. Adiós».

—¡Sí, en efecto! —exclamó ella—. ¡Ésas deben haber sido exactamente mis palabras! ¿Cómo lo sabe usted?

Mason movió negativamente la cabeza y prosiguió:

—¿Qué hizo usted entonces?

—Intenté dormir durante una hora o así y luego me metí en mi coche y me trasladé a Los Ángeles.

—¿Dónde estaba su coche?

—Dio la casualidad que se encontraba en el garaje de unos vecinos, a media manzana de mi casa.

—¿Hizo usted el menor esfuerzo por salir de su casa sin ser

vista?

—Conscientemente, no. Había habido alguien rondando por delante de la casa. Pensé que tal vez habría decidido Peter encargar a un detective que me vigilara, cosa que hubiera sido tonta porque nunca se me hubiese ocurrido dejar una pista que pudiera él seguir. No sería la primera vez que intentaran vigilarme detectives.

—Conque, ¿intentó salir sigilosamente?

—No salí con una banda de música, desde luego.

—¿Salió por la puerta falsa?

—Sí.

—¿Y por la calzada de cemento?

—No; caminé por la hierba de la orilla.

—Para que no hicieran ruido sus pisadas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y no la siguieron cuando vino usted a Los Ángeles?

—No; pero en el vestíbulo del edificio en que se encuentra el despacho de mi abogado me topé con un hombre que parecía detective. Me asusté un poco. Le dije a mi abogado que tuviera más cuidado y arreglara las cosas de forma que Maddox y Duncan no abandonaran el despacho hasta una hora después de haber salido yo.

—Una pregunta más. ¿Dónde estaba usted el día trece?

—¿El día antes del asesinato?

—Sí.

—En Los Ángeles.

—¿Qué hacía?

—Estaba de compras y con el fin de consultar a mis abogados.

—¿Nada más?

Reflexionó ella un instante; rió y repuso:

—Vi a Peter en la calle y le seguí un rato.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por curiosidad seguramente. Le seguí hasta aquí y supe que había estado consultándole a usted. Yo había despedido a mis abogados de Santa Bárbara y, al ver que Peter venía aquí, comprendí que se estaba preparando un desenlace. Conque fue entonces cuando me decidí a ver al abogado Hettley.

—¿Hasta cuándo siguió usted al señor Kent?

—Hasta que salió para Hollywood. Pensé en pararle y pedirle un

arreglo. Ahora siento no haberlo hecho.

—Eso —dijo Mason— está mejor. Puesto que su comparecencia ante el tribunal ha sido hecha por mediación de Hettley y Hettley, tendría usted que pedirles que le firmen una liberación de todo compromiso. En cuanto me traiga usted esa liberación, le tendré preparado un cheque por el valor de veinticinco mil dólares.

—Esto está todo arreglado. Hice que Hettley y Hettley firmaran la petición de despedida, y todo eso hace un par de días; traigo conmigo todos los documentos necesarios.

—¿Cómo consiguió que hicieran eso?

—¿Es preciso que hablemos de ello?

—Me gustaría obtener un cuadro completo de la situación.

—Fue muy sencillo —contestó ella, sonriendo—. Les dije que había hecho algunos alegatos perjuros en mi demanda y les pregunté si querían seguir adelante aún con el asunto en vista de eso. Les dije que había hecho algunas confesiones bastante perjudiciales a una joven muy linda que luego resultó ser detective y que la parte contraria estaba enterada de mi perjurio. Naturalmente, les entraron ganas de salirse del asunto, me dijeron que no volviera a pisar su despacho. Les pagué quinientos dólares por extender todos los documentos necesarios y ellos se lavaron las manos en el asunto.

—¿Tiene usted la costumbre de sacarle siempre provecho a todo?

—Claro que sí. Soy atractiva. Los hombres nunca se casaron conmigo por amor… por lo menos la clase de hombres con quienes yo me casé. Era buitres viejos con dinero… Si alguna vez vuelvo a casarme será por amor estoy harta ya de ir a la caza de fortunas.

—¿Piensa usted en casarse?

—No; claro que no.

—Está bien; le tendré preparado el dinero por la mañana.

La acompañó hasta la puerta. Doris se volvió en el pasillo y dijo:

—No les dirá nada a Hettley y Hettley de la jugada que les he hecho, ¿verdad?

—No hay cuidado. Lo único que quiero es tener los documentos de liberación y de anulación de la causa en debida forma y usted recibirá sus veinticinco mil dólares. También usted será citada como testigo de cargo.

—Magnífico.

—Y no cometa usted el error de querer cambiar de criterio cuando le tenga yo en el banquillo de los testigos.

—No se preocupe —contestó ella—; tengo suficiente conocimiento para saber cuándo ando jugando con dinamita. Seré leal con usted, señor Mason, se lo aseguro.

El hizo una leve reverencia, sonrió y cerró la puerta.

Della Street salió de la biblioteca con un cuaderno y unos lápices.

—¡La dama traicionera! —dijo—. ¡Le arrancaría los pelos de muy buena gana! ¡Qué sinvergüenza está hecha!

Mason rió y dijo:

—Es persona lo bastante hábil para hacerle una trastada a Hettley y Hettley y merece lo que pueda sacar. Han ido los dos de pillo a pillo. Ellos creyeron que iban a poder sangrarla por todo lo alto, pero ella les ha ganado en viveza.

—No sabe lo mal que me supo ver que usted le prometía veinticinco mil dólares —dijo Della—. Apostaría a que hubiese retirado el pleito de todas formas. Está loca por Pritchard.

—No se preocupe —le dijo Mason—; su amigo George Pritchard se quedará con la mayor parte. Y necesita el dinero para pagarle a Myrna Duchene. Podría usted llamar a Myrna por teléfono e insinuar que éste sería un buen momento para presentarse ante Pritchard y amenazarle con hacerle detener a menos que le devuelva su dinero mañana por la mañana a más tardar.

Della Street alargó la mano hacia el teléfono.

—Con *muchísimo* gusto —contestó.

Capítulo 21

El juez Markham se dejó caer en su sillón giratorio, miró en dirección al jurado y dijo:

—¿Puede estipularse, señores, que los jurados se hallan todos presentes, y que el acusado se encuentra ante el tribunal?

—Queda estipulado así —contestó Mason.

—Y así queda estipulado por la fiscalía —agregó Hamilton Burger.

—Creo que el señor Duncan se hallaba en el banquillo de los testigos para continuar el interrogatorio —observó el juez—. Preséntese, señor Duncan.

Duncan acercóse con aire de importancia.

—Voy a refrescar lo manifestado por el señor Duncan —dijo Mason cuando el testigo hubo tomado asiento—. Si no me equivoco, afirmó usted, señor Duncan, que habló con su cliente señor Maddox hasta cerca de las once y que luego se acostó.

—Sí; a eso de las once.

—Así, pues, ¿estuvo usted en la alcoba de su cliente hasta las once aproximadamente?

—Sí.

—¿Entró usted en dicha alcoba al terminar la conferencia de que habló usted ayer?

—Sí.

—¿Y permaneció allí durante ese tiempo?

—Sí.

—¿Está usted seguro de que no salió de la casa?

—Sí; yo…

Su voz se apagó.

—Siga —le instó Mason.

—No veo yo que eso importe —contestó Duncan con

brusquedad, dirigiendo una rápida mirada al fiscal.

—Señor juez —dijo—, me opongo a esa pregunta por incompetente, ajena al caso y por no constituir interrogatorio admisible.

—No se admite la protesta —decretó Markham con brusquedad.

—Ahora que lo pienso —declaró Duncan—, *sí* que salí unos momentos.

—¿Le acompañó el señor Maddox?

—Sí.

—¿Dónde fueron ustedes?

—A una droguería situada un par de manzanas más allá de la casa.

—¿Cuánto tiempo permanecieron en ella?

—Unos diez minutos.

—Y durante esos diez minutos, ¿qué hicieron ustedes?

—Inadmisible por incompetente, ajeno al caso e interrogatorio indebido. El interrogatorio directo de este testigo tenía por objeto fijar una hora y aquella en que se acostó. El testigo la ha fijado explicando lo que hizo durante la noche. Cuando la defensa demuestra que el testigo salió, no importa para nada dónde fue ni qué hizo. Sólo es cuestión de determinar durante cuánto tiempo estuvo ausente.

—Creo que admitiré esa protesta —anunció el juez.

—¿Puso usted una conferencia telefónica? —inquirió Mason.

—¡Misma objeción!

—Misma decisión —contestó el juez.

—¿No es cierto que a las once en punto de la noche estaban pidiendo una conferencia telefónica con la señora Doris Sully Kent, de Santa Bárbara, y que, por consiguiente, no podían haber estado en casa del señor Kent?

—¡Misma objeción! —exclamó Burger con brusquedad.

—Si el señor defensor modifica esa pregunta de manera que se le pregunte al testigo si no estaba pidiendo una conferencia telefónica en algún otro lugar en la hora en que el testigo ha afirmado anteriormente que volvió a la casa, permitiré la pregunta —decretó el juez—. Pero no considero necesario, pertinente, ni interrogatorio legal el incluir en dicha pregunta el nombre de una persona con quien se estaba pidiendo conferencia telefónica.

—Está bien —dijo Mason—; ¿no hizo usted una llamada telefónica a las once en punto desde la droguería, señor Duncan?

—Fue antes de las once. A las once menos cinco. Estábamos de vuelta en casa a las once.

Mason sonrió y dijo:

—Nada más.

Burger y Blaine hablaron unos momentos en susurros. Luego anunció Burger:

—No tenemos más preguntas que hacer, señor juez. Nuestro testigo siguiente es Edna Hammer. Creo que el tribunal se dará cuenta de que esta joven, sobrina del acusado, es testigo hostil. Tal vez sea necesario que la interrogue mediante preguntas especiales…

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él —le interrumpió el juez—. Señorita Hammer, ocupe el banquillo de los testigos.

Edna Hammer se presentó, tomó juramento y se sentó, un tanto temblorosa. Tenía el rostro pálido y demacrado.

—¿Se llama usted Edna Hammer, es sobrina del acusado y vivía con él en su casa, el número 3824 de Lakeview Terrace, en Hollywood?

—Sí, señor.

—¿Le es conocido el aspecto de cierto cuchillo de trinchar que se guardaba habitualmente en el cajón superior del aparador de la casa del acusado?

—Sí, señor.

—¿Vio usted ese cuchillo en la mañana del trece?

Ella bajó la vista, se mordió los labios y nada dijo.

—Responda —ordenó el juez.

—Vi un cuchillo que se le parecía.

—¿Dónde estaba ese cuchillo?

—Inadmisible por incompetente y ajeno al caso dijo Mason.

—Tenemos la intención de demostrar, señor juez, que se hallaba en posesión del acusado.

—Teniendo en cuenta esa intención, queda rechazada la protesta.

—Responda —dijo Burger.

—Vi un cuchillo de trinchar, de aspecto igual al que se hallaba en el cuarto de mi tío, debajo de la almohada de su cama.

—¿Eso fue la mañana del trece?

—Sí.

—¿Qué hizo usted con el cuchillo de trinchar?

—Lo metí en el cajón del aparador.

—¿Le habló a su tío de haberlo encontrado?

—No.

—¿Tomó usted precauciones de alguna clase para impedir que dicho cuchillo cayera en manos de su tío después de haberlo guardado en el cajón del aparador?

—Cerré con llave el cajón del aparador la noche del trece.

—Y, ¿cuándo volvió usted a ver el cuchillo de trinchar?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe?

—Vi un cuchillo de trinchar; pero no estoy segura de que fuera el mismo.

—Llamo su atención hacia el cuchillo presentado como Pieza de Convicción Número Dos. ¿Vio usted ese cuchillo la mañana del catorce?

—Sí…, supongo que sí.

—¿Dónde?

—Debajo de la almohada de la cama de mi tío.

—Y, ¿se hallaba, aproximadamente, en el mismo estado en que se encuentra ahora? Es decir, en cuanto se refiere a las manchas de la hoja.

—Sí.

—Ahora bien; cuando cerró usted con llave el cajón la noche del trece, ¿estaba el cuchillo dentro?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabe?

—Porque no abrí el cajón para mirarlo.

—¿Quién se hallaba acompañándola a usted en aquel momento?

—Protesto contra la pregunta, por incompetente y ajena al asunto —dijo Mason.

—Rechazo la protesta —dijo el juez.

—El señor Mason —contestó Edna.

—¿Se refiere usted a Perry Mason, el abogado, que está sentado aquí en esta sala?

—Sí, señor.

—¿Se diferencia en algo el cuchillo presentado como Pieza de Convicción Número Dos del cuchillo que introdujo en el cajón del aparador la mañana del trece?

—No lo creo. Es similar al cuchillo que metí en el cajón en dicho momento.

—Cuando hizo usted su primera declaración a la policía en la mañana del catorce, afirmó que se trataba del mismo cuchillo, ¿no es cierto?

El juez dirigió una mirada a Perry Mason, como si esperara oírle protestar; pero Mason siguió inmóvil y atento a lo que se decía.

—Sí; creo que sí.

—Ahora sólo quiere reconocer que es parecido al cuchillo que encontró usted debajo de la almohada de su tío la mañana del catorce y metió en el cajón. ¿Puede usted explicar la aparente discrepancia entre estas preguntas?

—Sólo que, cuando reflexioné acerca del asunto, me di cuenta que muchos cuchillos pueden parecer iguales.

—Y, que usted sepa, este cuchillo presentado como Pieza de Convicción Número Dos es el mismo cuchillo que encontró debajo de la almohada del acusado la mañana del trece y guardó usted en el cajón del aparador. ¿No es cierto, señorita Hammer?

—Es de aspecto similar a dicho cuchillo —contestó ella.

—Puede usted interrogar si quiere —anunció Hamilton Burger triunfalmente.

Mason empezó sus preguntas en tono apaciguador:

—¿Cómo es que acertó usted a encontrar el cuchillo debajo de la almohada de su tío en la mañana del trece, señorita Hammer?

—Pues… pues… estaba preocupada por él.

—En otras palabras, tenía usted motivos para creer que pudiera haber estado andando en sueños la noche anterior. ¿No es eso?

—Sí.

—Y, ¿la ansiedad que usted experimentaba acerca de un sonambulismo se debía al hecho de que iba aproximándose la época del plenilunio?

—Sí —respondió Edna, en voz baja.

—¿Cómo sabía usted, señorita Hammer, que los sonámbulos acostumbran acusar mayor actividad durante la luna llena?

—Lo leí.

—¿En un libro?

—Sí.

—¿De dónde sacó usted ese libro?

—Lo pedí por correo.

—¿Había estudiado usted ese libro antes del tiempo en que cerró con llave el cajón del aparador?

—Sí, señor.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Seis semanas, o dos meses, tal vez.

—Ahora observe usted el cuchillo marcado Pieza A de la defensa. Quiero preguntarle si lo ha visto en algún sitio antes de ahora.

—Sí, señor.

—¿Introdujo usted ese cuchillo en el cajón del aparador en fecha posterior al asesinato de acuerdo con instrucciones mías?

Hamilton Burger se puso en pie de un brinco, empezó a objetar algo y luego se dejó caer lentamente en su asiento.

—Sí, señor.

—Yo le dije a usted, según creo —dijo Mason, dirigiéndole una sonrisa al fiscal—, que deseaba plantar el cuchillo en el cajón del aparador para que el sargento Holcomb lo descubriera a la mañana siguiente; que deseaba armar una confusión y hacerle difícil al fiscal conseguir que los testigos identificaran el cuchillo con el que se cometió el asesinato como el cuchillo que había estado en el cajón del aparador, ¿no es cierto?

El fiscal parpadeó, como si dudara de su sentido. El juez se inclinó hacia delante, empezó a decir algo, hizo una pausa y miró con fijeza a Mason, muy abiertos de sorpresa los ojos.

Blaine se puso en pie de un brinco.

—Señor juez, opino que debiera advertírsele al señor defensor que, si esa pregunta es contestada afirmativamente, la fiscalía no puede cerrar los ojos ante el suceso, sino que dará pasos para asegurarse de que conducta tan contraria a la profesión…

El fiscal asió a su ayudante de la chaqueta y volvió a sentarle de un tirón.

—Conteste usted, Edna —dijo Mason, sin hacer caso del comentario de Blaine.

—Sí, señor.

—¿Y el cuchillo que yo le di es el que he hecho marcar yo Pieza A de la defensa?

—Sí, señor; creo que sí.

Edna Hammer hablaba en voy baja y cohibida. En sus ojos se reflejaba la confusión que reinaba en su mente.

—Y, ¿encerró usted con llave en el cajón este cuchillo, Pieza A de la defensa?

—Sí.

—Pero, ¿no estaba en el cajón cuando lo abrió usted a la mañana siguiente?

—No, señor.

Mason dijo bondadosamente, casi en tono de conversación normal:

—Conque… ¿hace seis semanas o dos meses que sabe usted que anda en sueños, Edna?

El fiscal y su ayudante estaban celebrando una consulta en susurros. La pregunta les pasó inadvertida. Edna Hammer, completamente aturdida, había proclamado públicamente su conspiración; estaba desprevenida.

—Sí, señor —contestó automáticamente.

Fue el juez Markham el que se dio cuenta del significado de la pregunta y de la respuesta. Se inclinó hacia delante para mirar a la testigo y dijo:

—¿Qué contesta usted?

—Sí, señor —repitió Edna.

Y dándose cuenta de pronto de lo que había dicho, agregó:

—Oh, no quise decir eso…, no quise…

—¿Qué quería usted decir, Edna? —inquirió Mason.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —gritó Burger, poniéndose en pie —. Protesto. No es interrogatorio legal.

—La pregunta relacionada con su sonambulismo ha sido hecha ya y contestada —dijo Mason—. Ahora le estoy dando una oportunidad para que explique lo que quería decir con su contestación.

—Y yo protesto.

—Está bien, señor juez; retiro la pregunta. La primera contestación habla por sí sola.

Burger, muy molesto, volvió a sentarse.

Mason preguntó en tono bondadoso:

—¿Acostumbra usted usar ese receptáculo de debajo de la mesita como lugar en que esconder cosas de vez en cuando, Edna?

—Sí, señor.

—De forma que, cuando cerró usted con llave el cajón del aparador la noche del trece y se durmió pensando que su tío pudiera apoderarse del cuchillo mientras andaba en sueños, usted fue la que anduvo en sueños y, no fiándose de la cerradura del cajón del aparador como protección suficiente para el cuchillo, lo sacó usted del cajón y lo depositó en el receptáculo de la mesilla de café a las doce y cuarto en punto, ¿no es cierto?

—¡Protesto! —gritó Burger—. Eso no es un interrogatorio legal. Es argumentativo. Es de todo punto inadmisible. No ha sido preparada una base.

—Ya lo creo que ha sido preparada y sentada —aseguró Mason —. Esta testigo ha declarado haber visto el cuchillo en la mañana del trece y que la siguiente vez en que había visto el cuchillo era la mañana del catorce, es decir, cuando ella lo sacó del cajón del aparador.

—Pero —protestó Burger— si lo hizo en estado de sonambulismo, no tendrá la menor idea de haberlo hecho.

—En tal caso —respondió Mason— puede responder a la pregunta diciendo: «No lo sé».

El juez movió afirmativamente la cabeza.

—Queda rechazada la objeción —decretó.

Edna Hammer contestó con voz que casi era un gemido:

—No lo sé.

Mason hizo un gesto con la mano, como despidiéndola.

—Nada más —dijo.

Hamilton Burger miró a Blaine y ambos celebraron una consulta en voz baja.

—¿Hay interrogatorio redirecto? —inquirió el juez.

—Si el tribunal quisiera excusarnos unos momentos —dijo Hamilton—, este asunto ha tomado un cariz singular.

Blaine susurró algo con vehemencia; pero Burger movió negativamente la cabeza.

Al cabo de unos instantes, dijo el fiscal.

—Está bien; le haré unas cuantas preguntas a la señorita

Hammer en interrogatorio redirecto. ¿Le he oído a usted decir que ha estado andando en sueños, señorita Hammer?

—Sí.

—¿Cuándo supo usted por primera vez que era sonámbula?

—Estaba preocupada por ciertos documentos bastante importantes de tío Pete. Los había dejado él en la mesa de escritorio de la sala. Yo le dije que nadie los tocaría allí. Me acosté preocupada y, por la mañana, cuando me levanté, los documentos estaban en mi cuarto, debajo de la almohada.

Burger se volvió hacia Blaine. Parecía decirle con su gesto: «Ya se lo había dicho yo». Blaine se retorció inquieto, y le sugirió varias otras cosas en voz baja.

Burger volvió a encararse con la muchacha.

—¿Por qué no nos dijo usted eso? —preguntó en tono de sorpresa.

—Nadie me lo preguntó.

—Y, ¿compró usted ese libro sobre sonambulismo por entonces?

—Lo mandé pedir, sí.

—¿Por qué?

—Porque quería averiguar y ver si podía curarme y quería averiguar si era hereditario. En otras palabras: deseaba averiguar si sería un defecto de familia.

—Y, ¿volvió usted a andar en sueños?

—Sí.

Burger se volvió con rabia a Blaine.

Mason, mirando en dirección a la mesa del fiscal, dirigió una sonrisa a los dos hombres que discutían vivamente en voz demasiado baja para que los espectadores pudieran oír lo que se decía; pero lo bastante alta para que se notara el tono exasperado de Burger.

—Nada más —exclamó Burger con brusquedad, haciendo caso omiso de lo que Blaine le sugería en voz baja.

—¿Desea interrogar a la testigo de nuevo? —inquirió el juez mirando a Perry Mason.

Éste movió negativamente la cabeza.

—No, señor juez; yo estoy completamente satisfecho con el testimonio de la testigo.

—Nada más, señorita Hammer —dijo el juez—. Llame a su

testigo, señor Burger.

—Que comparezca Jerry Harris.

Harris dirigió una mirada llena de solicitud a Edna Hammer al acercarse al banquillo. Edna le sonrió débilmente.

Cuando Harris hubo prestado testimonio, Burger echó a un lado lo que le sugería Blaine en voz baja y empezó el interrogatorio.

—¿Se llama usted Jerry Harris?

—Sí.

—¿Conoce usted al acusado Peter Kent?

—Sí.

—¿Estaba usted en su casa la noche del trece?

—Sí.

—Le enseño un cuchillo, señor Harris, que ha sido preparado como Pieza de Convicción Número Dos y le pregunto si ha visto este cuchillo anteriormente.

—Sí; en varias ocasiones.

—¿Dónde?

—Siendo invitado en casa del señor Kent. Era el cuchillo que empleaba para trinchar pavo y carne asada. Creo que había un juego de trinchar más pequeño para filetes.

—¿Sabe usted en qué lugar de la casa se guardaba este cuchillo?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el aparador del comedor.

—¿Sabe usted exactamente en qué parte del aparador se conservaba?

—Sí, señor; en el cajón de arriba. Había una especie de receptáculo forrado de terciopelo construido para colocar dentro dicho cuchillo.

—¿Tuvo usted ocasión de dirigirse a dicho cajón la noche del trece de este mes?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las nueve cuarenta, aproximadamente.

—¿Qué buscaba usted?

—Accesorios con los que preparar unas bebidas.

—¿Estaba el cuchillo de trinchar en el cajón aquella hora?

—No.

—¿Está usted seguro?

—Por completo.

—¿Tenía cerradura el cajón del aparador?

—Sí, señor.

—¿Estaba cerrado el cajón con llave o estaba abierto a la hora mencionada por usted?

—Abierto.

—¿Dónde estaba usted a la hora en que se cometió el asesinato?

—En Santa Bárbara.

—¿Quién le mandó a usted allí?

—Peter Kent.

—¿A instancias de quién?

—A instancias de Perry Mason.

—¿Sabe usted si el mayordomo, señor Coulter, fue al cajón del aparador aquella noche?

—Sé de una ocasión en que fue, sí.

—¿Fue eso antes o después de la ocasión en que observó que el cuchillo de trinchar no se hallaba en el cajón?

Harris se agitó, nervioso, y dijo:

—Preferiría no contestar de momento a esa pregunta.

—Sus preferencias no tienen nada que ver con el asunto. Se halla aquí como testigo y bajo juramento. Responda a la pregunta.

Harris dijo con voz ahogada:

—Antes.

—Alce la voz —ordenó Burger— para que lo oiga el jurado. ¿Que dijo usted?

—Dije que fue antes.

—¿Cómo lo sabe?

—Vi al señor Coulter junto al aparador.

—¿Qué estaba haciendo?

—Tenía el cajón abierto. No sé si habría estado guardando o sacando algo. Cerró el cajón y se alejó.

—¿Cuánto tiempo fue eso antes de que abriera el cajón del aparador?

—Unos cinco minutos, creo yo.

Burger hizo un movimiento triunfal con la cabeza en dirección a Perry Mason.

—Puede usted —dijo— interrogarle.

Mason preguntó casi como si sostuviera una conversación normal:

—A propósito: está usted casado secretamente con Edna Hammer, la testigo que ahora acaba de declarar, ¿no es cierto?

En la sala, que había estado sumida en hondo silencio desde hacía unos minutos, se notó el susurro de brusco movimiento al inclinarse los espectadores hacia adelante para oír la contestación de Harris.

Éste vaciló un instante. Luego respondió:

—Sí; lo estoy.

—¿Cuándo se casó usted con ella?

—El día diez del mes pasado.

—¿Dónde?

—En Yuma, Arizona.

—¿Se guardó secreto del matrimonio?

—Sí, señor.

—Después de la boda ésa, Edna Hammer instaló una cerradura de resorte en la puerta de su alcoba, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Usted —inquirió Mason— tenía una llave de esa cerradura?

Harris dio muestras de embarazo, Burger se puso en pie de un brinco y exclamó:

—Eso, señor juez, es inadmisible. No es un interrogatorio legal.

—Retiraré la pregunta —dijo Mason—, reservándome el derecho de volverla a hacer más tarde, después de haber sentado debidamente una base.

Burger volvió a sentarse muy despacio, indicando con su actitud que estaba preparado para saltar en pie de nuevo.

Mason, arrellanado cómodamente en su asiento y cruzadas las largas piernas, parecía estarse divirtiendo enormemente.

—¿Conque fue usted a Santa Bárbara la noche del asesinato? —inquirió.

—Sí, señor.

—Y, ¿fue a instancias mías?

—Sí, señor.

—¿Quién le acompañó?

—La señorita Warrington, secretaria del señor Kent.

—¿Alguien más?

—No, señor.

—¿Está usted seguro de eso?

—Sí, señor.

—Creo que fue usted a la residencia de la señora Doris Sully Kent.

Burger dijo:

—Un momento, señor juez. Opino que la pregunta es claramente incompetente, ajena al asunto y que no le afecta para nada, además de no ser forma legal de interrogar. No hace al caso dónde fuera ni lo que hiciera mientras estuviese en Santa Bárbara.

Mason sonrió y repuso:

—El propio señor fiscal me ha abierto la puerta, señor juez. Al intentar demostrarle al jurado que me hallaba yo encargado de los asuntos en la casa y que era yo quien había mandado a este testigo a Santa Bárbara, le pregunté dónde se encontraba a la hora del asesinato. Yo, por consiguiente, tengo perfecto derecho a investigar con mucho cuidado y con todo lujo de detalles con el fin de explotar esta fase del testimonio.

El juez empezó a decir algo; luego se contuvo y decretó:

—Se rechaza la objeción.

—Responda, señor Harris. ¿Fue usted a la residencia de la señora Doris Sully Kent?

—Sí.

—¿Qué hizo usted al llegar a Santa Bárbara?

—Me dirigí a la casa de la señora Kent. Un tal señor Jackson del despacho del señor Mason estaba vigilando la casa. Ofreció seguir de guardia hasta las dos de la madrugada; pero yo sabía que tenía trabajo que hacer por la mañana; conque le dije que acompañara a la señorita Warrington a un hotel y que yo me quedaría allí a vigilar la casa. Él y la señorita Warrington se fueron en el coche del señor Jackson y yo estacioné el mío en el lugar desde el que me fuera posible vigilar la casa y aguardé hasta que me relevó un detective privado alrededor de las ocho o las nueve de la mañana.

—¿Se hallaba usted allí, delante de la residencia de la señora Kent, a las tres de la mañana?

—Sí, señor.

—¿Qué sucedió?

—La señora Kent recibió una llamada telefónica.

—¿Pudo usted oír lo que le dijo por teléfono?

—Sí.

—¿Qué fue?

—Señor juez —protestó Hamilton Burger—: ahora se hace aparente el vicio de toda esta serie de preguntas. El testigo me es hostil y es amistoso para con la defensa, como quedó claramente demostrado por su forma de contestar la pregunta importante para la que le llamé. Ahora, bajo la capa de interrogatorio y mediante el uso de preguntas conductoras, la defensa está intentando establecer algo que no podía ser establecido en interrogatorio directo.

—Pero, señor juez —señaló Mason—, el propio fiscal preguntó a este testigo dónde se encontraba en el momento de ser cometido el crimen y…

—Y, ¿desea usted poner a prueba su memoria mediante interrogatorio sobre ese punto en particular?

—Sí, señor juez.

—Creo —dijo Markham— que el tribunal decretará que puede interrogarle acerca de dónde fue, lo que hizo y lo que vio y lo que oyó en general; pero no, específicamente, lo que otras personas hayan dicho en su presencia. Creo que eso es ir demasiado lejos, sobre todo si alcanza a asuntos que pueden ser inadmisibles o que sólo puedan ser admisibles como parte del caso del acusado.

—Está bien, señor juez.

Hubo un momento de silencio.

—Prosiga, señor defensor —dijo Markham.

—En el momento en que tuvo lugar esa conversación telefónica, ¿dónde estaba usted? —preguntó Mason.

—Frente a la casa de la señora Doris Sully Kent.

—¿La conoce usted personalmente?

—Sí.

—¿Contestó personalmente al teléfono?

—Protesto —exclamó Hamilton Burger— sobre la misma base. El señor Mason no puede demostrar su caso mediante interrogatorio de mi testigo.

—Sí que puedo, si me abre él la puerta en su interrogatorio directo —insistió Mason.

—Me parece que rechacé esa objeción —dijo el juez—. Podría servir para probar la memoria y credibilidad del testigo. Sin

embargo, no permitiré que sea puesta a prueba su memoria haciéndole declarar en qué consistía la conversación. Creo que eso forma parte del caso del acusado.

—¿Contestó ella al teléfono? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿La vio usted con claridad?

—Sí.

Mason dijo:

—A propósito, ¿sabía usted…?

Se interrumpió bruscamente y, dando la vuelta en su sillón giratorio, su mirada descansó sobre la atestada sala. De pronto se puso en pie.

—Señor juez —dijo—; acabo de observar que la señora Doris Sully Kent se halla en la sala. Tengo entendido que la señora Kent había sido citada por el fiscal; pero en vista de que ella había entablado un procedimiento para anular una sentencia de divorcio, existe cierta duda acerca de si puede comparecer como testigo *contra* el acusado en este caso. Hace poco, fueron liquidados los puntos de discusión, de forma que la sentencia definitiva de divorcio entre Doris Sully Kent y Peter B. Kent ha disuelto ahora el matrimonio entre ambos. Puesto que la señora Kent se encuentra ahora en esta sala, deseo hacer uso de ella como testigo de descargo. ¿Puedo solicitar del tribunal que éste pida a la señora Kent que no salga de la sala hasta que haya hecho yo entrega de una cédula de auténtica citación?

El juez frunció el entrecejo y dijo:

—Señora Doris Sully Kent, ¿tiene la bondad de ponerse en pie?

La joven rubia se levantó, mientras el público alargaba el cuello para verla.

—No saldrá usted de esta sala —ordenó Markham— hasta que el señor defensor haya tenido ocasión de entregarle una cédula de citación. Con el fin de facilitar la entrega inmediata de la misma, se suspenderá la sesión diez minutos, durante los cuales se advertirá a la señora Kent que no debe abandonar la sala. Durante dicho intervalo, el jurado recordará la advertencia de rigor, acerca de no discutir la causa con nadie ni permitir que sea discutida en su presencia; y no formar ni expresar opinión alguna acerca de la culpabilidad o la inocencia del acusado hasta que el caso les sea

sometido finalmente. Queda suspendida la sesión diez minutos.

El juez se dirigió a sus habitaciones.

Mason se acercó al secretario, hizo extender una citación y se la entregó al alguacil con la orden de que éste se la entregara a la señora Kent.

Perry echó a andar hacia la puerta que conducía a las habitaciones del juez. Se reunió con él Hamilton Burger, que dijo, con frialdad:

—Creo que no estaría de más que visitáramos al juez juntos, señor Mason.

—¡Oh!, como quiera —asintió Perry.

Entraron juntos en las habitaciones del juez. Markham, sentado en una mesa en la que había un enorme montón de libros de jurisprudencia, alzó la vista del índice del Código Penal que estaba leyendo. Daba la sensación de haber sido interrumpido en el momento en que buscaba, apresuradamente, algo importante.

—No quería decirlo en presencia del jurado, señor Markham —observó Burger, con frialdad—. Pero se me antoja que la conducta del señor Mason equivale a un insulto dirigido contra el tribunal.

—¿La conducta mía? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿En qué?

—En haber plantado, deliberadamente, ese cuchillo en el cajón del aparador con el fin de confundir de ese modo a las autoridades.

—Es que yo no he plantado cuchillo alguno con semejante propósito.

Markham frunció el entrecejo. Su semblante expresaba preocupación.

—Me temo, señor Mason… —empezó a decir el juez.

Calló bruscamente, por algo que vio en el rostro de Perry.

Burger dijo, con vehemencia:

—No puede usted salirse de eso, Mason. Edna Hammer ha jurado solemnemente que eran ésas las intenciones de usted.

—Pero ella no sabe ni una palabra acerca de mis intenciones —advirtió Mason—. No creo que sea pitonisa. Y no dijo que fuese experta en telepatía.

—Pero sí declaró ella que usted le dijo cuáles eran sus intenciones.

—Ah, sí; le *dije* eso.

—¿He de entender por eso —inquirió Markham— que ahora asegura usted haberle hecho a esa muchacha una declaración falsa?

—Naturalmente —contestó Mason, encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué demonios quiere usted decir? —preguntó Burger.

—Comprendí que debía haber estado andando en sueños. Ella tenía la única llave del cajón del aparador y, sin embargo, el cuchillo había desaparecido. Claro está que existía la posibilidad de que Kent hubiese abierto la cerradura con una ganzúa o que tuviese otra llave; conque, mientras Kent estaba en la cárcel decidí hacer otra prueba.

»Mi teoría era que la propia Edna Hammer era sonámbula; que estaba preocupada por su tío y que se había acostado con el pensamiento de aquel cuchillo metido en la cabeza. Cuando, en presencia mía, escondió la taza en el receptáculo de la mesilla, comprendí que había empleado aquel sitio para esconder cosas con anterioridad. Conque, ¿qué cosa más natural que preocupada en sueños por el cuchillo, decidiera que el cajón del aparador no era sitio lo bastante seguro, se levantara y, vestida con un simple camisón, sacase el cuchillo, volviera a cerrar el cajón y escondiera dicho cuchillo en el receptáculo debajo de la mesa?

»Me dije que la única manera de averiguar la verdad era procurando reproducir las circunstancias. Conque le di otro cuchillo de trinchar y le dije cuán importante era que lo cerrase con llave en el cajón. Era una noche de luna y se acostó pensando en el cuchillo. La costumbre se impuso. Cuando yo empiece a presentar *mi* caso, señor Burger, demostraré que el cuchillo marcado Pieza A de la defensa es el mismo cuchillo que le di a ella para guardar en el cajón del aparador y que, más tarde, fue descubierto por uno de los agentes de Paul Drake en el receptáculo de la mesilla de café.

—¿Quiere decir con eso que va usted a pretender que ha sido *ella* quien mató a Rease? —gritó Burger—. ¡Eso es absurdo! ¡Es ridículo!

Mason inspeccionó la punta de su cigarrillo.

—No —dijo—; no creo que pretenda semejante cosa. Sin duda alguna, mi caso se irá desarrollando a medida que vaya avanzando, señor Burger; pero esta discusión se limitaba a la insinuación hecha por usted de que yo había insultado al tribunal y, sin duda alguna,

de que debía sometérseme a acción disciplinaria por parte del Colegio de Abogados. Sólo mencioné esas cosas con el fin de explicar que no había hecho nada más que hacer un experimento.

Markham cerró lentamente el Código Penal, miró la cara de Burger y procuró contener la sonrisa.

Éste pegó un bufido y se alejó, a su vez, de las habitaciones del juez.

* * *

El juez Markham echó una mirada a la sala y preguntó:

—¿Ha hecho usted entrega de la citación, señor Mason?

—Sí, señor juez.

—Creo que el señor Harris estaba siendo interrogado.

—Preséntese, señor Harris.

No hubo respuesta.

Burger, alargando el cuello dijo:

—Tal vez haya salido un momento.

—Quería hacerle una pregunta más al señor Maddox —dijo Mason—. Podríamos aprovechar el tiempo haciendo comparecer al señor Maddox, si el tribunal me permite que vuelva a iniciar el interrogatorio con ese fin.

—¿Tiene usted algo que objetar? —le preguntó el juez a Hamilton.

—Permítame que advierta —dijo Mason— que la pregunta se ha hecho necesaria debido al hecho de que la señora Doris Sully Kent vaya a figurar como testigo.

—No —respondió el fiscal—; no tengo nada que objetar a que sea llamado nuevamente el testigo. Creo que yo también quisiera hacerle una pregunta en interrogatorio directo.

—El señor Maddox tendrá la amabilidad de presentarse —gritó el alguacil.

Tampoco hubo respuesta aquella vez.

—¿Hay algún otro testigo a quien desee llamar? —inquirió el juez.

—Con la venia del tribunal —aseguró Mason—. Me gustaría terminar el interrogatorio del señor Harris antes de que continúe el

juicio. La única excepción que estaría dispuesto a hacer sería la de dirigirle una sola pregunta al señor Maddox.

—Está bien —contestó Markham.

Transcurrieron varios segundos de embarazoso silencio; luego el juez giró en su asiento.

—Se suspenderá el juicio unos minutos, durante los cuales el alguacil buscará a los testigos ausentes —dijo.

Mason se volvió a Peter Kent, le dio una palmada en la rodilla y le susurró:

—Bien, Peter. Antes de haber transcurrido media hora saldrá usted de esta sala completamente libre.

Capítulo 22

Mason, al entrar en su despacho, tiró su sombrero a un busto de mármol de Blackstone. El sombrero alcanzó el blanco, dio media vuelta y se le quedó al busto en la cabeza.

Della Street intentó hablar como si tal cosa; pero le brillaban los ojos como luceros.

—¿Ha sido gol, jefe?

—Y por el mismísimo centro de la portería.

—¿Cuándo se dio usted cuenta de la verdad?

—Maldito si lo sé —le dijo, sentándose en el borde de la mesa y sonriendo—. Hechos pequeños me pinchaban, sin cesar, la conciencia. ¿Por qué demonios había de haber estado leyendo Edna Hammer libros sobre sonambulismo? ¿Por qué había de haber puesto aquella cerradura en su puerta? ¿Por qué se detuvo la figura que vio Duncan, junto a la mesilla de café? Y, ¿por qué desapareció el cuchillo que había sido encerrado con llave en el cajón del aparador? ¿Por qué llamó Maddox a la señora Kent a las tres de la madrugada cuando sabía que ya había sido acordada una conferencia?

»Desconté la mayor parte del testimonio de Duncan porque me figuraba que era uno de esos hombres egoístas y estúpidos capaces de perjudicarse sin darse cuenta. Si le diera un botón, sería capaz de coserlo al chaleco. Pero no cabía la menor duda de que había visto a *alguien* rondar por la casa en camisón. Cuando dijo que se había puesto los lentes, mintió. No se los había puesto. Lo único que había visto era una figura blanca a la luz de la luna. Cuando dedujo, por los acontecimientos posteriores, que la figura aquélla debía de haber sido Kent, se autosugestionó hasta el punto de creer que había reconocido a Kent. Era lo bastante parcial para sentirse más y más seguro. Pero eso no aclaraba la misteriosa conversación

telefónica.

»Maddox había sido lo bastante perspicaz para no comprometerse en la llamada telefónica hecha por Duncan alrededor de las once. Sus contestaciones en interrogatorio directo no me dieron la menor idea de que se hubiese hallado él presente. Tenía la intención, claro está, de interrogar a Duncan acerca de llamadas telefónicas anteriores, porque el hecho de que la señora Kent hubiera contestado que se había convenido ya celebrar una conferencia por mediación del abogado de Maddox, indicaba que Duncan había estado en contacto con ella. Pero Maddox sí afirmó rotundamente que no había telefoneado a la señora Kent a las tres de la mañana. No podía yo creer que se perjurase por una cosa que podía comprobarse.

»Eso me hizo empezar a concentrarme en Harris y, en cuanto hice eso, me di cuenta de que me hallaba sobre la pista. Harris era el que lo había estropeado todo desde el primer momento. Había estado intentando hacer condenar a Kent. Cuando se dio cuenta de que Kent pudiera tener una buena defensa con eso del sonambulismo, intentó hacerla cisco declarando que el cuchillo no estaba en el cajón al cerrarlo Edna con llave. Se dejó citar como testigo. Evidentemente, había telefoneado sin dar el nombre al despacho del fiscal, dando datos. Alguien le avisó a Holcomb de que me había procurado otro cuchillo para introducirlo en el caso. Cuando interrogué a Edna, me dijo que no se lo había dicho a nadie; pero debió de decírselo a Harris.

—No estaba usted intentando mezclar los cuchillos en realidad, ¿verdad, jefe?

—Claro que no. Lo único que intentaba hacer era meterle a Edna en la cabeza la importancia de aquel cuchillo, para que se acostara obsesionada por esa idea.

—Y, ¿supo usted que volvería a andar en sueños?

—Sí.

—¿Y que cogería el cuchillo?

—Sí.

—Y, ¿qué creía usted que haría con él?

—Si no me equivocaba en mi razonamiento, haría lo mismo que había hecho anteriormente: meterlo en el receptáculo de la mesilla. Era su escondite particular para las cosas que no quería que fuesen

encontradas.

—¿Y Harris sabía eso?

—Claro que lo sabía. Había estado viviendo en secreto con ella, como marido suyo, durante más de un mes. Tenía la llave de la casa y de la cerradura nueva que Edna había instalado en su alcoba.

»Además, los indicios que le señalaban clamaban ser observados a voz en grito. Él había estado vigilando la casa de Santa Bárbara. Si hubiese estado donde decía haber estado, hubiera visto a la señora Kent salir, sacar el coche y emprender el camino a Los Ángeles. No la vio. Por consiguiente, no estaba allí. Pero si no estaba allí, ¿dónde estaba? Podía dar la hora exacta de la conferencia telefónica recibida por la señora Kent a las tres de la mañana. Sabía lo que había dicho ella. ¿Cómo podía haber hecho eso sin estar allí? Sólo había una explicación posible: había sido él quien había puesto la conferencia telefónica.

»En cuanto pensé en esa posibilidad, comprendí que era la única explicación. La habíamos tenido ante los ojos durante todo el tiempo, pidiendo a voces ser vista, y ni siquiera habíamos pensado en ella. Harris, al parecer, estaba vigilando la casa de la señora Kent en Santa Bárbara para asegurarse de que no saliera. Quería volver a Los Ángeles, cometer un asesinato, y regresar a Santa Bárbara. Comprendo que si, durante su ausencia, la señora Kent salía de casa, le convenía a él saberlo. Por consiguiente decidió ponerle una conferencia telefónica. Como es natural, no podía hacer uso de su propio nombre. Buscando un nombre plausible, escogió el de Maddox, porque le pareció desarrollo lógico del asunto que Maddox intentara aliarse con la señora Kent. Lo malo del caso fue que resultó *demasiado* lógico, demasiado bien ideado. Por mediación de Duncan, Maddox había telefoneado ya a la señora Kent. Mediante aquella conversación telefónica, Harris logró dos cosas que eran de gran valor para él. En primer lugar, se aseguró de que la señora Kent se hallaba en su residencia a las tres de la madrugada; en segundo lugar, tomó nota de todo lo que ella dijo con el fin de poder repetir la conversación y así parecer que se hallaba él en Santa Bárbara a los pocos minutos de haber sido cometido el asesinato.

—Pero, ¿por qué quería asesinar a Rease?

—Tenía dos motivos. Rease era el único heredero de Kent,

excepción hecha de Edna Hammer, que se había convertido, recientemente, en esposa de Harris. Asesinando a Rease, quitaba a un heredero del paso. Y luego, cargándole el crimen a Kent, iba a conseguir que el verdugo le quitara a Kent de en medio.

—Pero Kent había hecho un testamento desheredando a Edna.

—No lo había hecho. Iba a hacer ese testamento en cuanto Harris se casara con Edna. Por eso arregló Harris las cosas para que la ceremonia fuese secreta. Pensó que se le presentaría la ocasión de quitar a Kent del paso antes de que éste se enterara del matrimonio y cambiara su testamento.

—Pero, ¡si había sido el propio Harris el que le había pedido a Kent que hiciera un testamento nuevo…!

Mason rió y dijo:

—Ese fue un detalle muy ingenioso. Harris es un aventurero, un explorador y un oportunista. Se dio cuenta de que Edna era una joven muy linda que iba a heredar una cuantiosa fortuna. También había estudiado la situación lo suficiente para saber que Kent estaba echando a puntapiés a todos los pretendientes que parecieran cazadores de dotes. Conque se anticipó él, pidiendo a Kent que desheredara a Edna en cuanto ésta se casara con él. Se dedicaba a la misma profesión que Pritchard. Había conseguido una cantidad pequeña en alguna parte y la estaba usando para crearse una buena fachada en la esperanza de poder casarse así con una mujer de dinero.

—Pero, ¿y si Kent le hubiera pillado la palabra y hubiese cambiado el testamento?

—No; Kent era demasiado hombre de negocios para hacer una cosa así. Quería estar seguro de que Edna estuviese casada felizmente antes de hacer un testamento nuevo.

»Mirando la cosa ahora, no creo que tuviese Harris la intención de cometer un asesinato desde el primer momento. No era más que un Don Juan con suficiente dinero para dar una buena impresión y con la ambición de casarse con una mujer rica. Yo creo que empezó como oportunista, paso a paso. Primero quería casarse legalmente con Edna. Luego vio una ocasión tan magnífica para quitarse del paso a Rease y a Kent, que no pudo resistir la tentación. Edna le había contado la historia de Peter y su sonambulismo; luego, cuando Harris se dio cuenta de que su mujer era sonámbula y que

tenía la manía de sacar el cuchillo de trinchar del aparador y esconderlo en sueños y volverse a la cama después, se le ocurrió la idea de sacar provecho al sonambulismo.

»Por consiguiente, la noche del doce, después de haber hecho Edna lo de siempre en sueños y vuelto a la cama, Harris tomó el cuchillo del lugar en que lo había escondido, entró con cautela en la alcoba de Kent, cuya puerta abrió con la llave que había sacado del portamonedas de Edna, y escondió el cuchillo debajo de la almohada de Kent. Kent lo encontró por la mañana y por poco se muere del susto. Edna lo encontró también. Ambos creyeron que Peter Kent otra vez volvía a sufrir ataques de sonambulismo.

»Edna sabía que ella era sonámbula; pero no tenía la menor idea de que hubiese estado sacando el cuchillo del aparador. Por consiguiente, no sospechó de sí misma. Harris lo tenía todo preparado para cometer un asesinato. No sé cómo lo habría ideado él; pero cuando surgió el asunto de Santa Bárbara, cambió sus planes para aprovecharlo.

»Harris tenía dispuesto el escenario. Lo único que necesitaba era encontrar un buen sistema de probar la coartada. Yo, inconscientemente, se lo proporcioné al ofrecerle la ocasión de ir a Santa Bárbara, volver a Hollywood y meterse en casa de Kent. Tenía la llave que le había entregado Edna. Sólo necesitaba dirigirse a la mesilla del patio y abrirla. Si el cuchillo no hubiese estado allí, tal vez hubiera tenido pensado algún otro plan. No lo sé. Pero el cuchillo estaba allí. No tenía más que tomarlo, matar a Rease, ir a la alcoba de Kent (para entonces se había hecho hacer una llave), meterle el cuchillo debajo de la almohada y volver a Santa Bárbara.

—Así, pues, ¿no podían ser las tres de la mañana cuando Duncan vio al sonámbulo?

—Claro que no. Eran las doce y cuarto. Ahí fue donde la coincidencia favoreció a Harris.

—¿Ha huido?

—Naturalmente. En cuanto me oyó decir que la señora Doris Sully Kent se hallaba en la sala y que habíamos llegado a un acuerdo, comprendió que declararía ella acerca de la conversación telefónica y que me hablaría con franqueza de la conferencia celebrada con Duncan y Maddox. Harris se dio cuenta desde un principio que el hecho de que ella hubiera salido para Los Ángeles

después de la conversación telefónica era una circunstancia que le iba a meter a él en un atolladero si a alguien se le ocurría pensar en el significado de lo que debía haber sucedido. Y al declarar Duncan que él y Maddox habían estado juntos cuando llamaron a la señora Kent a las once, condenó, simultáneamente, a Harris.

—¿También se ha fugado Maddox?

—Sí; estaba metido en esa estafa. De forma que su única esperanza de salvación estaba en conseguir una buena cantidad de Kent. Hallándose Kent en la cárcel, esperaba tratar con la señora Kent. Cuando vio que estaba cerrada esa puerta, huyó. No huía de una acusación de asesinato, sino de una acusación de estafa.

—Pero… ¿habría habido suficiente causa contra Kent si Rease no hubiese cambiado de cuarto con Maddox?

—Si busca usted el origen de eso —dijo Mason—, verá que el cambio obedeció a una insinuación de Harris. Rease era hipocondríaco y lo único que necesitó hacer Harris fue proponer que cambiaran de cuarto con el fin de que a Rease no le diera alguna corriente de aire. No olvide que Harris era simpático y todo eso, y gozaba de la confianza de todo el mundo de la casa.

—¿Quedó apabullado y asombrado el fiscal?

—Tanto, que escuchó cómo le explicaba yo los indicios y pistas del caso en las habitaciones del juez, y se equivocó de punta al meterse el cigarro en la boca, y se la quemó toda —rió Mason, regocijado al recordar el espectáculo.